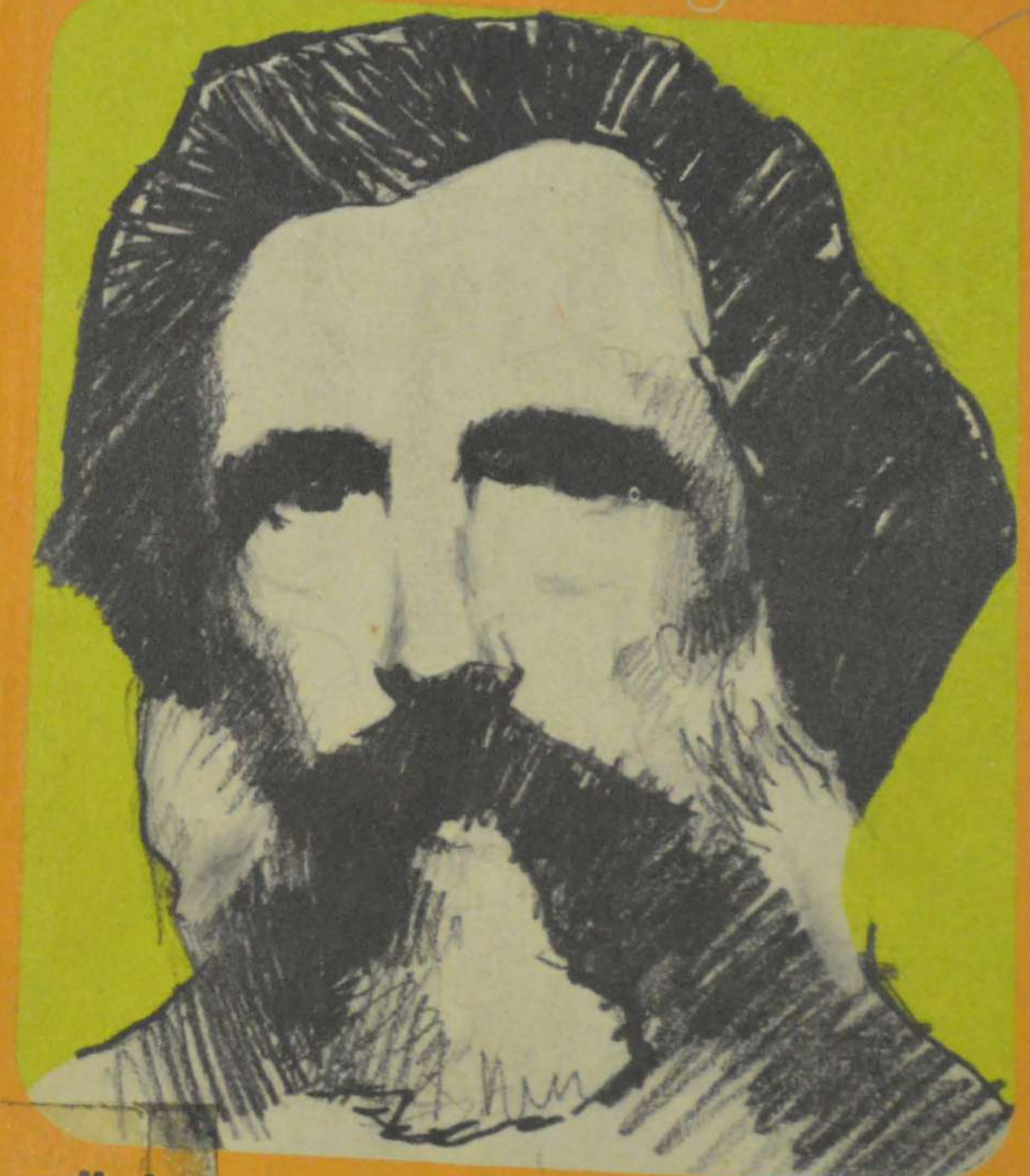
washington lockhart

# VENANCIO FLORES

## un caudillo trágico



edici[…]es de la banda oriental 5

HISTORIA URUGUAYA
LOS HOMBRES/5

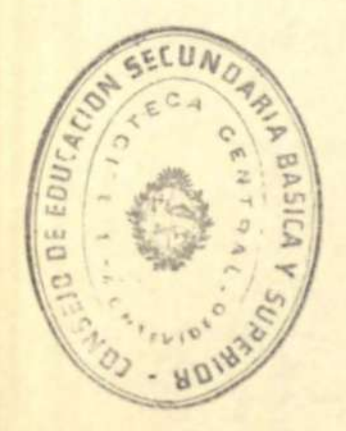
# HISTORIA URUGUAYA

SEGUNDA SERIE - LOS HOMBRES/5

WASHINGTON LOCKHART

# VENANCIO FLORES

## un caudillo trágico






EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

CARATULA: VILLA
DIBUJO DE CHANQUET



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL S.R.L.
Yí 1364 — Montevideo — Teléf. 98-28-10
Queda hecho el depósito que marca la ley.
Impreso en Uruguay — 1976.

# CAPITULO I

## LA FORJA DE UN CAUDILLO
## LA GUERRA GRANDE

El 18 de mayo de 1808, el matrimonio formado por el acaudalado estanciero Felipe Flores, dueño de extensos campos situados al este del Arroyo Grande, y Cecilia Barrios, cuya familia era oriunda de Víboras, al norte del actual departamento de Colonia, tuvo un segundo vástago varón al que pusieron el nombre de Venancio. Además de su estancia, de cuya importancia nos da una idea el hecho de que tuviera quince esclavos, dos de ellos mujeres, Felipe Flores tenía casa en Porongos a media cuadra de la iglesia. Muy vinculado a Artigas y en especial a Rivera, no habría de tardar en compartir con ellos las vicisitudes azarosas de los años siguientes. Su nombre figura así entre los integrantes del éxodo de fines de 1811, yendo el matrimonio con sus tres hijos, dos de ellos varones, Manuel y Venancio, y una niña, así como con su numerosa escolta de esclavos, la más grande entre las que registra la "redota", transportando muchas de sus pertenencias en la caravana que formaban sus cinco carretas.

Podemos así imaginar las peripecias que debieron turbar la infancia de aquel gurisito de tres años llamado Venancio Flores, en una situación de constante riesgo e inestabilidad que habría de prolongarse entre tan variadas alternativas durante quince largos años. Su escuela fue entonces la vida a campo abierto, como lo fue también la guerra, no dejando sin embargo sus padres de proporcionarle una educación elemental bastante completa que no era muy común en esos años. No será después hombre de muchas letras, pero sí las bastantes como para ponerlas al servicio de un juicio y un carácter que, junto con la fortuna y las relaciones de sus padres, habrían

de permitirle abrirse paso hacia las posiciones más elevadas, tanto en la paz como en la guerra.

Su familia había pensado destinarlo al servicio de la iglesia, buen refugio para protegerlo contra la correntada de los acontecimientos de la época. Pero llegó 1825, y contando apenas 17 años, fue de los primeros en incorporarse a las entonces reducidas huestes de los Treinta y Tres, sirviendo al poco tiempo a la orden de Rivera, por quien Venancio habrá de mantener siempre una adhesión incondicional. Fue así que el 24 de setiembre de dicho año llegó a participar en la batalla del Rincón, lección imborrable de cómo podía salirse de la más desesperada de las situaciones; acorralados entonces los patriotas por una fuerza triple, lograron abrirse paso a punta de sable y de coraje. El joven Venancio aprendió en dicha acción, de una vez para siempre, que "menear sable", como dirá toda su vida, era el recurso maestro a que debía recurrir la estrategia gaucha. Enseñanza que, siempre como soldado, confirmará en Sarandí, ya a escala mayor, el 12 de octubre de ese año, y finalmente en Ituzaingó, en 1827.

Designado alférez con destino al 2º escuadrón de línea que mandaba el comandante Bernabé Rivera, fue promovido en tales ocasiones a teniente y después a capitán, grado que ostentaba el 20 de julio de 1830 al jurarse en San Pedro del Durazno la Constitución de la República, en cuyo acto figuró Flores en la compañía Nº 4, desempeñando el grado de mayor con carácter provisorio. Continuó en servicio durante pocos meses, retornando a sus pagos en 1831 para, desoyendo los insistentes pedidos de Rivera, dedicarse a las faenas camperas en la estancia de su padre. Poco duró sin embargo en sus pacíficas tareas. En 1832, en efecto, se produce el levantamiento de Lavalleja contra la presidencia de Rivera, y Flores fue entonces convocado por el coronel Salado con el grado de capitán. Sofocado dicho movimiento, volvió a la estancia de su padre, pero en 1836, conocido como partidario incondicional de Rivera, en rebeldía contra el presidente Oribe, fue preso y conducido a Montevideo antes de que pudiera incorporarse a la revolución. Logró sin embargo fugar, acudiendo de inmediato a filas de Rivera, llegando a participar el 15 de julio de 1838 en la decisiva batalla del Palmar. Habiendo luego Rivera asumido la presidencia que Oribe dejara vacante, Flores fue designado en 1839 jefe político y de policía de San José, cuando ya había estallado la guerra entre la República y el gobierno federal de Juan Manuel de Rosas.



Comenzaba el conflicto que había de conocerse como "la Guerra Grande". El ejército federal invadía territorio oriental en defensa de la autoridad de Oribe, a quien Rosas, jefe de la Confederación Argentina desde 1835, seguía reconociendo como Presidente de la República. De nada valió el deseo de Rivera de mantenerse al margen de una guerra internacional. Y aunque la lucha pareció entablarse entre riveristas y oribistas, la alianza de los numerosos franceses de Montevideo con Rivera, y la de Rosas con Oribe, la convirtió en un conflicto en que los extranjeros eran los que llevaba la voz cantante, al punto de que se dio el caso de que los "blancos" de Oribe debieron usar los distintivos rojos de los "federales".

Flores derrotó en el arroyo La Virgen a una avanzada de 500 hombres del ejército del invasor Echagüe, y participó el 29 de diciembre en la victoria de Cagancha, mandando un regimiento de la reserva. Fue pues en virtud de tales antecedentes que resultó designado en 1842 comandante del departamento de San José, el que abarcaba los actuales de San José, Flores y Florida, en el desempeño de cuyo cargo debió enfrentar al poco tiempo la nueva invasión, ahora mucho más considerable, del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina, al mando de Manuel Oribe. La incontrastable superioridad numérica del ejército invasor lo obligó a retroceder, hostilizando a los rosistas con guerrillas continuas, con las que sólo podía retardar aquel aluvión, aunque dando tiempo así a la capital a prepararse para la defensa. Desarrolló sus operaciones principalmente en Colonia, derrotando a Angel Núñez en la Horqueta del Rosario, y luego a Crispín Velázquez en el Real de San Carlos, impidiendo de este modo que acudiera a reforzar a los sitiadores de Mercedes. Perseguido por una fuerte división de 1.500 hombres mandada por Servando Gómez, esa misma noche logró rehacer sus efectivos, transformando sorpresivamente su derrota en victoria. Intervino además en la zona del este, ya a fines de ese año, en los combates de La Paloma y de Arequita.

Recién a fines de 1844 —a favor de su baquía y de partidas diversionistas que distrajeron a las fuerzas sitiadoras— pudo entrar en Montevideo, sitiado por Oribe, no demorando en conquistar notable prestigio por sus cualidades de buen juicio, organización y coraje personal. Fue memorable su hazaña del 17 de febrero, logrando infiltrarse entre los diez mil sitiadores con una división de

sólo 400 hombres, para entrar en el Cerro y llevar a la guarnición allí sitiada los elementos de que carecía. Pudo obtener éxito posteriormente en una arriesgada maniobra contra los sitiadores en la que tomó parte personalmente el ministro de guerra Melchor Pacheco y Obes, pero una orden de éste le impidió salir del Cerro con sus tropas, frustrando así la empresa que había iniciado el coronel Paz, situado ya a la retaguardia de las fuerzas de Oribe. Dicho incidente, producto de antiguas desavenencias entre Paz y el intransigente Melchor Pacheco, provocó la renuncia de Paz como Comandante General de Armas.

El 28 de marzo de ese mismo año, Flores, junto con Garibaldi, logra al frente de dos mil hombres una resonante victoria en la falda del Cerro ante el general Núñez, quien resultó muerto en la pelea con doscientos de los suyos. Pocos días después, Flores, con sus fuerzas acantonadas en el Cerro, logra rechazar un vigoroso ataque llevado a cabo por la mayor parte de las fuerzas sitiadoras, obligándolas a retroceder hasta sus posiciones frente a la ciudad.

Flores por estos tiempos debió dar ya muestras de su capacidad de energía y resolución, para quebrantar las tendencias opositoras que, dentro de la plaza, encabezaba el fogoso Pacheco, quien, al ser propuesto Santiago Sayago como ministro, intentó echar abajo el gobierno constitucional. Enterado por Tajes, Flores se dirigió acompañado solamente por su informante a la casa en donde estaban reunidos los confabulados, y le enrostró a Pacheco con tanta firmeza los "desatinos" en que estaba incurriendo que, según escribiera Joaquín Suárez a Rivera, "le hizo meter el resuello para adentro y desistir de su temeraria empresa". Poco después, habiendo Pacheco enviado renuncia en términos violentos de su cargo de ministro a raíz de un incidente entre un oficial italiano y un marinero brasileño que había desertado de Garibaldi, se creó una situación gravísima entre el gobierno y los principales jefes del ejército, no encontrando Suárez otra solución que encomendar a Flores la Comandancia de Armas, con expresa autorización para tomar "las medidas de salvación" que aquel caso extraordinario volvía imprescindibles. Y fue así que Flores, en un abrir y cerrar de ojos, arrestó y desterró a Pacheco, devolviendo a Suárez ipso facto el decreto por el cual se le concedían facultades extraordinarias, por considerar —decía en su nota— que ya había pasado la ocasión que lo justificara. La prensa abundó por tal motivo en elogios a la "firmeza y tino singular" con que Flores cortara, sin que la sangre llegara al río ni se provocaran violencias de ninguna clase, aquel inextricable nudo gordiano que formaban Pacheco con sus arranques incontrolados, y el gobierno, que no quería pendencia con italianos y brasileños, ni tampoco con los jefes militares, pero que se sentía inhibido ante los desplantes de Pacheco.



Fue pues tanto por sus cualidades de guerrero como por su claro criterio de baqueano para las situaciones complicadas, que Flores mereciera ser designado en octubre de 1844 Comandante de Armas de la capital, en cuyo cargo no tardó en obtener nuevas victorias de resonancia, interviniendo siempre activamente en lo más arduo de la acción. Fue notable, entre otras, la hazaña que cumpliera en 1845 al burlar al enemigo con un centenar de hombres de caballería, lanzándose en pleno mediodía entre las avanzadas sitiadoras y logrando así llegar hasta La Teja, en donde sorprendió y batió a la infantería y caballería enemigas causándoles más de un centenar de muertos, y trayendo como botín de guerra importantes pertrechos bélicos junto con algunos prisioneros, entre ellos los tres portaestandartes.

Consumó en ese mismo año de 1845 otra hazaña de notable audacia, embarcándose en Montevideo acompañado de sólo cuarenta hombres para, después de escabullirse entre la poderosa escuadra sitiadora de Brown, desembarcar en el departamento de San José, cerca de la barra del Santa Lucía, con cinco de sus compañeros, a la vista de un importante grupo de enemigos que, enterados de su incursión, lo estaban esperando en la costa. Debió trenzarse entonces en una lucha desigual y desesperada, pudiendo salvarse junto con un hijo de su hermano Manuel, para escapar entre los montes completamente desnudo. Allí encontró emboscados algunos partidarios a quienes había prevenido, con cuya ayuda consiguió reunir prontamente cerca de doscientos hombres. Y con su indomable espíritu de combate y su sentido de las circunstancias, a los pocos días ya estaba pronto para acometer cerca de Durazno a una fuerte división de caballería e infantería, recibiendo en esa atrevida acción tres heridas de alguna gravedad. Dichas heridas no obstaron para que continuara su empresa atravesando distintos puntos de la campaña, hasta que el desastre sufrido en India Muerta por Rivera (1845) obligó a los sobrevivientes, Flores entre ellos, a emigrar al Brasil. No demoró sin embargo muchos días en reiniciar sus actividades, logrando su propósito de reagrupar muchos de los dispersos que habían quedado deam-

bulando al norte del Río Negro. Se dirigió con tal objeto, gracias a la ayuda de algunos barcos franceses, a la costa cercana a Rosario, en donde desembarcó con sólo doce acompañantes, para desde allí volver a cruzar el territorio juntando gente, hasta llegar a reunir mil hombres que debía entregar a Anacleto Medina en el Brasil, empresa que no pudo culminar debido a su falta de armamento, salvándose en tan difícil trance a duras penas, no sin sufrir una herida bastante seria que lo obligó a volver a internarse con unos pocos compañeros en tierra brasileña. Y de nuevo, inquebrantable en sus propósitos, regresó al terreno de la lucha, desembarcando esta vez en Montevideo.

A fines de ese año de 1845, se producía también la vuelta a Montevideo de Pacheco, quien no tardó en recuperar su posición y su ascendiente. Fue por ese entonces, ya entrado el año 1846, que se le encomendó a Flores una misión de enorme riesgo sobre los departamentos de Maldonado y Minas, sufriendo el 16 de enero un revés que el gobierno de Montevideo, reacio en aquellos momentos ante todos quienes supiera que eran afectos a Rivera, se apresuró a considerar falta grave, ordenándole a Flores quedara en su domicilio en calidad de arrestado.

Se produjo entonces el intento de Rivera de desembarcar en la capital desde una fragata española, a la que se obligó a permanecer estacionada frente a la rada de la ciudad, estallando el 1º de abril una revolución en apoyo del desembarco de Don Frutos. Flores, reclamado como jefe del levantamiento, no aceptó, aduciendo que no quería que se le atribuyesen propósitos de desquite personal. Así fue que se embarcó apenas se iniciaron las hostilidades, para regresar a tierra una vez triunfantes los insurrectos. Y entonces fue que pudo desembarcar Rivera, a quien se le encargó la organización de un nuevo ejército de operaciones, siendo Flores designado por el caudillo Jefe del Estado Mayor, en tanto Pacheco resultaba desterrado, medida que Rivera mantuvo contra viento y marea, amenazando retirarse si no era atendido, por lo que el gobierno, con mesura pero con inflexibilidad, debió señalarle la "equivocación" que padecía al pretender darse atribuciones que no le correspondían.

Como Jefe del Estado Mayor, y junto con Rivera, fue que Flores intervino en 1846 en la toma de Las Vacas y del pueblo de Víboras, en el combate del Arenal, en la toma de Mercedes y en el combate de Piedras de Espinosa. En Mercedes la lucha fue ardua, debiendo combatir durante varias horas en un avance riesgoso casa por casa,



hasta que uno de sus soldados mató de un tiro desde la costa al jefe de Oribe, coronel Montoro, cuando intentaba huir cruzando a nado el Río Negro.

Poco tiempo después, las fuerzas adictas al gobierno de Montevideo que peleaban en el litoral debieron dispersarse ante la presión incontenible de la poderosa columna que mandaba Ignacio Oribe, lo que determinó el abandono de Mercedes por parte de Rivera, y el dominio virtual de los blancos en casi todo el interior.

Aparte sus hazañas militares, la gestión de Flores durante la Guerra Grande lo convirtió en factor de considerable importancia en la conducción de los sucesos políticos. Puso efectivamente en evidencia su equilibrado espíritu de conciliación, en esos años de pasiones desbordadas que llegaban a convertir en enemigos a los propios compañeros de causa. Y al mismo tiempo, una energía, de palabra y de hecho, que lo volvía indispensable en circunstancias en que todo parecía desmoronarse. En cierta ocasión, no trepidó en enrostrarle su conducta con franqueza harto recia al Ministro de Hacienda Andrés Lamas: "Ud. se ha constituido en el árbitro de las fortunas de ese honrado pueblo; lo roba, lo insulta, lo humilla . . .", acusándolo de beneficiarse, él y sus amigos, con diversas exacciones que habría perpetrado. Fue así freno decisivo contra todo abuso de conducta y de poder del grupo que dirigía virtualmente Melchor Pacheco y Obes, a quien secundaban entre otros César Díaz




"Gaucho oriental", grabado anónimo publicado en "El gaucho en campaña" Nº 1, Montevideo, 1839.

y Santiago Vázquez, los mismos que, previamente al desembarco de Rivera en Montevideo, habían intentado desterrar a Flores, acusándolo de propiciar la revolución; (cuya más activa inspiradora, sea dicho de paso, había sido en realidad Bernardina Fragoso de Rivera, de quien Flores no era más que el portavoz). Si el destierro no llegó a consumarse, fue debido a la intervención de la Comisión Permanente, la que consideró inconstitucional dicha medida.

El curso de los acontecimientos determinó entonces, en 1846, que Flores llegara a convertirse en el adalid de la paz, mereciendo que se le llamara "El Conciliador" por la prensa de Montevideo. Llegó a mantener por ese entonces una entrevista reservada con Manuel Oribe, siendo acompañado por Santiago Sayago, su vecino e inseparable amigo del Arroyo Grande. Gabriel Pereira y Joaquín Suárez apoyaron tales cabildeos en pro de una paz que debía ser "obra pura y exclusiva de los orientales", para lo cual era necesario, se decía, que Oribe se desligara de Rosas, así como Montevideo se desligara de los "gringos", sobre todo de los franceses e italianos, como también de los círculos ligados a ellos por vínculos comerciales. Aprovechando ese estado de ánimo predominante, Andrés Lamas intentó entonces formar otra comisión pacificadora que dejara de lado a los caudillos. Flores, que llegó a asistir a una de esas reuniones, percibió de inmediato su objetivo, increpando duramente a Lamas, a quien trató en dicha ocasión de "azote de nuestro país, vergüenza y escándalo de una época de gloria y sacrificio", frases que pronunció, según alguna versión, manteniendo empuñado su revólver.

Los partidarios de continuar la guerra civil obtuvieron un triunfo importante con la designación de Garibaldi como Jefe de la Guarnición. Pero Garibaldi no se sostuvo sino un mes, cayendo luego en desgracia, por lo que recuperó la principal influencia el partido pacifista que encabezaba Flores. Una incidencia en la que Lorenzo Batlle debió desarmar personalmente al comandante Larraya, dio la pauta de la firmeza con que se había decidido tratar por ese entonces todo intento opositor al gobierno. En agosto del mismo año, Flores y su grupo solicitaron autorización del gobierno para "abrir negociaciones de paz", intento que el gobierno frustró interponiendo reiteradas evasivas, ante lo cual muchos militares que no deseaban enfrentamientos con la autoridad resolvieron retirar sus firmas de





tal solicitud. Fue entonces cuando Flores, que era un especialista para olfatear las situaciones sin salida, se dirigió al ministro Batlle declarándose ofendido y renunciando a su puesto de 2º Jefe de Armas, solicitando además su baja y el pasaporte para retirarse del país. Lorenzo Batlle y Joaquín Suárez, confiando en que Flores recapacitara, le aceptaron la renuncia y le dieron el pasaporte, pero no así la baja, por sí o por no. Don Venancio se marchó entonces para Río Grande, no sin que sus partidarios promovieran, poco después de su alejamiento, algunos escándalos que estuvieron cerca de terminar en un motín.

Lo cierto es que Flores, como Rivera y en cierto modo Oribe, y con ellos la mayoría de la población de Montevideo, estaban deseosos de liquidar aquella guerra interminable con un abrazo fraternal. No había más que ver la efusividad con que soldados y civiles de uno y otro bando confraternizaban en las frecuentes treguas que se concertaban, visitándose y agasajándose como si nada estuviera pasando. Pero el gobierno, bajo la inspiración de Manuel Herrera y Obes, urdía ya sus planes, contando para ello con la intervención del jefe supremo de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, mientras Oribe, por su parte, si bien estaba demasiado comprometido con Juan Manuel de Rosas, no dejaba de compartir los sentimientos de sus soldados, cuando gritaban que "sólo querían pelear con los gringos".

Mucha era la razón que asistía a Doña Bernardina cuando escribía a Rivera: *"Aquí ya no hay más que extranjeros, porque del país, sólo es lo que está contigo; ¿y qué podemos esperar de esta gente que no siendo de aquí nada le importa sino su bolsillo?"*. Con esa influencia extranjera que se hacía sentir en uno y otro bando, aunque más en Montevideo por el número de inmigrantes que constituían dos tercios de su población, luchó Rivera, así como también intentó, más sobriamente, reaccionar Oribe; y no pudo dejar de sentir también aquella perturbadora injerencia quien, como Venancio Flores, no vivía sino los problemas de su país y de sus habitantes. Fuera de decidir si lo que se llamara caudillismo tenía o no toda la razón, lo cierto es que reflejaba en tal emergencia el más hondo anhelo del país, un impaciente deseo de paz y de entendimiento sobre la base de intereses propios, y no sobre los de quienes, o estaban solamente de paso, o manejaban tranquilamente los hilos desde lejos.

# CAPITULO II

# CAUDILLOS Y DOCTORES
# LA PRESIDENCIA DE GIRO

La paz del 8 de octubre de 1851, fruto de la intervención del poderoso ejército entrerriano de Urquiza y de la consiguiente desmembración del ejército de Oribe, vino a satisfacer de hecho ese anhelo nacional. La fórmula "sin vencidos ni vencedores" no fue sin embargo sino una transacción con la verdad, porque en realidad había un vencido: el caudillismo. Sus dos figuras fundamentales habían quedado fuera de juego: Rivera, desterrado; y Oribe, derrotado y relegado. Y si permaneció Venancio Flores, fue porque su relevancia era menor, y porque su disposición conciliatoria resultaba aprovechable para los círculos electorales que se aprestaron a sacar provecho de la situación. Debían jugar para ello las cartas que les proporcionara el Brasil, en virtud de la dependencia determinada por los Tratados del 51, por los que se concedía al Imperio el derecho de intervenir militarmente cada vez que considerara necesario defender la legalidad, ya fuera en contra o a favor del gobierno, a lo que se debe agregar los privilegios y concesiones que lo erigían en árbitro de nuestra economía. Y todo ello en un país endeudado, con la riqueza pecuaria notablemente disminuida debido al abandono y a las arreadas para Río Grande, en un país sin recursos, con la Aduana hipotecada y agobiado por la ominosa deuda que suponía el subsidio de sesenta mil patacones mensuales que el Brasil nos concediera al bajo precio de la necesidad.

Flores, por lo demás, participó como jefe de escolta de la invasión de Urquiza, por lo cual, siendo Urquiza y el Emperador nuestros protectores de hecho, el liberalismo anticaudillista de la Defensa no podía aspirar a tomar mucho vuelo. Lo que verdaderamente resurgió fue un sentido orientalista que, si bien no borraba las divisas, como se proclamaba expresamente, tendía a encuadrar sus actividades dentro de límites estrictos.

El candidato a presidente aconsejado por Urquiza era su fiel servidor Eugenio Garzón, tan ajeno a las luchas de la Guerra Grande como contrario a Oribe, así como a todos los caudillos, esos *"estafadores de los destinos del país"*, según expresara él mismo al fundamentar su candidatura. Su muerte inesperada vino a desbaratar los propósitos de sus sostenedores. La Asamblea, elegida por los pocos orientales que podían votar de acuerdo a la Constitución de 1830, entre listas cuidadosamente digitadas por los "intelectuales" anticaudillistas, consagró a Juan Francisco Giró por 35 votos en un total de 38. Manuel Herrera y Obes, candidato de los colorados y que fuera además sugerido por Urquiza, no obtuvo el apoyo de Flores, quien pensó que el carácter débil de Giró podía volverlo dócil a la presión de los caudillos, dejando así sin personero a los recalcitrantes principistas. Lo que no previó Flores es que Giró habría de ceder antes a la influencia blanca. Derrotados de hecho en la Guerra Grande, los blancos empezaron así a levantar cabeza. Excelente administrador, Giró no sólo carecía de carácter, sino también de visión política, y aunque tenía intenciones progresistas, los sucesos podían más que él. Los propósitos de Giró empezaron por ser de coparticipación, designando a César Díaz como Ministro de Guerra y a Flores como Jefe de Policía de la capital, respetando al mismo tiempo la jerarquía de los jefes militares colorados. De Oribe nadie se acordaba; el hombre de la hora era Urquiza, sobre todo después de su decisiva victoria en Monte Caseros sobre Rosas en el 52. Pero el círculo blanco, aunque primero muy embozadamente, dio pronto muestras de aspirar a tomar las riendas del gobierno.

Algunas críticas a los tratados de 1851 a cargo de Joanicó, determinaron el envío ante Urquiza de dos representantes del gobierno, Flores y Berro, quienes ni soñarían entonces en el común destino que los habría de unir trágicamente en el 68. Flores y Berro tenían por misión modificar la posición de Urquiza, quien apoyaba los acuerdos de 1851 con muy leves restricciones; no lograron convencerlo, y dichos tratados debieron aprobarse por decreto del gobierno oriental, impotente ante la presión de Urquiza y del Brasil. Los debates entre blancos y colorados se fueron sin embargo enconando: críticas a Giró, rumores de revolución, expresiones altisonantes de César Díaz reivindicando a los vencedores de Caseros.

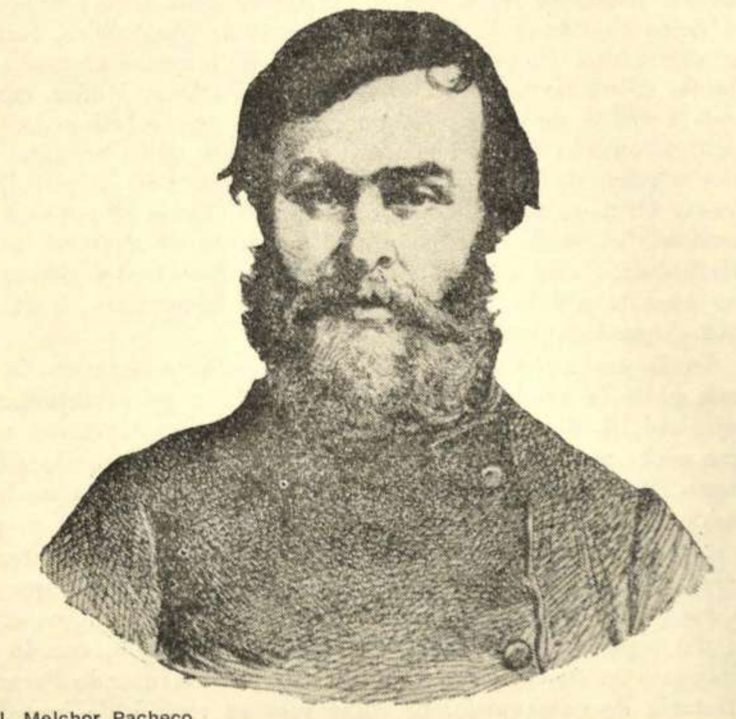
En junio de 1852, Díaz renuncia al ministerio, designándose a Flores en su lugar; volvía a confiarse en sus antecedentes de "conciliador". Un amago de levantamiento de Servando Gómez en Paysandú, en donde se negara a licenciar las tropas, obligó a Flores a acudir al lugar, y determinó después una visita de Giró a varios departamentos del Interior, a fin de observar la situación de cerca.

En octubre, entre tanto, se efectúan reuniones con la intención de reorganizar el Partido Colorado. Allí están Melchor Pacheco y Obes, Juan C. Gómez, Joaquín Suárez, José M. Muñoz, Manuel Herrera y Obes, Lorenzo Batlle, Tajes, la plana mayor en pleno. Se limitan a proyectar una "Sociedad Amigos del País" la que publica un manifiesto redactado por J. C. Gómez, con tibias expresiones de *"olvido del pasado y respeto a la Constitución"*, y la formulación de un programa que pretendía enmendar la plana al gobierno de Giró. Blancos de nota, como Joanicó, Juan José de Herrera, Acevedo, se acercaron a la sociedad, pero los propósitos de unión cedieron pronto ante antiguas discordancias, más de ambiciones que de principios. Se acusaron mutuamente de "insinceros", de seguir siendo colorados o blancos, respectivamente. Hasta que, "al son de la lira de Juan C. Gómez", los intelectuales colorados fundan el Partido Conservador.

El Partido Conservador aparece así como una fracción principista dentro del Partido Colorado; sus adeptos se manifestaban partidarios de la libertad, de la tolerancia y de los derechos humanos, bajo un Estado firme pero de base democrática; estaban más cerca de los blancos que de los floristas; repudiaban todo caudillismo y su nombre no tenía el significado actual, sino que se refería a los principios sostenidos según ellos en la Defensa de Montevideo, los que decían querer "conservar". Según Juan Carlos Gómez, el nombre "Conservador" fue sugerido por el cónsul brasileño Paranhos.

En la Cámara, la oratoria encendida de unos y de otros a propósito de la última resolución de Joaquín Suárez como Gobernador, asignando medallas a los "héroes de Caseros", sirvió de pretexto a Flores, que no admitía se cuestionara la validez del gobierno de la Defensa, para renunciar al ministerio el 16 de marzo de 1853. Pudo pensarse, sin embargo, que el motivo principal consistía en que Flores había exigido el nombramiento de seis jefes políticos colorados en compensación de la disolución, aceptada por él, de la División Oriental. Giró se hizo entonces el sorprendido: "Si Ud. sale del ministerio —le escribió—, yo también salgo de la Presidencia". Lo invitó a ir al Fuerte a conversar, a lo que Flores contestó que era imposible, pues "he resuelto —le escribe— separarme de mi país por algún tiempo", "para evitar envolverme en una crisis funesta y salpicarme quizá con sangre de mis compatriotas, cuya idea me aterra". Giró, que sólo concedía dos jefaturas, estaba dispuesto a conceder seis siempre que Flores no se opusiera al decreto contra la libertad de prensa, pues calculaba que, como tal decreto afectaría naturalmente a los conservadores, si Flores intentaba aplicarlo podía producirse una ruptura entre los colorados. Flores no aceptó quedarse, pese al insistente pedido de M. Pacheco y Obes; envió su renuncia y se fue a su casa de la Unión a despedirse de su esposa e hijos, y allí lo encontró esa noche Pacheco, que fue con varios amigos, logrando disuadirlo del viaje; apeló para ello a la frase de Rivera: *"el país será blanco o colorado"*. Y Flores accedió a esperar la respuesta de Giró.





Gral. Melchor Pacheco

Finalmente Giró contestó aceptando la renuncia de Flores, para designar en su lugar al general Brito del Pino, un blanco al frente de un ejército de línea en su mayor parte colorado. También Errasquín, ministro de Hacienda, renunció, y fue vano el intento de Giró de atemperar la situación llamando a Batlle, Herrera y Obes y a otros colorados para ocupar dicho cargo; ninguno de ellos aceptaba, sino con la condición de que se nombrara un ministro de Guerra correligionario. Quedó entonces Berro en Hacienda interinamente, además del ministerio que ocupaba en lugar de Castellanos. La bomba quedaba así cargada. Los blancos ocupaban los cargos superiores, olvidándose al parecer de sus propósitos de olvido.

Fue entonces cuando Pacheco y Obes inició conversaciones con Tajes, no viendo otra salida que la revolución. Veía a Urquiza dominando el horizonte, y veía blancos por todos lados. La conspiración se fraguó a la vista de todos, desde que los directores del movimiento tenían en sus manos el ejército de línea. Giró convocó, como única medida, a la Guardia Nacional de Montevideo, formada por voluntarios. De poco le sirvió. El 25 de mayo se efectuaba una reunión de 64 invitados: C. Díaz, Flores, Pacheco, Muñoz, etc. Vivando a Oribe, de cuyo prestigio esperaban una solución decorosa, se dirigieron a la casa del ministro Castellanos, quien no quiso recibirlos a pesar de que, para hacer boca, se limitaron al principio a plantear un mero pago de sueldos atrasados. Flores se opuso a esas intentonas "creyendo que no era el momento de derrocar a este débil Gobierno". Le expresó sin embargo a Juan Carlos Gómez que él no aguantaba más, y que si las cosas no cambiaban de rumbo, estaba dispuesto a actuar.

En la noche del 17 de julio, Giró, que veía acercarse la tormenta, pidió la ayuda de las fuerzas brasileñas para custodiar los festejos del 18. El embajador Paranhos contestó con evasivas, y esa misma noche promovió una reunión en la legación, asistiendo Flores, Pacheco, Muñoz, Gómez, etc. Paranhos les comunicó que no había obtenido de Giró la designación de dos ministros colorados, pero que volvería a planteárselo. Preguntó a Pacheco si eran ciertos los rumores de revolución circulantes, contestando Pacheco que no, pero que era indispensable que convenciera a Giró de que no enviara al día siguiente la Guardia Nacional a los festejos, con lo que se eliminaría un cuerpo que era afecto a Oribe, asegurando Paranhos que trataría de conseguirlo. El embajador se reunió de inmediato



con Berro, Joanicó y Estrázulas, planteándoles las exigencias antedichas.

Y llegó el día 18, un día gris y tormentoso como la situación. Pronto se corrió la noticia de que se acercaba la Guardia Nacional desde la Unión vivando a Oribe, 680 hombres en su mayoría jóvenes, que marchaban alegremente sin sospechar lo que les esperaba. No bien desembocaron en la plaza, a sus "vivas", el Batallón 2º de Cazadores mandado por León de Palleja, contestó con fuertes "mueras". Palleja se acercó entonces al balcón desde donde César Díaz presenciaba los acontecimientos, y le pidió a gritos que se pusiera al frente de la tropa. César Díaz, también a gritos, le contestó que el jefe debía ser Melchor Pacheco. Hubo ya un principio de desbande, sonaron tiros, la huída de la Guardia se hizo general, quedando en tierra varios muertos (siete, dijeron unos; más de cincuenta, los otros) y gran cantidad de heridos. Flores, presente en tales circunstancias, no accedió al pedido de los integrantes del Batallón 2º de ponerse a la cabeza del movimiento, aduciendo su reciente cargo de ministro del Gobierno, objeción moral que no le impedía —según dijo— intervenir materialmente si estallaba la lucha. Despejada la plaza, apareció Pacheco, pronunciándose toda la guarnición a su favor; se dirige al Fuerte y obtiene de Giró lo que se quería: Flores, ministro de Guerra, en lugar de Brito del Pino que renunció, Herrera y Obes en Hacienda, y la disolución de la Guardia. Giró —relataba Pacheco después— "tuvo que consentir en encargarme del orden público".

Tales hechos provocaron en campaña conatos de revolución, de Ignacio Oribe en Canelones y de Lucas Moreno en Colonia. Por su parte, Rivera, residente entonces en Yaguarón, había pasado una proclama imperativa a las autoridades de Cerro Largo y de Tacuarembó, tratando de quitar alientos a los oribistas. Berro, que continuó como ministro de Gobierno y como último bastión de los blancos, creyó conveniene anunciar al país que reinaba la tranquilidad. También Flores procuró dar al país una sensación de paz, ordenando a todos los departamentos que disolvieran la Guardia Nacional, y quedando el cuidado del orden a cargo solamente de la policía. Trataba así de quitarle entidad a lo acontecido, dejando a los blancos sin motivos para exacerbarse y de paso sin los medios para actuar.

La intranquilidad, sin embargo, subsistió. Giró encomendó entonces a Flores una recorrida por el Interior, mencionándose en especial los nombres de Oribe y de Villaurreta como presuntos promotores de reuniones sospechosas. Flores visitó San José, Durazno y Cerro Largo. En San José se entrevistó con Oribe, que estaba desde hacía pocos días en la estancia del coronel Maza, en el Rincón de San José, y aunque pudo comprobar que los rumores eran infundados, juzgó conveniente indicar a Oribe que regresara a Montevideo para tranquilidad de todos, autorizándolo a que fuera acompañado por una guardia personal de diez o quince hombres. Al mismo tiempo, lo exhortó a realizar "cualquier sacrificio" a fin de que desaparecieran los pretextos para alarmas de ninguna clase.

Oribe tenía motivos para sorprenderse, pues si no se había ido del país, era porque Giró se había negado a expedirle el pasaporte. No obstante, el 24 de agosto contesta un oficio de Flores fechado el 22, comunicándole que regresaría de inmediato a Montevideo, pero rechazando altivamente la idea de que su persona pudiera ser un obstáculo para la pacificación. Por lo demás, Flores no usó igual severidad con el coronel Faustino López, quien, siguiendo directivas de Pacheco, seguía reuniendo fuerzas ostensiblemente en Florida; Flores se limitó a comunicárselo a M. Herrera y Obes, señalándole la conveniencia de "disculparlos a todos, porque unos y otros no han llenado sus deberes". Visitó luego Durazno, cuyo jefe político Villaurreta le entregó su renuncia, que Flores aceptó por entender que "convenía a la Patria y a la tranquilidad del departamento", sustituyéndolo interinamente por Tomás Alberdi. Adelantándose a las críticas que hubieran podido dirigírsele al tomarse atribuciones que no tenía, aclaraba que hacía esa designación hasta tanto "el gobierno se fije en la persona que debe ocupar dicho destino". Volvió luego a Montevideo, en donde informó al Presidente sobre la tranquilidad que ahora reinaba, después de haber disuelto las fuerzas que encontrara reunidas.

La tensión, sin embargo, no había disminuido. Berro seguía siendo "el hombre fuerte" del gobierno, mientras Juan Carlos Gómez y su cohorte estaban disgustados por las dilaciones de Flores, que a todo esto seguía yendo a los cuarteles a hablar de bueyes perdidos, y a veces de política, con oficiales y sargentos. Mientras J. C. Gómez predicaba tolerancia impugnando al mismo tiempo toda tentativa de fusión, Melchor Pacheco trataba de llamar a Rivera, dedicándose también a repartir madrás entre las mujeres de los soldados, que le eran muy adictos.



Oribe, que había vuelto prudentemente a San José, regresó a Montevideo, pero allí fue visitado por Flores para convencerlo de que se fuera del país. Oribe se resuelve al fin, y se va a Europa. Según el lúcido embajador francés Maillefer, *"el coronel Flores es uno de los hombres mejor conceptuados del Uruguay* [...] *pasa por político honesto y moderado* [...] *es mucho más inteligente de lo que suponen algunos de sus propios amigos. Recto y desinteresado en las pequeñas cosas, porque aspira a las grandes..."*

Su espíritu de conciliación no iba en detrimento de su firmeza; accede a firmar, a pedido de Berro, un decreto para acallar la prensa opositora, pero insiste en reclamar el nombramiento de tres jefes políticos de su partido. Viendo a Berro irreductible, resuelve nuevamente renunciar al ministerio. Como decía Andrés Lamas, con Giró y Berro de un lado, y del otro Flores y Herrera y Obes, eso era *"la guerra civil sentada en cuatro sillones"*.

El 22 de setiembre, Flores monta a caballo y se va a la Unión con su amigo Sayago. Pacheco y Herrera y Obes por un lado, y Giró por el otro, le piden que vuelva. Flores contesta a Giró aclarando que si no puede seguir actuando, la culpa no la tiene ninguno de los dos, manera de decir a Giró que la culpa la tenía Berro, y por lo tanto la debilidad del Presidente. Giró recurre entonces a Paranhos, quien invita a Flores a hablar con el Presidente. Flores accede y vuelve al ministerio, con la condición de que se equilibren las posiciones de ambos partidos en los cargos de gobierno. Giró exige por su parte que Melchor Pacheco y Obes se vaya del país, pues no ignoraba sus propósitos revolucionarios. Pero el 24, sin decir agua va, el Presidente, que veía de qué modo la situación se le iba de las manos, se asila en la legación de Francia, en tanto Berro pide a las potencias extranjeras que protejan la ciudad.

# CAPITULO III

# EL ASCENSO AL PODER

Flores, como quien no quiere la cosa, se apresura a llenar legalmente el vacío producido: se dirige a la Comisión Permanente de la Asamblea General y le expresa que, ausente Giró, quedaba en sus manos de Ministro de Guerra la fuerza pública, con la consiguiente obligación de salvar la situación de "la terrible acefalía en que yace". Al mismo tiempo, pide que la Comisión Permanente se congregue y resuelva lo que juzgue conveniente.

Giró consideró tal pedido como una rebelión, pero su frase no tuvo ningún eco. El 26 de setiembre de 1853, continuando el vertiginoso fluir de los sucesos, se reúnen en el Fuerte, Flores, Lavalleja, Pacheco, César Díaz, Muñoz, J. C. Gómez y otros próceres. Flores expone allí con "franqueza" la situación, y logra que se resuelva crear un Triunvirato con los generales Lavalleja y Rivera y con el mismo Flores, idea que sostuvo e impuso Melchor Pacheco con su "palabra mágica y su prestigio deslumbrador", lo que le valdrá que Lavalleja resuelva regalarle su espada de Sarandí, presente que a su muerte efectuará su viuda Anita Monterroso, y que Pacheco y Obes no aceptará, expresando que era un bien de la patria, a conservar en un sitial de preferencia. Flores es además designado Comandante General de la Campaña, en virtud de las "dotes militares y políticas" que —según la opinión de Aureliano S. Berro— lo destacaban.

A pocas horas de resultar electo como integrante del Triunvirato, Flores sale a efectuar una de sus acostumbradas recorridas por el Interior, llegando a Mercedes el 5 de octubre, a donde consigue que regrese su jefe político Tomás Villalba, fugitivo por ese entonces, habiendo observado que "era bien visto". "Bien visto" —conviene aclarar— por el mismo Flores, pues se enteró de que la ida de Villalba se había debido a que, requerida la Guardia Nacional de Mercedes por Lucas Moreno, Villalba había ordenado disolverla, actitud que los blancos habían considerado como una traición.



El ministerio fue integrado con tres colorados: Gómez, Batlle y Sayago; como Jefe del Ejército quedó Melchor Pacheco y Obes, y Muñoz como jefe de la Guardia Nacional: elenco colorado de punta a punta, con el agregado de Lavalleja, que para ese entonces no ceñía divisa alguna. Los motivos se expresaron en un manifiesto: los blancos, organizando un movimiento; Francia y Brasil amenazando con intervenir; y había que evitar que "las calles se cubrieran de cadáveres". Berro, en la legación en que se había asilado, incitó a un levantamiento. Giró logra escabullirse hacia un barco francés, a donde lo sigue Berro, y ambos reclaman desde allí la intervención del Brasil, apelando a los convenios del 51. Flores reclama entonces ante la legación de Francia que no permita a Giró trasladarse a ningún punto del país, aduciendo que había desertado de su cargo. Berro sigue enviando cartas a Lucas Moreno, Diego Lamas, Dionisio Coronel, Barbat, Olid, Timoteo Aparicio. Y también a Servando Gómez, quien hace llegar a Flores su adhesión al nuevo régimen. Propone Berro al embajador francés que, con los de Inglaterra y los Estados Unidos, tutelen el país. Excitado por la inquietud de Berro, el 20 de octubre Giró llegó a bajar a tierra, pero no tardó en arrepentirse, y el 8 de noviembre se refugió en la Embajada brasileña. Berro, que también había bajado, se instaló en su domicilio de Manga, por lo que Flores, enervado por su reclusión en los despachos del Fuerte, vuelve el 24 de noviembre a salir de la ciudad, mientras Anacleto Medina salía con mil hombres hacia Cerro Largo, quedando César Díaz a cargo del gobierno. Flores se saca el gusto de volver a recorrer nuestros campos, haciendo en pocos días más de mil quilómetros a trote y galope. Luego de perseguir a Diego Lamas por San José, llega a Mercedes, de donde Villalba había vuelto a irse. En el camino encuentra y derrota a una partida de más de cien hombres al mando de Manuel Pereira, quien resultó muerto en la pelea. Regresa a Montevideo, y quien abandona entonces la ciudad es Melchor Pacheco y Obes, el otro "hombre fuerte" del momento, a quien se le atribuía la designación inconsulta, durante la ausencia de Flores, de Brígido Silveira como jefe político de Minas. Según M. Herrera y Obes, Pacheco había man-

tenido un violento altercado con Venancio Flores, provocando "*una ruptura que no tiene soldadura*". Se produjeron asimismo otros desacuerdos con los integrantes de la facción conservadora, quienes —agrega Herrera y Obes— "quieren hacerlo todo".

El 23 de octubre moría Juan Antonio Lavalleja, siendo necesario —tales eran los tiempos— que once médicos, previa autopsia, tranquilizaran a la opinión dictaminando que la causa había sido un derrame cerebral. Dicho deceso produjo intranquilidad en el Brasil, pues se temía que Rivera, con buenos motivos en ese entonces para estar enemistado con el Imperio, quedara dueño del poder. De ahí que el embajador diera muestras de querer apoyar a Giró, sin que esa ayuda llegara a concretarse.

Desintegrado el Triunvirato, el 27 de octubre se convoca a elecciones de la Asamblea Constituyente Legislativa, la llamada "Doble Asamblea", por haberse duplicado el número de asambleistas, invento que M. Herrera y Obes consideró "extravagante" y anticonstitucional. Los propios conservadores del grupo de Juan C. Gómez pidieron que se aplazara la elección, resolviéndolo así Flores sin más ni más y por su propia cuenta. Juan Carlos Gómez y Lorenzo Batlle resuelven entonces renunciar, designándose a Zubillaga, Aguiar y al general Enrique Martínez.

Flores actuó en esos días agitados con singular resolución y dinamismo. Y aplicando en toda su extensión sus prerrogativas de caudillo, según se advierte en alguna circular muy expresiva que enviara a los jefes políticos exhortando a defender la causa, y agregando: "*Me dirijo a usted acompañándole las candidaturas que he formado y que creo llenarán el bien de la Patria.*" "*Guiado de estos sentimientos es que me intereso, no como miembro del Gobierno, pero sí como simple ciudadano, en que V. trabaje por el triunfo de la lista que le adjunto, compuesta de ciudadanos de reconocido patriotismo y honradez, condiciones, para mí, de toda preferencia, y que no pongo en duda serán de preferencia para V. Mis listas son de papel rosado y todas van selladas con el mismo sello que lleva la presente*". Escrito lo cual, sale a enfrentar de nuevo de cuerpo presente a los caudillos que Berro aleccionaba.

En ausencia de Flores, César Díaz, más expeditivo, adoptó medidas de severa represión, autorizando por decreto que se ejecutara a Berro no bien se le capturara e identificara. Berro, que andaba a salto de mata, debió esconderse en un pozo, bajo el piso de una habitación de su casa, salvando su vida gracias a la discreción de un antiguo esclavo de la familia. El pánico cundió en esos días por toda la república; estancias y chacras abandonadas, robo y pillaje por todas partes, según describía M. Herrera y Obes, mientras no menos de diez mil personas emigraban de la capital. Fue entonces cuando llegó de regreso un emisario que Flores enviara a Urquiza, volviendo —dice M. Herrera y Obes con fecha 4/XI/1853— "con un cuete en la cola", pues había encontrado a Urquiza indignado ante la liquidación que se había consumado contra el gobierno legal, echando al enviado del gobierno "con cajas destempladas".

El 24 de diciembre del 53 vuelve a salir Flores a campaña, regresando a principios de enero del 54. Su campaña fue esta vez tan breve como triunfal, habiendo eliminado el último foco de resistencia que había hallado en Colonia. Llevaba solamente ochenta hombres de caballería y otros tantos de infantería, cuando fue cargado por cuatrocientos hombres que mandaba Lucas Moreno, resultando dispersa parte de su caballería. Flores hizo entonces desmontar a los restantes, haciéndoles formar compacto cuadro junto con los infantes, incendiando luego el campo y aprovechando la humareda producida para refugiarse en un monte cercano luego de sufrir diez muertes y sesenta heridos, por culpa, declaró Flores, de la tardanza en incorporársele de su capitán Diego García. Rehizo sin embargo sus fuerzas y obligó a Moreno a retroceder hasta Las Vacas, en donde volvió a atacarlo por sorpresa derrotándolo completamente. Flores actuó con tanta rapidez —relata Berro en su correspondencia— "que no dio tiempo a Lucas Moreno para nada". Tuvo el gesto después de darle a Moreno el pasaporte para que se fuera, ofreciendo clemencia para los otros jefes que se le presentasen en la estancia del arroyo San Juan en donde estaba acampado. Aprovechó además su jira para sustituir tres jefes políticos, los de Colonia, San José y Canelones.

La entrada de Flores en Montevideo se efectuó entre vivas, fanfarrias y campaneos, mientras César Díaz se apresuraba a derogar su drástico decreto, ante el riesgo de recibir la severa recriminación de Flores. Apenas reintegrado a su cargo, Flores suprimió la divisa colorada como distintivo de guerra, y acordó un indulto del que excluyó a los jefes revolucionarios, quienes fueron dados de baja, así como sus oficiales. El 12 de enero se vuelve a convocar la "Doble Asamblea", llegando el día siguiente la noticia de la muerte de Rivera. Flores facilitó por todos los medios el viaje de Doña Bernar-

dina hasta el arroyo Conventos, mientras él quedaba como único dueño y señor, en la cima de su popularidad.

Por cierto que los blancos no se quedaron quietos: el 30 de enero, invocando la conculcación de sus derechos políticos, varios de sus prohombres solicitan al Brasil que intervenga para terminar con la anarquía. Berro, por su parte, trató de armar un Partido Constitucional con la injerencia de algunos colorados, en tanto Juan C. Gómez y Muñoz, luego de una tumultuosa asamblea en el teatro San Felipe, salen con la misión de protestar ante Flores por la presión gubernamental en la confección de listas. Flores los atendió con su más depurada amabilidad y con la flexibilidad que las circunstancias requerían, accediendo a formar listas con los conservadores, a raíz de lo cual se arma una manifestación vivando al Presidente. Este entendimiento desvaneció las esperanzas de los blancos, cuyos caudillos estaban todos desterrados, por lo que resuelven a último momento abstenerse por falta de garantías electorales.

En los comicios del 5 de febrero, salió así electa una gran mayoría de floristas. Dueño total del campo, fallecidos Lavalleja y Rivera, fuera del país Melchor Pacheco y Obes y los caudillos blancos, absorbidos los fusionistas y los conservadores, reducidos a una oposición afónica los hombres del Cerrito, Flores da otro golpe maestro: hacer suya la reclamación de los blancos ante el Brasil, cuya intervención consigue gracias a los buenos oficios del Vizconde de Río Branco, viejo amigo suyo. Aplaca al mismo tiempo todo posible celo del embajador francés, diciéndole que, si bien confía en el Brasil, también podía llegar el caso de que necesitara la tutela francesa...

El 12 de marzo se reúne la "Doble Asamblea". Corrieron rumores de que un golpe la disolvería, comentándose que la adhesión de Palleja a Flores había frustrado la tentativa. Luis Lamas, como Presidente del Senado, adujo sus derechos a la Presidencia durante el resto del período, pero se votó, y hubo 57 votos para Flores y cinco abstenciones. Corresponde aclarar que Juan Carlos Gómez y Muñoz, pretextando meras cuestiones de fórmula, se habían retirado de sala dejando el campo libre a los floristas. Quedó dispuesto que Flores y la Asamblea completaran el período de Giró, debiendo llamarse a elecciones en 1854. Flores estaba presente con semblante adusto; fue su momento de más claro encumbramiento. Y es que parecía sintetizar la simple y autóctona tradición de los caudillos, conocedores de



nuestra realidad y nuestra gente; hombre —según lo define Juan E. Pivel Devoto— "dotado de inteligencia natural" y "un fino sentido político"; "hombre de nuestra tierra e hijo de costumbres austeras, profesaba ideas muy simples de gobierno, adecuadas a la realidad del país".

Flores trató de atraer a Pacheco y Obes, que seguía en Buenos Aires, para encargarle una misión en Inglaterra, pero la mayoría de los asambleístas se manifestaron en contra, formulando serias acusaciones contra Pacheco, quien debió promover entonces un juicio público, no habiendo sido autorizada la misión.

En cuanto a la actitud de Flores ante el Brasil, no fue, como pudo pensarse, una entrega incondicional, sino una carta que supo jugar a su debido tiempo. Tanto fue así, que al ministro Aguiar, partidario de someterse a todas las condiciones del Imperio, "lo mandó al diablo" —expresa el cónsul francés—, obteniendo Flores que no se concediera al Brasil nada que no estuviera incluido en el Tratado de 1851. La presencia de los cinco mil brasileños, solicitados por Flores de acuerdo a lo establecido en 1851, debía así limitarse al tiempo preciso, en las condiciones que la Asamblea admitiese. Y suponía ventajas que todos, fueran del bando que fueran, tenían que reconocer, entre ellas el refuerzo económico que suponía para el decaído comercio de Montevideo. Así es que el 4 de mayo de 1854 entraron las fuerzas brasileñas. Pocos días después moría en Buenos Aires Melchor Pacheco y Obes.

Está demás decir que los conservadores eran teóricamente contrarios a la intervención brasileña. Pero ya estaban en tierra los cinco mil hombres con los cuales Brasil debía apoyar al Presidente, lo que no dejaba de revelar la debilidad que, pese a su prestigio, agregaba a su situación, y que la política fluminense aprovechaba con no muy santa habilidad. El embajador Amaral utilizaba en efecto el Tratado de 1851 como expresión de un Protectorado; acusó a Giró de no haber atendido sus consejos como justificación de la intervención brasileña, contestando dignamente Giró que su gobierno no tenía la obligación de seguir consejos de nadie, mientras los ocupantes tenían la obligación de proteger al gobierno legal, según estaba dispuesto en dicho tratado.

Los celos diplomáticos, ya previstos, no tardaron en manifestarse, por lo que Flores, con cualquier pretexto, acudía a la legación francesa a charlar con su mejor campechanía. Decretó una nueva "ley

de olvido" y de indulto a los exiliados, buscando así atraer a blancos y a colorados disidentes. Olvido por decreto, ya tradicional, aunque no se tardara al poco tiempo en olvidarse de ese olvido. Su efecto, además, apareció contrariado por la resolución que diera a la Asamblea carácter de ordinaria, mera continuación de la que designara Presidente a Giró. En su afán proselitista, Flores trató además de estrechar relaciones con Andrés Lamas, cónsul en Río de Janeiro, enviándole una nota muy política tendiente a limar asperezas; le reconoce en ella sus méritos, contestando Lamas con análoga cautela, aunque declarándose contrario a "la mudanza de setiembre", pues si bien Giró había tomado un camino "funesto" al renunciar, peor eran "las mudanzas violentas". Resumiendo, no reconocía al gobierno provisorio, pero tampoco a Berro. Aceptó no obstante la representación que le ofrecía el gobierno, y obtiene del Brasil las tres cosas que se le pidieran: reconocimiento del gobierno, recursos y ayuda armada. Abandona así su idea de renunciar, pero aclara que no se solidariza con la situación. Si Flores le tiende la mano, "ahí está la mía", agrega, y queda a disposición de que lo confirmen o lo destituyan.

Flores contesta con una breve cuan sibilina carta, el 23 de julio de 1854, en la que le dice: "tendré especial gusto en que V. continúe haciéndome todas aquellas observaciones que contemple necesarias". Satisfacía así el orgullo del magister, pero insinuaba que no le daba mayor importancia a sus sesudas diferenciaciones.

El hecho es que al poco tiempo Lamas informa un cambio importante en la disposición del Brasil, notándose en el embajador Amaral un enfriamiento respecto a Flores, en tanto se acercaba a los blancos. Después de contribuir a la caída de Giró, contribuía ahora a que cayera Flores, siguiendo la táctica brasileña de promover un estado continuo de guerra que pudiera justificar cualquier actitud invasora del Imperio. Como dijera Muñoz: "el Brasil quiere crear el pleito para traernos un arbitraje forzoso". Y fue así el principal gestor del bipartidismo endémico, pues con su apoyo al partido opositor, disfrazaba su afán de intervención, a la espera del momento en que pudiera reconquistar su añorada Provincia Cisplatina.

La situación económica difícil determinó la renuncia de Lorenzo Batlle. Flores, por su parte, sale nuevamente a campaña en setiembre a fin de preparar las elecciones, llevando consigo las listas que confeccionara en sus reuniones de Montevideo, listas de senadores, juntas locales y de alcaldes. Las elecciones se llevan a cabo desde noviembre de 1854 hasta enero de 1855, con votantes reincidentes, mucho asado, electores digitados previamente por el Juez de Paz, todo lo cual informan los blancos al embajador brasileño, concediéndole el papel de árbitro final. Se quiso justificar la jira de Flores, alegando que debía "disciplinar" su electorado, "aleccionar" a los jefes políticos, y colaborar en la confección de las listas locales.



La nueva legislatura se inaugura pues el 15 de febrero, sin que el embajador Amaral se hiciera presente en la ceremonia, lo que suscita rumores inquietantes. Algunas frases agresivas dichas por Flores a un grupo de periodistas, no dejaron de echar leña a la hoguera, y por el mes de marzo se llegó a decir que el presidente deseaba renunciar. Pero lo único que hizo fue volver a salir en esos días a campaña para hacer uno de sus habituales recorridos, regresando para ser ungido Presidente el 28 de febrero.

La oposición, con Muñoz a la cabeza, se hizo sentir de entrada, ayudada por las penurias económicas que agobiaban al país. Se divulgó una nota aparecida en "O Cruceiro" de Río, en la que se anunciaba el propósito del Imperio de anexarse la antigua Provincia Cisplatina. Juan C. Gómez, desde Buenos Aires, pugna por la incorporación de nuestro país a la Argentina. Lamas desilusiona a un enviado del Gobierno, revelando su mala voluntad y dejando adivinar que no es ajeno a la mala voluntad del Brasil. Y en julio hace llegar a Montevideo su resonante *"Manifiesto"*, compendio de sus ideas sobre lo que éramos y lo que no éramos, y que sirvió de oportunísimo instrumento a varios sectores de opinión, sobre todo a los intelectuales, quienes empezaron a congregar voluntades, aunque no pocos se echaron atrás "detenidos —decía Acevedo a Lamas— por la catadura de Don Venancio".

El "Manifiesto" era un alegato contra el caudillismo y las divisas, y a favor de la creación de un nuevo partido y de la alianza con el Brasil. Lamas rompe "pública y solemnemente" su divisa colorada, pero aclara que nunca usará la blanca. Desarrolla además un amplio programa de gobierno que no deja punto sin tratar. A los floristas, por cierto, no les podían hacer mucha gracia los calificativos de "buitres" y de "vándalos" que Lamas aplicaba a los caudillos. Pero todo quedó en palabras durante cierto tiempo, no adoptando Manuel Herrera y Obes y tantos otros actitud alguna. Lamas sostiene que, por el momento, lo que debe hacerse es convencer al Brasil de que la mayoría repudia al gobierno. Blancos y colorados te-

men conjuntarse, por la explotación que Flores y los partidarios sin mezcla hacían de dichas tentativas. El "Manifiesto", sin embargo, dio un sentido muy definido a la oposición, y Flores sintió la necesidad de algunas contramedidas en el mismo plano de las declaraciones; auspicia entonces la fundación de la "Sociedad de la Paz", en donde civiles y militares coordinan su apoyo a la situación con un manifiesto contrapuesto al de Lamas. Dicha Sociedad fue denostada por los opositores como un remedo de la "Sociedad Popular" de la época de Rosas, dando lugar a las reacciones consiguientes.

En eso se estaba cuando un día se apareció Don Manuel Oribe, como viniendo desde el otro mundo. Avejentado, canoso, muy delgado, con voz casi inaudible. El gobierno, sin saber qué hacer, ordenó detenerlo en la Aduana. Nadie sabía a qué venía; era un enigma indescifrable, que la gente iba a mirar desde lejos como a un fenómeno extraño.

Y la lucha verbal proseguía. Flores mandó cerrar un día "La Libertad", diario que a poco reaparece bajo la inmunidad parlamentaria de Muñoz. Flores reúne a sus amigos, tantea el ambiente enrarecido. Tiene en su contra a los blancos, a los conservadores y a la diplomacia brasileña; necesita pues hacerse adeptos. Resuelve acusar al ministro Amaral, en cuya casa se fraguaban planes opositores, y pide a Río que cese la intervención. Convoca la Guardia Nacional, nombra jefes en los departamentos y ordena requisas domiciliarias de armamentos. Cuando el Jefe Político llegó con tal propósito a la casa de Muñoz, éste lo atajó en la puerta, rodeado de partidarios: "¡Que venga Flores a prenderme y a revisar mi casa, si se atreve!" El Jefe Político se retira. Viene Flores y habla unas palabras con Muñoz ante cientos de espectadores, a los que invita a retirarse pues no iba a haber función. Pero todo el mundo se queda.

A los dos días, el redactor Tomé, de "La Libertad", es puesto preso en la fortaleza del Cerro. Gran reunión en la casa de Muñoz. Corren rumores de que vienen tropas de campaña a sofocar la rebelión. Se resuelve entonces enviar una delegación a hablar con Flores: Herrera y Obes, Bustamante, Lorenzo Batlle, y atrás una manifestación. No iban *"proletarios ni vagos* —puntualizaba "El Correo del Plata"— *sino doctores, ciudadanos, estudiantes. El pueblo entero los siguió, y todo un pueblo no se equivoca"*. Flores no estaba; había salido rumbo a Las Piedras a recibir las fuerzas que, efectivamente, venían sobre Montevideo, siendo de señalar que contó en dicha emergencia con el apoyo de Ignacio Oribe. La guardia del Fuerte se pliega al movimiento opositor, y tras ellos varios cuerpos militares. Las azoteas que rodean al Fuerte hormiguean de gente armada. Pallеja se va a su casa y deja a Muñoz su piquete de policía. Los blancos, de acuerdo a lo resuelto en una gran reunión del día anterior, se unen a los conservadores a los gritos de "¡Viva la unión!" y "¡Viva la Constitución!"

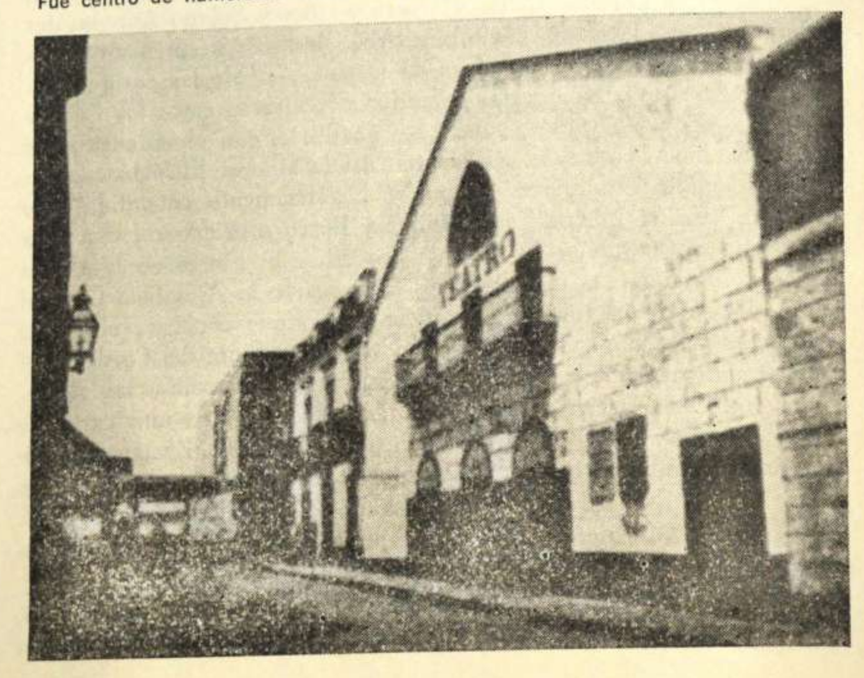
Llega entonces una proclama de Flores denunciando "el tumulto infame" que encabezan "tres o cuatro traidores" y exhortando a la juventud a que abandone a esos "demagogos ambiciosos". Su tono es amenazador. César Díaz sale a alcanzar a Flores para disuadirlo de una guerra civil.

José María Muñoz lanza un manifiesto diciendo que el orden está siendo alterado por la autoridad. El Gobierno se le había sublevado. Se efectúa una reunión, y ante la vacancia de la Presidencia se invita al Presidente del Senado Bustamante para que ocupe dicho cargo, pero Bustamante, amigo de Flores, opone reparos y no acepta. Se nombra entonces un gobierno provisorio con Luis Lamas como Gobernador, y Lorenzo Batlle, Herrera y Obes y Solano Antuña, dos colorados y y un blanco, como ministros. Batlle expresa en un comunicado que sólo rige "la bandera de la patria", "sin las antiguas divisas de partido". La oposición tendía a centrarse entre los "doctores", blancos y colorados, contra los caudillos, con abundancia, por cierto, de buenas razones. Si aceptan así la alianza brasileña es con la prevención de que sea "digna y benéficamente entendida". Se funda la "Unión Liberal" con Muñoz y Berro a la cabeza, y con su programa de extinción de odios. Pero allí está Flores en la Unión con sus 700 hombres de a caballo, convocando la Asamblea General para que se reúna fuera de Montevideo, lo que consigue el 10 de setiembre, asistiendo el número exigido a una quinta del Cardal. Allí están también Oribe y los ministros de Francia, España e Inglaterra, todos a la expectativa. Reunida la Asamblea, se lee una carta de Flores renunciando a su cargo y queda Manuel B. Bustamante como Presidente de la República, mientras afuera resuenan los vivas a Flores y a Oribe, siendo Flores declarado "Benemérito de la Patria". Todo tan dentro de la ley, que dejaron sin asunto a los revolucionarios.

La rebelión, en consecuencia, empezó a desfibrarse. Los blancos, partiendo del Manifiesto de Lamas, tratan de hacer pie fundando el

Partido Nacional. Muñoz advirtió entonces que la "Unión Liberal" no había servido sino como un escalón para la gente del Cerrito. Propugna así reconocer, de acuerdo por lo demás con sus principios, al gobierno legal de Bustamante, quien asume el mando el 11 de setiembre, en tanto el cónsul Amaral debe ceder su puesto al Vizconde de Abaeté, personaje de relieve en Río y amigo de Flores. Bien podían esperar entre tanto los restos de Artigas en un depósito del puerto, ante tantas peripecias que mantenían en vilo a todo el mundo. Balazos sin resultado sobre la casa del Presidente, balazos sobre el coche de Oribe cuando no iba Oribe, quien, previendo el atentado, había tomado a caballo por otro rumbo; tan inusitadas violencias aumentaban la tensión ambiente. Pero no hubo lucha formal. Las caballadas de Flores se acercaron a la ciudad, las fuerzas de la plaza salieron a su encuentro, y todos terminaron por confraternizar sin dispararse un solo tiro.

El antiguo Teatro San Felipe, demolido en 1879. Estaba ubicado en el lugar que hoy ocupa el Palacio Taranco. Fue centro de numerosas asambleas políticas.






# CAPITULO IV

## EL PACTO DE LOS CAUDILLOS

El 11 de noviembre de 1855 se divulga el pacto que habían firmado en la Unión Flores y Oribe, dos prestigios personales algo heterogéneos, pero que sumados significaban una garantía de poder. Los unía el compromiso de defender la legalidad y al Presidente que designara la Asamblea; y otra vez a predicar "extinción de odios" y "perpetuo olvido", por lo menos por algunos meses. Tres días después, las tropas brasileñas desfilan ante el Cabildo y se despiden en medio de la indiferencia general. Culminaban así las enérgicas reclamaciones de Flores, quien denunciara a Río el hecho "escandaloso" de que Amaral, en lugar de amparar al gobierno como estaba obligado, protegiera a los rebeldes, negándose incluso a enviar la protección personal que le solicitara el Presidente. En su lugar, llega el apoyo de Urquiza, quien reconoce en el programa de Oribe y Flores las directivas de 1851, haciéndoles llegar un hermoso caballo de regalo a cada uno.

Pero los conservadores habían quedado con la sangre en el ojo, y el 24 de noviembre, a media noche, el iracible Muñoz, con un centenar de acólitos, asalta y se apodera del Cabildo, del fuerte San José y del Cuartel de Artillería, contando con la connivencia de los guardias. El Presidente Bustamante pudo guarecerse en la Jefatura de Policía con cincuenta hombres de caballería, nombrando Comandante de Armas a Flores, quien junto con Oribe procedió a organizar sus efectivos. Los edificios ocupados por uno u otro bando fueron rodeados de cantones enemigos, apostándose una patrulla gubernista en una torre de la Matriz, desde donde tiroteaban a los rebeldes apostados en el Fuerte. Las hostilidades continuaron durante cinco días,

hasta que en la madrugada del 29 una manifestación de señoras salió a la calle a pedir garantías para los revoltosos.

Fue entonces cuando se produjo un hecho singular: llega la noticia de la Paz de Crimea, muy importante para la inmensa colectividad franco-inglesa-italiana, el cónsul francés pide permiso para efectuar un desfile, y los combatientes se convierten de inmediato en espectadores, haciéndose a uno y otro lado como si se tratara de una representación y empezara la segunda parte.

Dicha interrupción terminó por enfriar los ánimos, al punto que los conservadores empezaron a disminuir, mientras aumentaban los partidarios del Gobierno. Se concertaron contactos, hubo propuestas de Muñoz rechazadas por Bustamante, quien se limitó a ofrecer garantías, y ante su ultimatum, los doscientos jefes y oficiales se embarcaron sin que nadie los molestara, como si salieran de excursión, comentando alguien mordazmente que se habían ido "todos" los conservadores.

Una mañana de enero de 1856, Oribe y Flores, dueños de la situación, hicieron una visita a Gabriel Pereira, instándolo a que aceptara su proclamación como Presidente. Pereira era considerado como un hombre respetado por todos en virtud de su larga foja de servicios a la patria, no dejando de pesar en su elección el hecho de ser considerado el hombre más acaudalado del país, por lo que se volvía insospechable de ambiciones materiales.

El otro candidato era César Díaz, quien, si bien contaba con pocos legisladores, no dejó de comenzar una intensa campaña, más contra el Pacto y sus ilustres firmantes que contra Pereira, a quien consideraba un instrumento ocasional. Juan C. Gómez, que acababa de llegar a Buenos Aires desde París, arremete con furia: *"El valetudinario Bustamante es un autómata perverso, Oribe un vándalo y Flores un extraviado"*.

Don Venancio fue pasando poco a poco al papel de espectador, no así Oribe, quien conducía a Pereira paso a paso, celoso por evitar que los colorados tomaran la iniciativa, lo que hizo decir a los conservadores que Pereira era un títere manejado por Oribe. Lo cierto es que Oribe invitó a Flores a firmar una declaración de apoyo, cuando se rumoreaba que Don Venancio estaba urdiendo otra candidatura, la de Agell, causa tal vez de que considerara innecesaria dicha declaración. El hecho es que en ese momento no se sabía bien en donde residía el poder, si en la Presidencia, o en la casa de



Flores, o en la quinta de Oribe en el Miguelete. Llegaba el 1º de marzo, y no pasaba día sin que se suscitaran alarmas y movimientos de soldados. A principios de febrero, Flores, como Comandante de Armas, había pedido al Ministro de Guerra 300 a 400 hombres de pelea. Según un diario opositor, Flores apoyó una declaración de que César Díaz era el candidato de los revolucionarios de 1855, ante lo cual, y por las dudas, César Díaz optó por asilarse en la legación de España. La inestabilidad de la situación llegó al extremo de que el Presidente de la Cámara de Diputados, Dr. Palomeque, creyó oportuno organizar un banquete para la noche del 28 de febrero con el propósito de que los legisladores asistentes se comprometieran formalmente a reconocer la autoridad que resultara electa el día siguiente, verificado lo cual, Magariños Cervantes propuso brindar por la salud de los dos candidatos. Alguien recordó entonces que uno de ellos, César Díaz, estaba asilado, y allá fueron a buscarlo, acompañándolo hasta su domicilio. Agreguemos que Flores, viendo que las cartas estaban siendo barajadas por otros, no hizo acto de presencia en el banquete, pero sí en la Plaza Artola (hoy Treinta y Tres), en donde pasó ostentosa revista a sus trescientos hombres, como una exhibición exclusiva para distraídos.

Como resumen del período de 1852-1856, y como expresión de la continua agitación en que se viviera, debe señalarse que llegaron a haber siete gobiernos: las dos presidencias de Giró y Flores, los tres gobiernos de facto: el Triunvirato, el de Flores y el de Lamas, más dos interinatos a cargo del Presidente del Senado. Consecuencia de tales "mudanzas", fue una constante disminución de la inmigración, así como de la actividad comercial interna, manteniéndose no obstante un buen nivel de exportaciones. La llegada en 1855 de la primer máquina de coser, cuyo funcionamiento asombró a quienes fueron a admirarla a la casa de Flores, despertó sin embargo algunos optimismos de alto vuelo, llegándose a pronosticar que dentro de poco tiempo se iba a poder vivir sin trabajar.

El 1º de marzo de 1856 se procedió a la elección de Presidente: 24 votos para Pereira, siete para Florentino Castellanos (candidato impuesto, según Flores, por el ministro brasileño), uno para Ellauri y otro para Juan M. Martínez. Se proclamó el resultado, y de la barra surgieron algunos gritos de efecto retroactivo: "¡Viva el Presidente! ¡Mueran los salvajes unitarios!", tratándose, con tales gritos, de revivir odios que se creían útiles. Juró Pereira, y prometió sacar al

país "del caos" en que se encontraba. Tenía firmes intenciones de cumplir con una célebre frase pronunciada poco tiempo antes: *"Mande quien mande, la mitad del pueblo oriental no puede ni debe conservar en tutela a la otra mitad"*. De entrada —dijo Eduardo Acevedo— trató de "tirar los andadores", solicitando a Oribe y a Flores que no intervinieran en las tareas de gobierno, aceptándolo Oribe y no contestando Flores. A pocas horas de asumir el mando, suprime Pereira la Comandancia de Armas, pidiendo informes detallados del uso y destino del armamento que se le confiara a Flores, a quien empezó de ese modo a sacárselo de encima.

Pereira no quería guerra. Hombre acaudalado, no tenía ambiciones y no estaba ligado por compromisos con nadie, aunque surgiera como un engendro de la liga caudillista. Políticamente siempre fue incoloro, y pronto advirtió que Flores y Oribe querían absorberlo, por lo cual trató de lograr su política de fusión y concordia con el apoyo de fuerzas y personas menos ambiciosas. Fue así que integró su ministerio con Ellauri, con su íntimo amigo San Vicente en Guerra, y en Hacienda con Doroteo García. Se hizo además acompañar por un "Consejo Consultivo" integrado con M. Herrera y Obes, Luis Lamas, Giró, Solano Antuña, Joanicó, Lorenzo Batlle, Aguirre, Agell, Villalba, Estrázulas, A. Rodríguez y Juan M. Martínez. Las medidas de amnistía del 28 de febrero permitieron el regreso al país del temible terceto Muñoz-Bertrán-Torres, ante lo cual los amigos de Oribe debieron ponerse en guardia. Se pidió que la Cámara los convocara para el 18 de marzo. Y allá acudieron los tres al Cabildo, a pesar de que estaba atestado de "gente de camorra". Envueltos al entrar por la turba, Torres salió con tres tajos, y otros amigos con docenas de garrotazos, no pudiendo celebrarse la sesión. Torres y Muñoz se dirigen públicamente entonces a Pereira, previniéndolo contra la intromisión de la gente de Oribe, recordando Muñoz al Presidente que había prometido ayudarlo: *"De V. nadie se acuerda* —lo reconvino— *mientras andan por las calles de serenata dando vivas a Oribe y a Flores"*.

Recomienza así la lucha entre los diversos sectores: Pereira se aleja cada vez más de Flores, apoyándose en Oribe; Flores, sin acceso a la casa de gobierno, se mantiene expectante; César Díaz urde sus planes, reuniéndose con un centenar de partidarios. Llama Pereira un día a Flores y a Oribe a fin de hacer aclaraciones. Flores ronca fuerte, y solicita en vano que se designe a Manuel Freire Jefe de Policía de Montevideo. Accede al final a firmar un manifiesto de apoyo al Pacto y a sus consecuencias tal vez para mostrar claramente su desligamiento de la conspiración de César Díaz. Al día siguiente, 28 de marzo, César Díaz es puesto preso y deportado a Buenos Aires junto con algunos militares. Restablecióse además la Comandancia de Armas, designándose a Freire. Días después se presenta Oribe en Montevideo al frente de trescientos hombres en defensa del orden; mantenía, por otra parte, frecuente correspondencia con Urquiza. Palleja, descontento, se va a Entre Ríos, en donde Urquiza lo pone al mando de un cuerpo de infantería. Oribe previene a Urquiza, advirtiéndole que Palleja es "un aventurero peligroso" capaz de entenderse con "los salvajes de Buenos Aires" afectos a César Díaz, para intentar asesinarlo. Berro, incomodado por la injerencia de Oribe, se va a campaña. El mismo Pereira empezó a sentirse mortificado, y no pasaron muchos meses sin que notificara a Oribe, responsabilizándolo por los desórdenes que pudieran promover sus partidarios. El licenciamiento de la Guardia Nacional de la Unión no había sido cumplido por su jefe, el oribista Santiago Botana, quien fue destituido. Barbat y Azambuya se rebelaron también en Cerro Largo, yendo Freire a sofocar la rebelión, que terminó con la prisión de los jefes rebeldes y la muerte de varios combatientes.

El afán de Pereira era crear una nueva fuerza por encima de los partidos, desligándose de las personalidades absorbentes; y es que como decía Juan C. Gómez, "Pereira tendrá que abandonar a Oribe y a Flores, o tendrá que abandonar el puesto". Tanto Andrés Lamas desde Río, como Berro, Luis de Herrera, etc., apoyaban esa política de fusión, a la que Juan C. Gómez fustigaba desde la prensa sin descanso, pugnando por restablecer el principismo colorado de la Defensa. *"No capitular ni transigir en adelante con los caudillos"*, tal era su lema; y no importaba que fueran unos pocos; en octubre de 1853 —decía— se empezó con "uno solo". El hecho de que "todos" los jefes políticos fueran hombres del Cerrito, no dejaba de ser una realidad alarmante. A raíz de algunos comentarios de familiares de Don Venancio, se pensó que estaba en tratos con la oposición, ante lo cual, inesperadamente, Flores dirige a Pereira una nota en la que desmiente esas suposiciones "que aún el mismo Gobierno quiere creer", y en la que anuncia que, para probar su patriotismo y desligamiento de toda intriga política, va "a dejar esta tierra tan querida", solicitando se le den los pasaportes. Pereira le contesta negando que

se le haya tratado mal, pero le concede el pasaporte pedido, manera más o menos elegante de sugerirle que se fuera.

El anuncio de Flores de expatriarse, ¿ocultaba algún propósito especial? Se han formulado tres hipótesis: 1º, pensó que el Gobierno temería su alejamiento y le haría concesiones a fin de que se quedara; 2º, se iba decepcionado por no haber encontrado eco en Oribe alguna propuesta suya de reacción conjunta; y 3º, sentía la necesidad de tomarse su tiempo, de esperar su hora sin ensuciarse en las contingencias del momento.

Y apenas dio a luz su mujer, doña María García, el 18 de agosto de 1856 partió para Entre Ríos, a donde lo siguieron centenares de partidarios. No a Buenos Aires, sede entonces, desde 1854, de un gobierno separado, sino al gran feudo de Urquiza, Presidente de la Confederación Argentina, con lo cual quería expresar que seguía sosteniendo los principios del Pacto de la Unión. Y pasó a administrar uno de sus saladeros en Ibicuy de Paraná.

Ese mismo mes se levantaba el destierro a César Díaz, Tajes y otros emigrados, expresión de paz que también pudo advertirse entre Pereira y Oribe el 12 de octubre, al sentarse juntos en el palco presidencial del flamante Teatro Solís, aunque, siendo un héroe nacional de Sarandí, la presencia de Oribe junto a Pereira en ese día podía empero entenderse como un homenaje ineludible. Dispuesto a imponer sus propios candidatos para alcaldes ordinarios, Pereira envía una concluyente circular a los departamentos: Uds. conocen —dice— *"el candidato de mi aceptación entre los que se proponen para ese departamento; debo impedir que se abuse de mi nombre o del nombre del Gobierno por los agentes del general Oribe, suponiendo que las candidaturas de éste son convenidas conmigo"; "es natural que yo prefiera para las bancas de la representación nacional entre buenos e ilustres ciudadanos a aquellos de cuya cooperación estoy seguro".* Agréguense las críticas a Oribe que formulan Freire, Medina y un centenar más de firmantes denunciando "su funesto influjo", y que en Montevideo, a la candidatura de Florentino Castellanos, presentada por Oribe, contraponen la de Juan M. Martínez, "aceptada por el pueblo y por S. E. el Presidente de la República", lo que determinó que muchos blancos abandonaran al candidato de Oribe. Joanicó, Antuña, Lapido, etc., se agrupan en sociedades por la soberanía y comienzan —dice Aureliano G. Berro— "a ejercer la influencia directriz de una manera descarada y vergonzosa". "No hay peor cuña



que la del mismo palo", acota Alfredo Lepro. Para Oribe es el fin. Se encierra en su casa, se enferma, y escribe a Urquiza que ha "resuelto pedir su pasaporte para Entre Ríos". Solamente Berro superó el embate de la influencia directriz, ganando la elección de senador por Maldonado gracias a la influencia local del jefe político Olid, cuyo poder es "casi absoluto". Ante acusaciones de que gente de su amistad estaba incubando una revuelta, contesta Oribe: "Yo nunca he sido, ni soy, ni seré agitador del orden público". Una semana más tarde, pedía y obtenía su pasaporte para ausentarse del país por razones de seguridad personal, y por eludir polémicas con el Dr. Ambrosio Velazco, quien estaba exhumando con miras al escándalo algunos hechos de la Guerra Grande, guerra en la que Oribe, "gobernó despóticamente —decía Velazco— disponiendo a su arbitrio de la vida y reputación de los ciudadanos", así como de sus haciendas y del Tesoro Público. Eliminados pues los dos actores del Pacto de la Unión y creadores de la candidatura de Pereira, quedaba éste en relaciones cordiales con los conservadores representados por Tajes, que tanto se había opuesto a su candidatura.

La lista oficial, como era de preverse, ganó las elecciones. En el departamento de Montevideo obtuvo 1.442 votos contra 995 para el candidato de Oribe. Pereira, en una nueva proclama de las que gustaba prodigar, quiso destacar la libertad de que había gozado la oposición "contra las candidaturas del pueblo y del Presidente de la República", agregando: "el triunfo está de parte de quien debía estar; de parte de la autoridad y de las instituciones". En seguida reintegró a todos los militares que habían sido dados de baja desde 1853, derogó los nombramientos —hechos durante la lucha contra Oribe— de Medina, Freire y Tajes en las comandancias, y logró en parte tranquilizar los ánimos ante la proximidad de las elecciones de senadores y diputados a efectuarse en 1857.

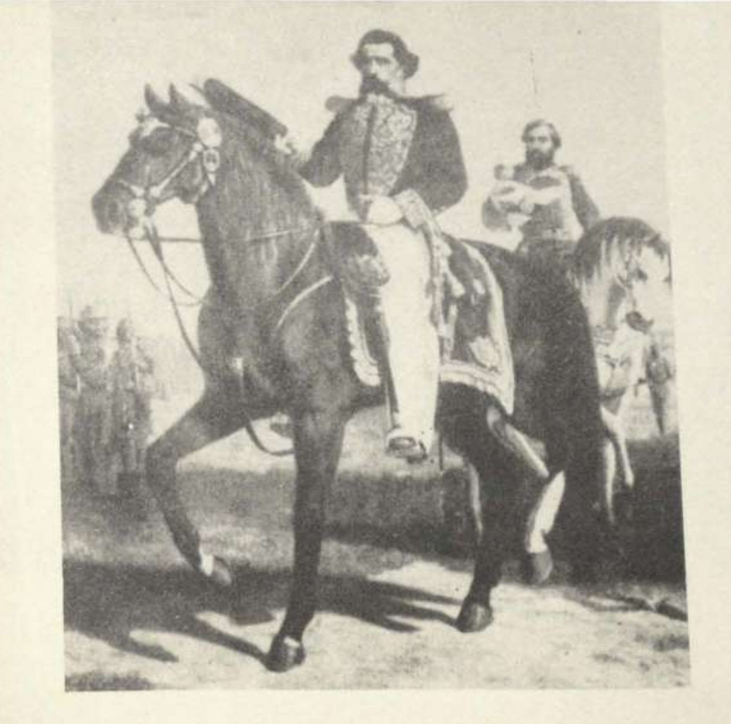
En esos días volvió Juan C. Gómez, con su diario "El Nacional" y con su habitual radicalismo, atribuyendo todo lo bueno a los colorados y todo lo malo a los blancos, entre quienes denunció a *"ese individuo de Florida conocido por Aparicio"* que andaba reuniendo gente para levantarse. Se fundan el "Club de la Unión" con Berro, M. Herrera y Obes, etc., pro-Pereira, y el "Club de la Defensa", con César Díaz, Tajes, etc., anti-Pereira y anti-Oribe. Los gubernistas organizaron grandes reuniones, con gran despliegue policial, anotando "El Nacional", en una de ellas, la presencia de 113

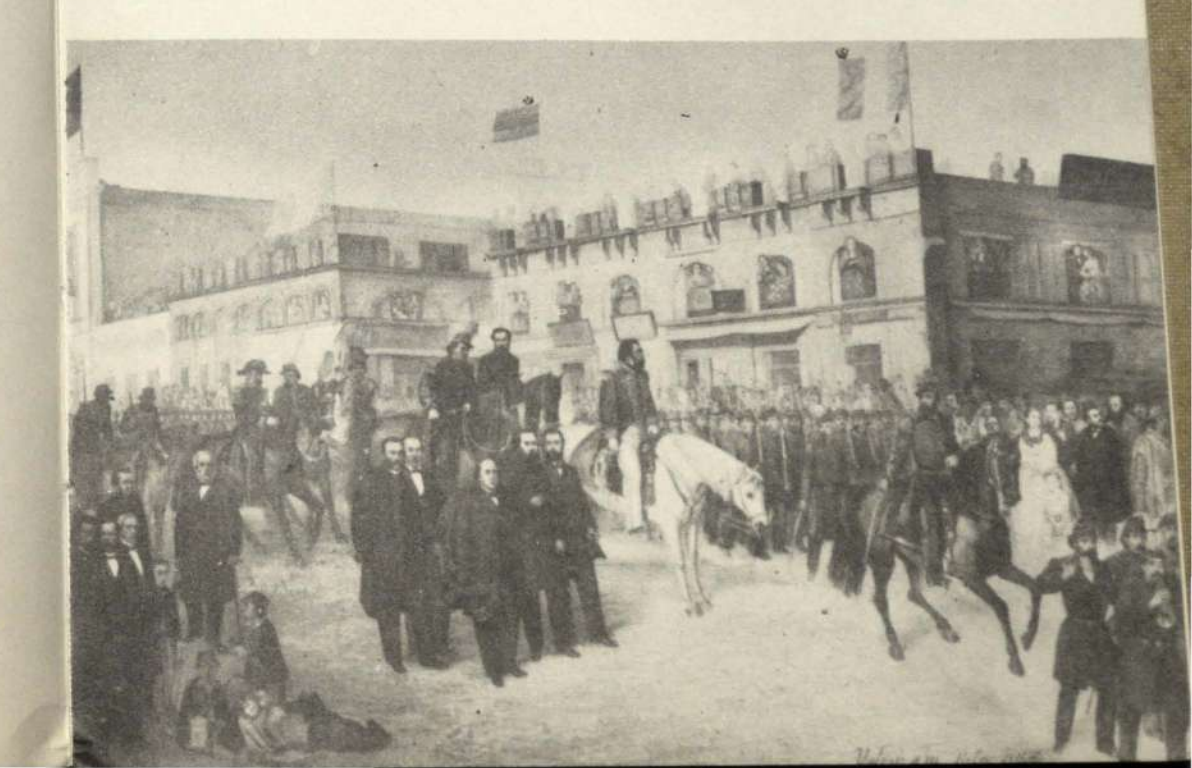
blancos y 27 "ex-colorados", como los llama, entre ellos Bustamante, Anacleto Medina, Palomeque y Solsona, algunos de ellos antiguos compañeros del general Flores.

Cinco eran los grupos que se aprestaban para las elecciones: 1º, los conservadores, con Juan C. Gómez; 2º, los colorados situacionistas y fusionistas, con Anacleto Medina, Bustamante, Luis Lamas, etc.; 3º, los colorados floristas, pro-fusión y anti-Pereira; 4o., los blancos fusionistas, con Joanicó, Brito del Pino, etc.; y 5º, los blancos de Oribe, fusionistas y pro-Pereira.

Ya en plena campaña electoral, el 11 de noviembre, muere el general Oribe, a los 65 años de edad, cuando mostraba deseos de emigrar a Entre Ríos. Su muerte eliminó uno de los contendientes principales, exaltado e impugnado como el que más, "héroe" para muchos, "déspota" y "degollador" para los otros, pero sobresaliendo sobre dicha oposición su prestigio como segundo jefe de los Treinta y Tres. El 12 de noviembre de 1856, Flores, luego de una estada de varios meses en Entre Ríos, regresó a tiempo de asistir a los funerales de Oribe. Solicitado por sus amigos, se asoció al grupo de los conservadores, aunque manteniendo sus propósitos de unión "con todos los orientales", para elegir representantes cuya "gran misión que cumplir" sería —según expresó en un manifiesto no bien desembarcó— "el examen de los tratados con el Brasil". Durante su ausencia se había desatado una pavorosa epidemia de fiebre amarilla, calculándose en veinte mil las personas, entre ellas muchas autoridades, que se fueron de Montevideo huyendo de la temible peste.

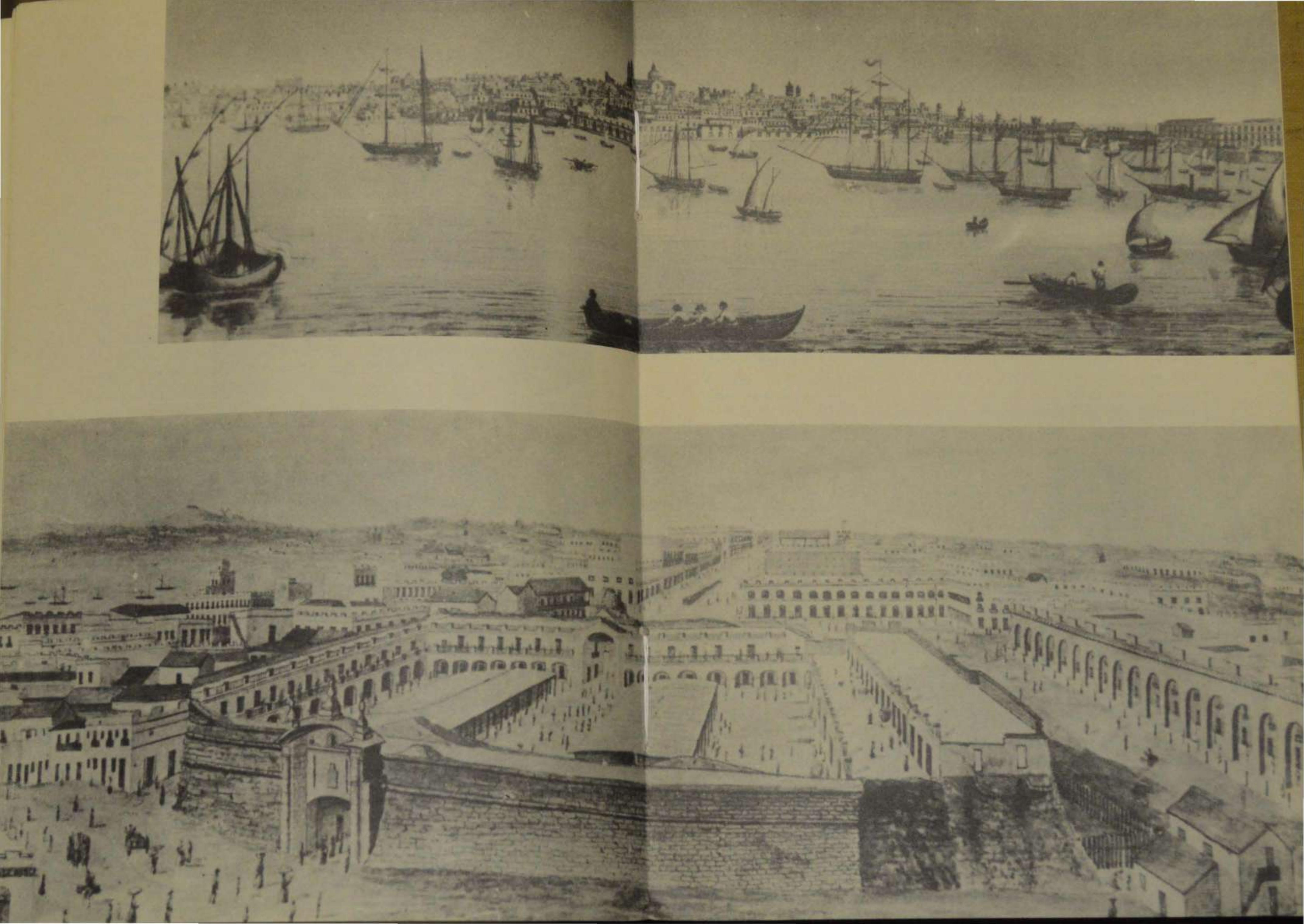
Juan C. Gómez, en esos días, elevó la temperatura de su prédica contra el Gobierno y contra el Brasil, en tanto Pereira mantenía su decidido propósito de intervenir en la designación de los candidatos del pueblo. Llega noviembre, y Juan C. Gómez, Vicente Garzón y Tezanos, son puestos presos y desterrados a Buenos Aires. La mezcla de estas medidas persecutorias con los honores que se tributaban a Oribe, echó leña a la hoguera de las pasiones imperantes, siendo de señalar la equidistancia de que hizo gala Don Venancio, quien no se asoció a los dicterios contra Oribe y el Gobierno, así como tampoco a los designios de revuelta de César Díaz y su grupo, por considerar que el momento no era propicio, y tal vez porque el carácter destemplado de César Díaz no podía hacer liga con el temple inalterable de Flores, cuya prescindencia pretendieron ex-



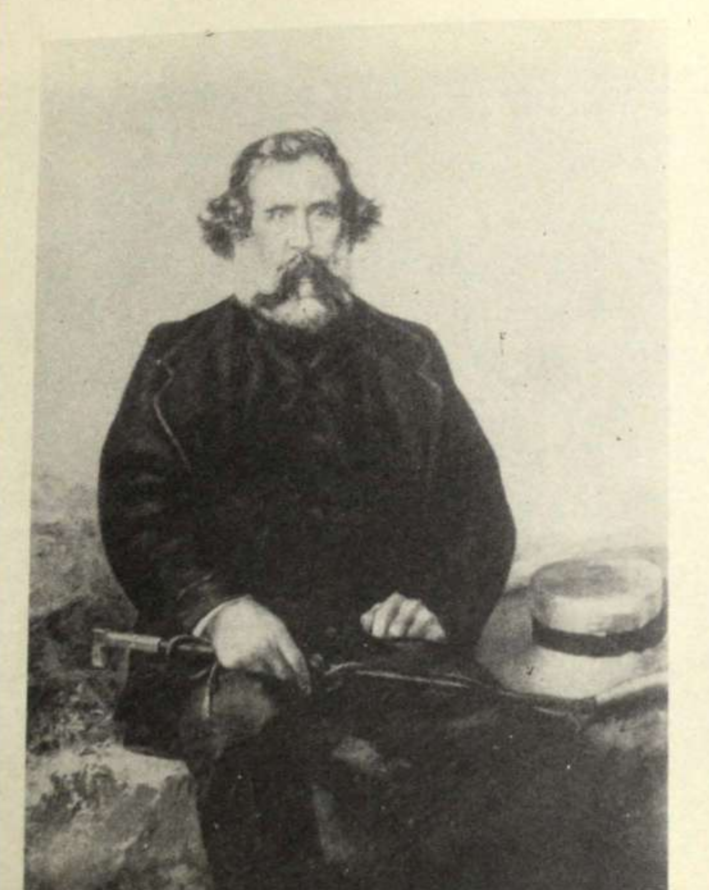




El Gral. Flores a caballo. Atrás, el Gral. Caraballo. / El Gral. Flores revistando la Guardia Nacional en 1865.







plicar los revolucionarios diciendo que había venido de Entre Ríos con el fin exclusivo de decirle a Pereira que nada tenía que ver con la actividad de César Díaz. Pudo pensarse, por otra parte, que Flores aspiraba a dirigir el movimiento, no resignándose a figurar como comparsa, y otros, tal vez mejor rumbeados, le atribuyeron propósitos de resucitar el Pacto de la Unión, idea que resultó desbaratada por la muerte de Oribe, a quien rindió tributo con su presencia en los actos fúnebres. Pudo influir también en su decisión de no intervenir la frialdad con que fue recibida su presencia.

Sin Flores, César Díaz no podía pesar mucho. Pero Flores, sin Oribe, y sin los blancos que desertaron entonces de la unión pactista, no disponía del apoyo suficiente, ni tenía posibilidades de reagrupar por sí solo las fuerzas bi-partidistas con que tal vez contara. Su sentido político siempre ajustado a sus posibilidades, le permitió entender que su hora no había llegado, y fue así que, eludiendo una situación que nada bueno prometía, anunció su vuelta a Entre Ríos, habiendo quien afirmaba haberlo oído decir que vendría para colgar a Joaquín Requena y darle una tunda de rebenque a Pereira, con quien mantuviera en uno de esos días una "tormentosa discusión". A muchos decepcionó su decisión, pues su prestigio seguía siendo grande, pero ya estaba tomada y la cumplió. Se fue el 6 de diciembre con sus dos hijos mayores y compró un saladero en Entre Ríos, aunque sin abandonar ni por asomo su idea de que alguna vez habría de volver en tren de triunfador.

Retrato de V. Flores. / La batería de Cagancha, sobre el Cubo del Norte. / A doble página: Mercado de Montevideo, hoy Plaza Independencia, en 1848, según Besnes e Irigoyen. — Vista del puerto de Montevideo en 1856, según Berthet.

# CAPITULO V

# FLORES Y MITRE

Ausente Flores, el Club de la Unión quedó dueño del campo. Y se efectuaron las elecciones, con el país militarizado ante rumores de revolución, votando únicamente los partidarios de Pereira, previo un trabajo de depuración que, según la oposición, convirtió el Registro Cívico en una simple nómina de partidarios del Gobierno.

Suárez, Ellauri, Andrés Lamas, Joanicó, etc., obtuvieron así 2.012 votos en Montevideo. Freire, Diego Lamas y Villagrán fueron designados jefes de las tres comandancias que se crearon en campaña, a raíz de los conatos de revolución que se descubrieron en los primeros días de diciembre en el escuadrón de artillería, siendo detenido y desterrado, entre otros, César Díaz. El 15 de diciembre, es Brígido Silveira quien levanta el poncho en Minas al frente de quinientos hombres, llegando a incursionar hasta las puertas mismas de Montevideo. Rumores insistentes se difundían acerca de Flores, fantasma que se creía ver por todos lados, según unos en Paysandú, que se dijo había sido tomado, según otros en San José, para acercarse de allí a Montevideo. Flores, en realidad, no participaba de ningún movimiento, en tanto César Díaz reunía gente en Buenos Aires. Hasta que el 6 de enero de 1858, la goleta del gobierno de Buenos Aires "Maipú" condujo en pleno día al puerto de Montevideo, como inesperado regalo de Reyes, setenta hombres al mando de César Díaz, E. Abella, J. C. Vázquez y otros jefes, para desembarcar en la costa del Cerro y unirse al millar de hombres que comandaba Brígido Silveira. César Díaz se puso a su frente y se dirigió al Cerrito, dispuesto a atacar Montevideo; contaba para ello con la complicidad de un cuerpo de artillería, lo que determinó que los invasores avanzaran hasta muy cerca de la ciudad, resolviendo retirarse el día 9 al interior al no recibir la ayuda prometida. El indeciso combate de Cagancha contra Lucas Moreno, el día 14, provocó el estancamiento de la revolución. Díaz pide desesperadamente ayuda a Tomás Gomensoro que estaba en Salto, preguntándole por Sandes, Caraballo y Aguilar, de quienes no tiene las noticias que esperaba, aconsejándole de paso que procediera "con mano de hierro" y "fusilara" a quien se negara a servir. Se sabe el fin de aquella mal calculada intentona. Perseguido con saña, César Díaz, sin el auxilio de los conservadores, que en el interior no tenían gente, estaba destinado a un desastre inevitable. Sus últimos seiscientos hombres fueron alcanzados en Paso de Quinteros por los dos mil hombres de Anacleto Medina, y el 28 de enero debe finalmente rendirse, siendo fusilado el 1º de febrero junto con 26 oficiales superiores, entre ellos Manuel Freire, ilustre integrante de los Treinta y Tres, calculándose en 152 los otros integrantes que fueron siendo fusilados en el trayecto a Montevideo. Tal hecho habría así de constituirse en una bandera de guerra para el Partido Colorado durante muchos años. Hecho que algunos atribuirían al presidente Pereira, otros a Anacleto Medina, y los más a Luis de Herrera, quien habría auspiciado tal medida a raíz de la muerte recibida por uno de sus hijos, discutiéndose también si se había o no firmado capitulación.



Limitémonos aquí a considerar cuál fue la conducta de Flores, no bien aclarada, hasta ahora, respecto a la revolución de César Díaz. El 12 de diciembre, seis días después de que Flores partiera de Montevideo, debía haber estallado la revolución en la ciudad. Flores quedó a la espera varios días en su estancia del arroyo Grande, pero la revolución se postergó, y Don Venancio resolvió seguir para Entre Ríos. Según carta de Osuna a Juan C. Gómez fechada el 23 de diciembre, *"Venancio Flores debía encontrarse con Tajes en Los Laureles* (actual departamento de Río Negro) *para venir reunidos con todas las fuerzas disponibles hasta Montevideo; tengo tan poca fe en Flores que dudo de su concurso hasta ver más claro"*. Según tales versiones, Flores habría declarado que apoyaba a los revolucionarios, pero postergó su decisión para no provocar disensiones. Al enterarse de que era César Díaz quien venía al frente, vaciló en su decisión, por lo cual resolvió enviar un chasque a los principales jefes, expresándoles que si creían necesarios sus servicios,

se lo significaran por medio de un llamado firmado por los jefes revolucionarios, para que nadie creyera que quería desplazar a César Díaz. Tajes, Freire y otros jefes le contestaron urgiéndole su incorporación, pero esa carta le llegó a Flores junto con la noticia de la capitulación de Quinteros, o de la "Hecatombe de Quinteros", como la denominaran los conservadores. Se afirma que César Díaz también le habría escrito, no habiendo Flores recibido dicha carta. Se sabe que Urquiza había ya cruzado el Río Uruguay en ayuda del Gobierno, enterándose entonces de la rendición de César Díaz, y también se sabe que Lapido había comunicado al jefe entrerriano que Flores, cuya fama no podía resultarle cómoda a Urquiza, estaba por su parte preparando una invasión. Queda de todos modos como un hecho casi indudable, que Flores estaba dispuesto a entrar en la revolución, sin lo cual, por lo demás, no se justificaría su alusión, en su proclama de 1863, a los sucesos de Quinteros.

Al año siguiente estallaba la guerra entre la Confederación argentina que presidía Urquiza, vinculada al gobierno de Pereira, y el Gobierno de Buenos Aires, presidido por Bartolomé Mitre, gobierno que había colaborado con la revolución de César Díaz; cuyo pronto fracaso, agreguemos, impidió que nuestro país resultara nuevamente complicado en las guerras civiles del país vecino. Urquiza solicitó entonces el concurso de varios emigrados orientales, aunque no naturalmente el de Flores y sus seguidores, por saberlos opuestos a su tendencia. Fue así que Flores, junto con Sandes, Caraballo, Máximo Pérez, Aguilar y otros jefes orientales lograron evadirse del Ibicuy en julio de 1859, apelando a una treta para embarcarse en el vapor "Rivera", dispuestos a ofrecer su concurso a Mitre. Urquiza contaba con la insignificante ayuda de Pereira, quien temía que Flores llegara a constituirse en el vengador de Quinteros. En una carta dirigida al cónsul francés Maillefer, Flores le expresaba que, a pesar de haber resuelto abandonar la política, los horribles acontecimientos producidos, así como el llamado de sus amigos y el de un país cuyo honor y libertad estaban vulnerados, lo hacían vacilar acerca de la decisión a tomar. El 30 de junio de ese mismo año, conocida ya su decisión, el gobierno oriental resuelve entonces borrarlo del escalafón militar.

La incorporación de Flores fue producto de insistentes pedidos del gobierno de Mitre, que ansiaba contar con el auxilio de la pléyade de notables guerreros que rodeaban al ex-Presidente de nuestro país. Conducido a Zárate, de allí, por falta de caballos, se le embarcó en un pailebot a Buenos Aires, desde donde a los pocos días, marchó a ponerse a las órdenes del general Mitre. La fama de aquel grupo legendario hizo decir a un ministro de Mitre: *"La sola noticia de que están con nosotros nos hará invulnerables a la caballería contraria"*. No fue pequeño el revuelo que esta situación levantara en los orientales, entre otros en Juan C. Gómez y Bustamante, quienes intervenían activamente en la política argentina criticando al gobierno con tal ímpetu que lograron promover una interpelación en el Senado. Flores, al enterarse, hizo llegar su renuncia, "disgustado sobremanera" por dicha interpelación y por los "ataques que está sufriendo el Gobierno por mí". Aclara que, si vino a Buenos Aires, fue por defender los mismos principios que se sostuvieran en la Defensa de Montevideo, y declaró que, aunque fuera como soldado, nadie podría impedirle luchar en el ejército de Mitre.

El 23 de octubre interviene así, al mando del ala izquierda, en la batalla de Cepeda, que si bien terminó con una retirada, cubrió a Flores de gloria al lograr mantenerse con el grupo de orientales en el campo de batalla, a pesar de la dispersión completa de la caballería. Permitió de ese modo que la caballería mitrista pudiera salvarse de un total descalabro, destacando el parte de Mitre al general Flores como la figura más relevante en dicha acción. Protegiendo siempre la retaguardia, permitió en efecto que los restos del ejército mitrista se retiraran hasta San Nicolás. Con sólo sesenta hombres pudo mantener en jaque a los atacantes y llevar a cabo esa difícil retirada, en un terreno para él desconocido, y cuando todo el ejército enemigo había ya invadido la provincia.

En San Nicolás se embarcaron y ante la insistencia de que Flores los acompañara, el jefe oriental contestó con una frase memorable: *"Un soldado de caballería no conoce otra travesía que la que puede recorrer con las patas de un caballo"*.

Terminada la lucha con el Pacto de San José de Flores, celebrado con Urquiza el 11 de noviembre de 1859, el nuevo Gobierno confió a Flores la Comandancia del Ejército del Sur, en cuyo cargo habría de realizar nuevas proezas. Con 400 hombres de infantería y 300 de caballería, haciendo marchas de una rapidez que fueron el asombro de todos, logró sorprender al cacique Pedro Rosas y Belgrano que, con un numeroso contingente de indígenas, había tras-

puesto la frontera, derrotándolo completamente y rescatando el valioso botín que se había llevado el enemigo.

Reiniciada la contienda en la Argentina, en setiembre de 1861, Venancio Flores fue encargado de una división de cinco mil hombres, en su mayor parte de caballería. Flores manifestó que no quería ocupar una posición elevada, prefiriendo ir como subalterno y aún como soldado. Condicionó después su aceptación a que se le informase acerca de los planes de cuyo cumplimiento se le encargara. "Dio un galope" —como acostumbraba decir— para verse con Mitre; entrevistado por ilustres personalidades, como Vélez Sarsfield y Lezama, a fin de decidir su intervención, vuelve a dialogar con Mitre en San Nicolás el 29 de agosto y formula allí sus objeciones, señalando que se ha perdido demasiado tiempo, lo que Urquiza había aprovechado para organizar sus fuerzas. Sostenía, siguiendo las ideas de Rivera, que elegir el día de la batalla es siempre una gran ventaja. No hay nada peor —agregó entonces— que mantener al gauchaje quieto, lo que origina indisciplina, reyertas, jueguengues y desmoralización; debe tenérselos —según la versión de Lepro— "como las cuerdas de la guitarra; bien estiradas para que den buen acorde". Y fue en atención a tal planteo que Mitre se decide a apretar las clavijas e iniciar la campaña de inmediato. Junto a Flores, siguieron sirviendo aquellos temibles guerreros orientales que se llamaban Caraballo, Aguilar, Carbajal, Sandes, Pérez, Regules, e incluso sus dos hijos, Eduardo y Fortunato.

El 17 de setiembre de 1861 tiene lugar la importante batalla de Pavón. Cumplida la que fuera su primera etapa, Flores comunica al ministro de Guerra: *"de las 2 a las 2 y 30 de la tarde tuvo lugar la batalla, mas nuestra caballería fue deshecha en parte por la enemiga y no fue posible organizar nuestra infantería, la que arrollaba a la enemiga, y hasta estos momentos combate con la de Don Justo, desorganizado también. Esta noche estaré incorporado a nuestro ejército con la fuerza que he logrado reunir"*; *"No quiero, Sr. Ministro, darle noticias que no sean positivas. Mañana le haré volar un chasque y le diré cuanto ocurre, felicitándole desde ya porque obtendremos un triunfo completo"*. Y no se trataba de vanas alharacas; una vez más Venancio Flores ganaba "en el alargue". Reorganizó a los dispersos en Arrecifes, reunió allí dos mil hombres, y logró así, a las 24 horas del primer combate, derrotar a la caballería enemiga, salvando de ese modo a la provincia de la



invasión que parecía inminente. La prensa de Buenos Aires desbordó entonces en elogios para "el valor y la serenidad" de Flores; "a medio tiro de cañón y bajo el recio fuego de las baterías enemigas, volvióse a sus soldados, tomó un estandarte en una mano y su espada en la otra, y exclamó, tal como Lavalleja en Sarandí: ¡Carabina a la espalda y sable en mano! ¡A la carga! Y se lanzó como un león" —agrega— al galope, cuando habiendo andado media cuadra, "volvió la mirada y estaba sólo con sus ayudantes" teniendo después que hacer "prodigios para contener a sus dispersos".

Encargado el general Virasoro de reunir sus elementos en Santa Fe, Flores recurrió a una treta que procuró una amplia revancha a la caballería de Buenos Aires. Ordenó un avance con la división del coronel Francisco Caraballo, quien después simuló dispersarse rumbo a los montes en donde Flores tenía a su gente emboscada, y así fue que se obtuvo, mediante esa hábil estratagema, la resonante victoria de Cañada de Gómez el 22 de noviembre de 1861, victoria que afianzó el triunfo del mitrismo asegurando la paz y conquistando un puesto eminente en la consideración de los porteños. Consideración que le negaron, por cierto, sus adversarios, adjudicando a Flores la responsabilidad de los excesos que cometieron algunos de sus capitanes, entre los cuales tallaban figuras como el temible Ambrosio Sandes (de quien se decía que, habiendo sido mordido en su juventud por un perro rabioso, se había aplicado un hierro al rojo vivo en la herida, sin extinguir del todo el horrendo virus, lo que explicaba sus accesos de furor incontenible). Todo induce a pensar que Flores no aprobó las tropelías perpetradas por sus subordinados. Terminada la campaña, con la Argentina unificada y Mitre encargado del Poder Ejecutivo Nacional, Venancio Flores volvió con otros emigrados a las tareas rurales en el establecimiento de José G. Lezama.

Flores estaba lejos sin embargo de abandonar sus propósitos de venir por la revancha a nuestro país. Tal lo que se trasunta de la carta que enviara a Mitre al mes de la victoria de Pavón, en donde le dice que *"no olvide a los orientales que, proscriptos de la Patria, deseamos como es natural volver a ella después de una larga peregrinación"* a fin de recuperar su *"participación en los destinos públicos"*, para terminar diciendo que tiene *"deberes muy sagrados"* con el *"gran círculo de mis amigos políticos"*. Mitre contesta el 24 de octubre de 1861: "Nada más natural que V. en representación de

los orientales que nos han ayudado a alcanzar ese triunfo, me recuerde en esta ocasión que no olvide a los proscriptos que desean volver a su patria"; "me haré un deber —agrega Mitre— en poner en acción del modo que la prudencia aconseje y en la oportunidad conveniente", asegurándole que el pueblo argentino lo acompañará en su actitud, a fin de lograr "una política de conciliación y fraternidad aplicada a la República Oriental"; expresión inequívoca de solidaridad, que desvirtúa toda versión de prescindencia en las luchas que emprenderá el caudillo emigrado un año y medio después. Caraballo, por su parte, había expresado ya un año antes a su esposa el firme propósito de invasión: "De esta hecha no paramos hasta pisar el Estado Oriental y darles en la cabeza a los blancos, pues que la llevamos a la fija más que nunca".

La impaciencia de Flores por llevar la guerra a Urquiza a principios de 1862, infunde en el ministro de Guerra de Mitre la duda de que "o no está bueno de la cabeza", o quiere comprometer dicha situación de guerra "para enredarse con el Estado Oriental". Los meses pasan, participa en Buenos Aires en reuniones con delegados de Berro y de Mitre, enterándose de que Mitre y Lezama se proponen disuadirlo de todo propósito de invasión, buscando así rehuir compromisos y complicaciones que el gobierno de Buenos Aires no estaba muy dispuesto a enfrentar.

Lo cierto es que las intenciones expresas de Flores, a esta altura, ponen en evidencia las características principales que habrían de ser, buenas o malas, amplias o estrechas, las que irán constituyendo su perfil más definido. Sin apresurar aquí un juicio que preferimos reservar para el final de este trabajo, aprovechemos este pequeño alto que nos proporciona su forzoso apartamiento de 1862, para señalar esos rasgos tan peculiares que, por otra parte, eran en cierto modo los de tantos otros caudillos, aunque de menos relieve, que las condiciones de época producían como respuesta necesaria. Flores fue, en primer lugar, un hombre de relaciones directas, en el ejercicio franco y generoso de sus tendencias naturales, hombre de amistades y de apego a la familia, ducho en el trato, y con el sentido de las conveniencias inmediatas, conciliador en tanto no veía obstruídos los caminos que concebía como propicios a su acción, patriota en tanto afecto a nuestras cosas, gentes y costumbres, aunque no vacilaba en acudir al extranjero si su necesidad lo urgía. Si se le considera en ese plano, todo juicio tendrá una base real. Pero sería un despropósito juzgarlo en tanto estadista o conductor de un país. Sus miras no podían rebasar a las que correspondían a sus peculiares virtudes de corto alcance, aunque no pocas veces calaran en lo más hondo del alma de sus incondicionales. La firmeza de su carácter y la irradiación de su persona, lo llevaron a ocupar posiciones de privilegio y a intervenir en decisiones que involucraban el destino inmediato del país. Tal su ubicación ambigua, en lo cercano y lo lejano, de donde la dificultad de someterlo a un enjuiciamiento unilateral. Y de ahí la prevención que queríamos adelantar a fin de que su vida aparezca ante nosotros como fuera para él mismo: una resultante de lo que era y de aquello que lo rodeaba, la expresión de un momento y de una personalidad; no un hacedor de historia, aunque sí un personaje sin el cual la historia de esos años resultaría virtualmente incomprensible.

Su colaboración con Mitre no constituyó, desde tal perspectiva, un hecho de trascendencia internacional; no fue sino el producto de un temperamento y de un cálculo; es decir, por un lado, una expresión de su ánimo siempre dispuesto a la actividad del campamento y de la guerra gaucha, crisol de hombres y forja del carácter, y por el otro, consecuencia de su propósito de conseguir fuera del país un apoyo que le permitiera volver a ser, dentro del país, el centro de la situación y el guía y reivindicador del círculo de sus partidarios; propósito, pues, meramente humano, a la medida de sus cualidades y de sus limitaciones. Sus miras estaban puestas en su país; duda legítima es la de si, para lograrlas, se justificaba apelar a fuerzas ajenas a él. Su excusa pudiera haber sido que en aquellos años la diferenciación nacional casi no existía; se vivía aún con la conciencia de un destino común, que abarcaba en especial el Río Grande y la mesopotamia argentina. Lo vivo y operante era el pago, el pago chico en primer lugar, y el grande como su natural prolongación. Y si bien Don Venancio era un oriental sin mengua, allí en donde se abría cancha entre los que reconocía como suyos, era como si creara por su sola presencia un espacio propio y homogéneo. En tal sentido, como antes para Rivera y Oribe, y con más amplia visión Artigas, para el caudillo oriental el pago se extendía hasta donde llegara su caballo o el de sus chasques; tómese esto en cuenta a los efectos del juicio que puedan merecer sus intervenciones fuera del territorio oriental, así como las

que propiciara de gobiernos vecinos en sus empresas dentro del país.

Entre tanto, en nuestro país Bernardo Berro era designado Presidente el 1o. de marzo de 1860, no tardando en tomar providencias contra una posible invasión de emigrados, para lo cual dispuso una línea de cuatro en las cuatro zonas en que dividió el país, bajo el mando de Lamas, Moreno, Olid y Coronel, asumiendo Anacleto Medina la Comandancia General. Berro unía a su natural inteligencia una tendencia temperamental a la acción práctica, aunque sus exageraciones ideológicas de principista lo conducían a menudo a desconocer las exigencias propias del país. Dicha tendencia determinó que, si bien era partidario de amnistiar a los emigrados, prohibiera el uso de todo distintivo y de toda alusión a los partidos. Pretendía extinguir los "viejos odios" por decreto, admitiendo tan sólo la decisión individual de los ciudadanos, oponiendo de esa manera un obstáculo insalvable a quienes, como Flores y sus amigos, estaban unidos naturalmente por sentimientos que los agrupaban férreamente dentro de un partido, obstáculo que no les dejaba otro camino que el de la violencia. La amnistía fue propuesta por Berro desde el comienzo de su gobierno, pero quien reingresase al país debía hacerlo luego de renunciar a su pasado. Por un posterior decreto del 5 de setiembre, se excluía de esa amnistía a quienes habían tomado parte de la revolución de César Díaz de 1858, lo que da razón a Flores cuando afirmaba que dicha amnistía no era completa, sino "media amnistía". Poco adelantó Berro al enviar en octubre de 1861 al Dr. Lapido para conversar con Flores a fin de convencerlo de que regresara. A mediados de 1862, el gobierno se incautó de varias cartas de Flores conteniendo invitaciones para que lo acompañasen en un movimiento revolucionario. Ante tal perspectiva, se convocó a la Guardia Nacional, medida que pronto se revocó, para luego restablecerla en Colonia y en Soriano con el fin de redoblar la vigilancia contra posibles desembarcos. Y ya en setiembre de dicho año, a fin de desautorizar las objeciones de Flores, quien seguía diciendo que las amnistías concedidas eran incompletas, Berro decretó una amnistía esta vez sin excepciones incluyendo a los acompañantes de César Díaz, varios de los cuales se acogieron a dicho beneficio, siendo muchos de ellos reintegrados al escalafón militar aunque con carácter de pasivos. Al



mismo tiempo, despidió de su ministerio a E. Acevedo y a Villalba, muy partidarios de Urquiza, a fin de evitar desavenencias extras con Mitre, elegido en octubre de 1862 como Presidente de la Confederación Argentina.

La noticia, por ese entonces, de que Flores había dejado Buenos Aires para reintegrarse a sus tareas en los saladeros de Lezama, tranquilizó en algo a nuestro Gobierno. Pero vino otro conflicto a complicarle a Berro el estado de paz a que aspiraba: tal fue el que se suscitó a raíz de haber prohibido el cura Brid, senador además de la República, que un alemán masón fuera enterrado en sagrado, tras lo cual Gobierno e Iglesia se trenzaron en un serio entredicho, que terminó con la proscripción del vicario Vera. Sus funciones debieron ser desempeñadas por un sustituto aprobado por el Gobierno, hasta tanto Su Santidad, informado de lo sucedido, proveyese en definitiva. Y hubo además otro trastorno, cual fue la resistencia que oponían los "amapolas" de Olid a los "vicentinos" adictos a Berro, discordia interna del Partido Blanco que no dejaría de crear inconvenientes, como habría de verse llegado el momento de las definiciones.

Un nuevo contacto con Flores, efectuado el 12 de diciembre de 1862 por Castellanos en presencia de Mitre, puso en evidencia que la amnistía no alcanzaba. Lo que Flores solicitaba, de acuerdo con Mitre, era la libre participación en la cosa pública, y tal aspiración sólo podía satisfacerse con un acuerdo político en regla. Y ese camino era difícil, pues estaba Quinteros de por medio. Mal podía alegar Berro su prescindencia con respecto a los recordados fusilamientos, pues no era fácil olvidar la aprobación con que juzgara el hecho al abrirse las sesiones del Senado en febrero de 1858, felicitando en esa ocasión al Gobierno por "la firmeza y energía" con que "se ha sabido vencer y escarmentar la revolución".

# CAPITULO VI

## LA "CRUZADA LIBERTADORA"

Los rumores sobre una próxima invasión de Flores se fueron convirtiendo desde fines de 1862 en una convicción. Funcionan comités en distintas partes, en Salto, en Porongos; son detenidos Manuel Flores, hermano de Venancio, Luis Magariños, director de "El Pueblo"; cruzan chasques a través del Río Uruguay; Diego Lamas, jefe político de Salto, se entera de que Flores había ido al Palmar a entrevistarse con Nicasio Borges y otros jefes; su hijo Fortunato había sido visto en el Uruguay. "Hay que creer o reventar", escribía Lamas al final. El 3 de marzo de 1863 Flores pide la baja del ejército argentino. En Corrientes, Gregorio Suárez tenía prontos trescientos hombres no se sabía para qué. El 2 de marzo, Joaquín Suárez organiza, no sin segunda, un homenaje a los caídos de Quinteros. Por esos días Flores mantiene en Buenos Aires una conversación con Mitre, quien se ausenta enseguida a Rosario para la inauguración del ferrocarril en la Argentina. Y finalmente, en la noche del 16 de abril de 1863, Flores se embarca en el Tigre, en una ballenera, acompañado del coronel Francisco Caraballo, del teniente coronel Clemente Cáceres y del asistente Silvestre Farías. Según Luis Alberto de Herrera, muchos años después le revelaba Martín Guerrico, entonces oficial del buque de la armada argentina "Caaguazú", que el propio ministro de Guerra general Gelly y Obes había acompañado hasta el puerto a los cuatro invasores.

El 19 de abril, a los 38 años exactos del desembarco de los Treinta y Tres, los cuatro revolucionarios ponían pie en tierra uruguaya, en la estancia de Genaro Elía, al norte del actual Fray Bentos (otros afirman que en Caracoles, más al Sur), "donde tomaron



caballos dirigiéndose al Queguay y pasando de noche a tres cuartos de legua de Paysandú". Así siguieron hasta la frontera norte, habiendo estado a punto de caer en manos de la policía salteña, escapándose gracias a la abulia de Diego Lamas y a la de un comisario quien sabiendo donde estaba Flores con sólo ocho acompañantes, dejó la captura para el día siguiente por no perder el depósito de una penca que estaba por correrse.

Diego Lamas era un valiente y correcto militar, aunque su mejor virtud era la de buen administrador; era padre del otro Diego, que entonces tenía cuatro años, y que conquistará fama con Saravia en 1897.

En su proclama fechada el 20 de abril, Flores exhortaba a "libertar a nuestros compatriotas de los vejámenes que sufren" y a combatir "los escándalos originados en la bárbara hecatombe de Quinteros". A los dos días estaba por las puntas del Queguay, y a fines de abril, luego de atravesar la república hacia el norte, cruzaba territorio brasileño y recibía del general argentino Nicanor Cáceres una división de unos quinientos hombres, entre ellos Borges y Caraballo, quien siguió operando durante algunos días por su cuenta. Flores deambuló con su gente por el norte, y el 1o. de mayo cruzaba el Arapey, en donde se le unió Gregorio Suárez con una partida de brasileños, en tanto Caraballo alarmaba a los salteños al frente de doscientos hombres. Diego Lamas pretendió salir al paso de los invasores, pero Flores escapó con hábiles gambetas, llegando el 22 de mayo al Daymán, ya unido a Caraballo, mientras Anacleto Medina y Lamas lo seguían buscando por la frontera del Brasil.

Cumplida esa primera etapa, la más difícil por su escasez de efectivos, burlado también Timoteo Aparicio, a quien Caraballo se le escurrió en las cercanías de Salto, recibidos otros refuerzos que trajeran Fausto Aguilar desde las puntas del Queguay y Modesto Castro desde el Arerunguá, Flores marchó con un contingente de mil hombres rumbo al sur, contando con jefes tan valiosos, además, como Torrens, Regules, Enciso, Reina, Nicomedes Castro, Mesa, Vera, los Saldanha, Máximo Pérez, etc.

El 17 de abril, en Montevideo, Berro preguntaba a Juan J. de Herrera: "se me asegura que Flores salió embarcado ayer de Buenos Aires; ¿cómo no lo hemos sabido nosotros?". Por otra parte; ¿lo sabía Mitre? ¿Cuál fue su actitud entonces? ¿De apoyo moral, de ayuda material, de total prescindencia? En "La Nación", dia-

rio de Mitre, dan la primera noticia: "El Gobierno de la República está instruído que hordas de malhechores, cubriéndose con la bandera de un partido político, intentan invadir...". Se sabe hoy que el mismo día de su partida, Flores dejaba una carta a Mitre: "Hoy me entrego a mi destino", "y aunque me parece oírle decir que es descabellada la intentona [...] confío en que la providencia la coronará con el triunfo". Tanto para Mitre como para su ministro Elizalde, la empresa era una "locura", como lo expresaron a Andrés Lamas, y éste a Juan J. de Herrera. De ahí otras frases en que Flores reprocha a Mitre haberse negado "a hacer por la emigración oriental lo menos que a su nombre podía yo exigir", para terminar diciendo que "las justas quejas que abrigo a su respecto no serán suficientes para entibiar mi sincera amistad". Parece claro que no hubo ayuda material en esa primera etapa, aunque se sabe que Lezama, días antes de invadir, le dio 60 mil pesos, demasiado como simple pago de servicios. El mismo Andrés Lamas, embajador uruguayo en la Argentina, escribía a Mitre pocos días antes: "Estoy contentísimo de que Ud., sin nota mía, mandase disolver la reunión de Punta Lara y sumariar el hecho". El 13 de mayo, Mitre oficiará a Urquiza previniéndole dictase las órdenes convenientes a fin de impedir el paso de Flores. Ante una nota de protesta del presidente paraguayo Francisco Solano López, meses después, el 29 de febrero de 1864, Mitre ratificará que su política "es y será de neutralidad", porque —agrega— es la política que le conviene y la que considera correcta, especificando que, si no ha contestado otros pedidos de aclaración, se debe a que no tiene por qué "dar cuenta a nadie" de su conducta. Claro que al decir que era "neutral", le estaba ya dando a Flores beligerancia a la par del gobierno legal.

Apenas enterado de la invasión, Berro envió una nota a Mitre por medio de Andrés Lamas, recordándole que cuatro meses antes le había mostrado una carta en la que Flores desarrollaba sus planes de invasión, prometiendo entonces Mitre adoptar medidas para impedirlo, mientras, bajo cuerda, trataba "buenamente", como lo reconociera Andrés Lamas, de que Flores desistiera de sus propósitos. El 6 de abril, Berro había vuelto a escribir a Mitre, a fin de que ordenara impedir los trabajos y reuniones que se hacían en Buenos Aires y en el litoral, órdenes que fueron enviadas recién el 19 de abril, cuando la gente estaba ya del otro lado. Posteriormente, el Dr. Lamas informaba sobre el pasaje de varios grupos desde Corrientes y el Brasil. El ministro Elizalde contestó que Flores era dueño de hacer los viajes que quisiera, y que al Gobierno argentino no le correspondía indagar o impedir que viajara adonde le gustara, máxime después de los distinguidos servicios prestados al país. Ocurrió luego la detención del paquete argentino "Salto", trayendo armas para los revolucionarios que se aproximaron a Fray Bentos, lo que provocó reclamaciones de parte del gobierno argentino, al que se le dieron algunas satisfacciones. No conforme con ellas, trece días después el gobierno de Mitre ordenaba capturar el vapor uruguayo "General Artigas", restableciéndose luego dificultosamente las relaciones entre ambos países, ninguno de los cuales deseaba que la sangre llegara al río.

En resumen: es indudable que Mitre simpatizaba con la empresa de Flores, pero también que la creía por el momento "descabellada". Al decirlo se agarraba la cabeza, lo que tal vez le impedía usar sus manos para dificultar los preparativos de los insurgentes, dejando hacer como si nada sucediera. Pero corresponde agregar que en un principio tampoco hizo nada para proporcionarles otra ayuda que la muy importante, es cierto, de cerrar los ojos y hacerse el distraído. Nada fundamental puede alegarse que contradiga esta suposición, que consideramos, bien vistas todas las circunstancias conocidas, difícilmente refutable. Y es que Mitre no veía con malos ojos la política moderada de Berro, cuyo principismo de "vicentino" lo alejaba de toda provocación internacional. Otra cosa eran los "amapolas", la fracción blanca caudillista, de la que temía excesos que pudieran aparejar alguna complicación con el Brasil.

Flores traía banderolas blancas con una cruz roja, la misma enseña que usaran los cruzados medioevales, de donde surgió el nombre de "Cruzada Libertadora". Flores era católico, como no lo era menos Berro; pero el destierro del vicario Vera le brindó en bandeja el emblema y el título de defensor de la religión. Berro, por su parte, impuso la divisa celeste para el ejército y para todos los ciudadanos, habiendo algunos, como el Dr. Velazco, que por no usarla inventó el sinsombrerismo. Como bandera, Berro usaba el pabellón nacional, tratando así de que no se considerara la contienda como una lucha entre partidos.

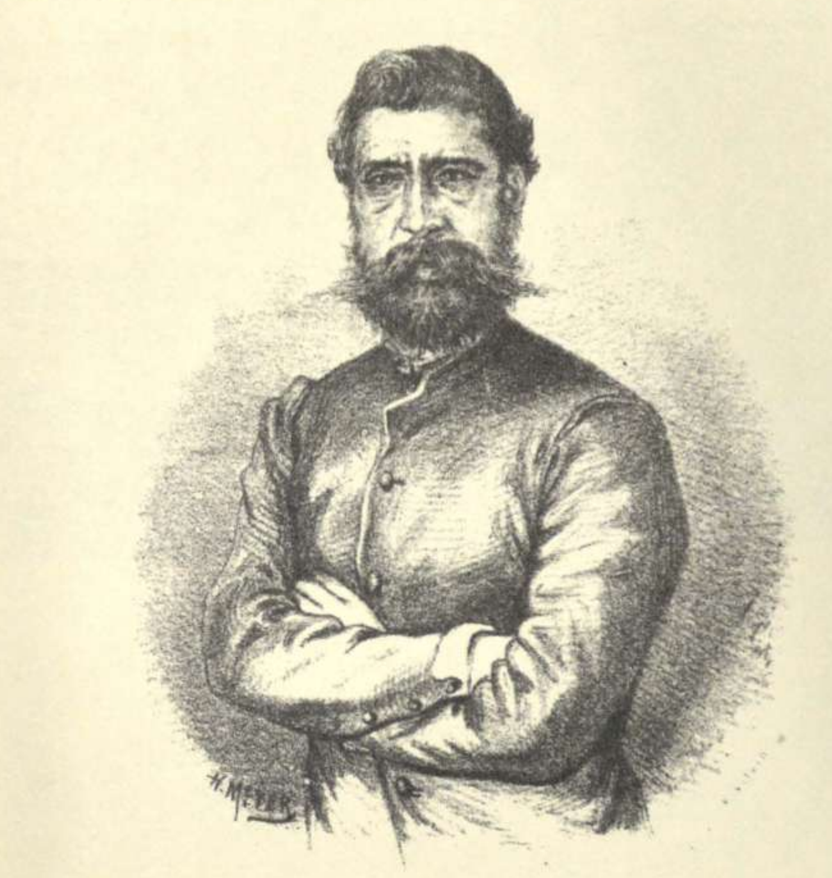
Flores condujo su campaña con todas las habilidades, vivezas y condiciones de arrojo, baquía y resistencia que había acumulado en

su larga experiencia de guerrero. Entre sus virtudes estaba la de tratar bien a todo el mundo; como decía el cónsul Maillefer, "era un perfecto gaucho". Carneaba reses para el consumo de sus soldados, pero daba recibos por cantidades triples, para simular mayores efectivos. Devolvía prisioneros heridos a fin de que los atendieran, después de darle seis pesos a cada uno, como hizo frente a Mercedes. Cuidaba más la impresión que producía que lo que hacía en realidad. Luego de pasar cerca de Paysandú, cruzó el 25 de mayo el Río Negro, enviando partidas con Borges y su hijo Fortunato a Dolores y otros puntos en busca de adhesiones. Disponía ya de 1.400 hombres, mal vestidos y armados pero bien montados, factor fundamental para la guerra de desmarcación continua en la que resultaba imbatible. El 2 de junio sus avanzadas chocaron en Coquimbo con las avanzadas del ejército de Servando Gómez que mandaba Olid, quien tuvo en la emergencia, al igual que Gómez, una actitud equívoca, pues se mantuvo distante a la vista del combate que costó a los gubernistas, rodeados y sin ayuda, más de cien muertos, entre ellos los tres hermanos Valiente, que se batieron con denuedo, y en cuyo entierro, efectuado tiempo después en Porongos, el hermano restante pronunció la célebre frase: "Los entierran a los tres, porque no estábamos los cuatro". El ataque de los floristas se atribuye por testigos directos a un error del corneta Machín, quien habría tocado a degüello interpretando mal la orden de tocar a carneada que se le había trasmitido. Fue entonces cuando Caraballo gritó "¡al que retroceda lo fusilo!", mientras el indio Aguilar acertó con otra frase para el recuerdo: "¡a sacarse los ponchos que en el otro mundo no hace frío!". La inercia de Gómez, quien presenció todo desde media legua sin mover un dedo, dio lugar a un proceso sumario, siendo sustituido por Lucas Moreno como comandante militar de la zona sur.

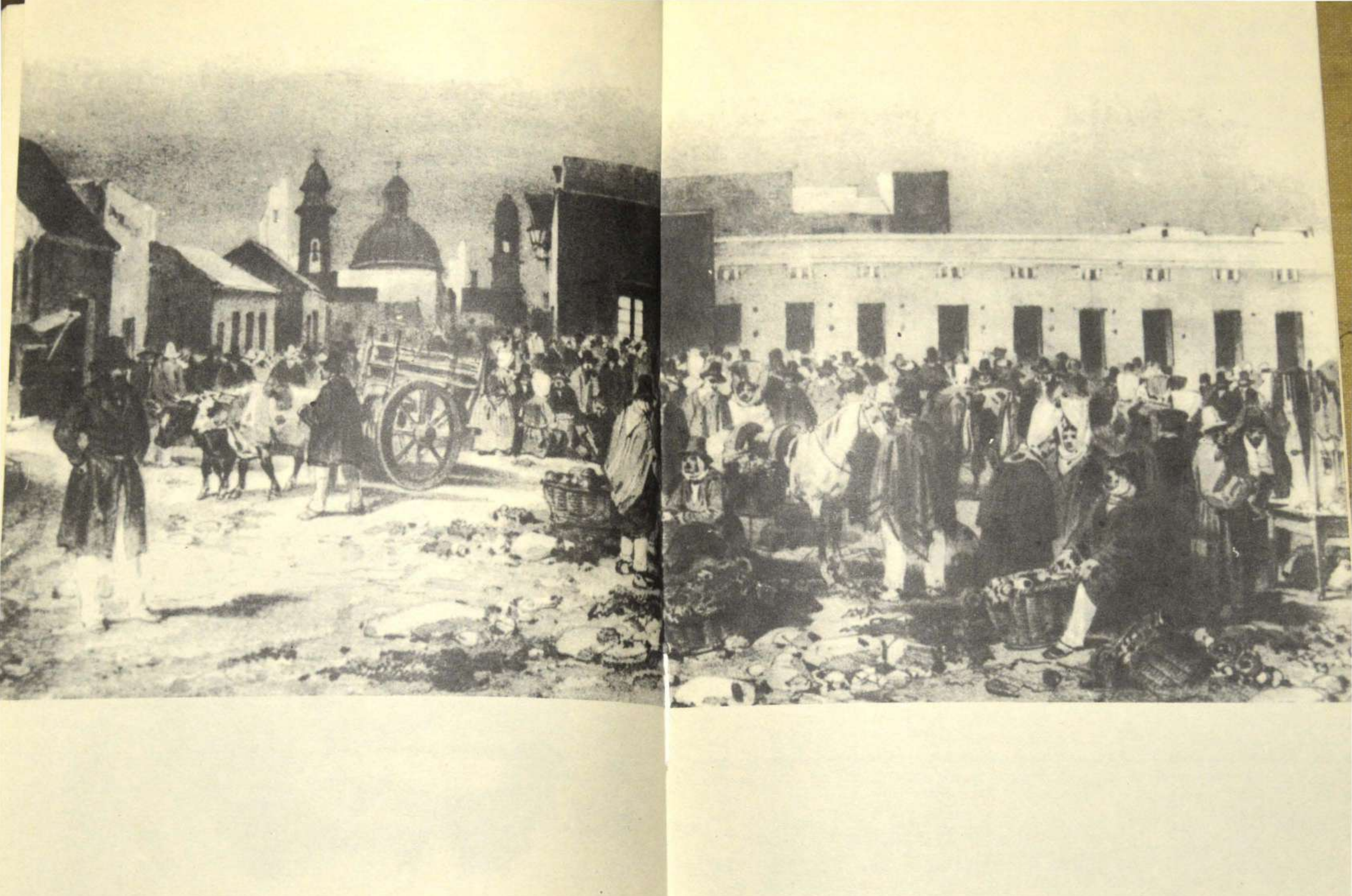
Flores vino a ganar así en Coquimbo, casi sin quererlo, una batalla que le sirvió de mucho como propaganda. Juan C. Gómez declarará después que él estaba dispuesto a intervenir en la cruzada, y que si desistió, dejando que fuera el Dr. José P. Ramírez quien redactara la proclama, fue porque se apercibió que todo era un engaño que "iba a costar sangre y lágrimas", prólogo de "la ominosa dictadura" que vendría después y de la alianza con los brasileños.

Siguió Flores su paseo bélico con su clásica columna de cuatro en fondo, compuesta ya de 1.800 hombres y una buena tropilla






Vista del mercado, en otro tiempo ciudadela, según D'Hastrel (1840). Al fondo se ve la puerta de la ciudadela. / Flores hacia 1850, antes de que usara su profusa melena. Ilustración de un libro publicado en 1864.






de caballos de repuesto, entrando el 7 de junio en Florida, luego de derrotar sin esfuerzo a su guarnición de doscientos hombres y de tomarle cuarenta prisioneros. Anacleto Medina, entre tanto, recién el día 4 repasaba el Río Negro hacia el sur, mientras Flores seguía sus rápidas marchas, sin atacar por cierto Montevideo, juntando partidarios en los departamentos del este y rehuyendo todo combate formal; "todos los grupos sueltos —decía en un parte— tienen orden de no mostrarse y de evitar cualquier encuentro". Los hubo sin embargo en distintos puntos, aunque de escasa entidad, saliendo generalmente malparados los efectivos del Gobierno. Venían con Don Venancio sus hijos Venancio, Fortunato y Eduardo, de 23, 22 y 20 años, quienes ya lo habían acompañado en la Argentina, habiendo hecho estudios Eduardo en Concepción del Uruguay. Después de Coquimbo, Don Venancio había escrito a su "amada Mariquita": "Eduardo quedó bueno; ayer se me escapó y estuvo en toda la trifulca con el coronel Gómez". El carácter turbulento de sus hijos va a determinar que se le escapen de las manos más de una vez, dándole, como ya veremos, muchos dolores de cabeza. Pasa luego al norte, en lo más crudo del invierno. Los campos pelados por una sequía que duró dos años lo obligaron varias veces a aproximarse al Brasil, en donde las pasturas estaban algo mejor, y de donde recibía caballadas de refresco, su arma principal contra los pesados ejércitos gubernistas, escasos en caballos y en movilidad, y con jefes muchas veces indolentes. Como escribía el indio Fausto a su esposa: "Los blancos no hacen por la riña; se apretan el gorro sin pelear. No se precisan armas para ellos, sino rebenque".

El 26 de junio de 1863 Flores derrota en Las Cañas al general Diego Lamas, quien en un parte original reconoció la derrota ante lo que llamó "el vandalaje desenfrenado que formaba un personal de 99 caballos y como cuarenta infantes". Según Flores, el enemigo tuvo cien muertos y 150 heridos, perdiendo por su parte treinta hombres entre muertos y heridos. Medina tenía un ejército poderoso, pero siempre llegaba tarde y se le desertaba mucha gente.

En agosto Flores vuelve al sur, llegando a situarse a tres leguas de Montevideo, con la alarma consiguiente. El Gobierno cerró entonces "El Siglo" y deportó a un centenar de sospechosos, nombrando un Consejo de Guerra integrado con Ignacio Oribe y Brito del Pino. Gestiones de paz que promoviera el Barón de Mauá, banquero del Gobierno, parecieron conducir a un arreglo por intermedio

Detalle de un plano de Montevideo del año 1867. / A doble página: el "mercado chico" en 1836, según Lauvergne, situado en las actuales calles Sarandí y Mercado Chico.

del acaudalado estanciero coronel Mundell, amigo de Flores, quien vino desde el norte trayendo sus condiciones: amnistía total, reingreso al escalafón de los jefes con pago de atrasos y de las deudas por gastos de campaña, y comicios próximos y garantizados. Todo era aceptado con pocas modificaciones, regresando el 13 de setiembre Mundell con la respuesta de Flores, fechada el día 9 en el Santa Lucía chico; pedía que la amnistía fuera garantizada por el Gobierno argentino, no confiando en la palabra de los gobernantes orientales. Luego de recordar el precedente "odioso" de Quinteros, pide Flores que se les abra las puertas a sus correligionarios, "pero abiertas de par en par, no como mendigos que vienen a pordiosear una limosna". Agrega que tiene tres mil hombres "moralizados y decididos", que pronto van a ser muchos más, y termina diciendo que esperará "cualquier proposición de arreglo", sin por eso detener sus operaciones militares. Inútiles resultaron los consejos dados a Berro por el Barón de Mauá, haciendo hincapié en que nuestra república sólo podría hacer valer sus derechos ante dos naciones con "poderosos intereses" tales como la Argentina y el Brasil, cuando aumente sus riquezas y tenga "un millón de habitantes y una hacienda pública organizada", para recién entonces poder "golpear el pie con fuerza como nación real"; en vano invitó a declinar las "pretensiones y altivas exigencias" ante el Gobierno argentino. Su carta de hombre que tenía la mira puesta en sus intereses comerciales no decidió a nuestro Gobierno a aceptar lo que veía como una entrega lisa y llana del país al Partido Colorado. Mauá le decía a Berro, como le decía a Flores, que debía buscar un arreglo porque la victoria era imposible, lo que se pudo comprobar en lo que quiso llamarse "la segunda Batalla de las Piedras". Ante la proximidad de Flores a Montevideo, se dispusieron dos líneas de fortificaciones, una en la actual calle Río Negro y otra a la altura de Ejido. Pero después de la "victoria" de Las Piedras, Flores, rechazado por Lucas Moreno, se retiró con sus fuerzas, caballada y tropas de ganado intactas, siguiendo hacia Minas, desde donde Caraballo informaba que por esos lados no había blancos "ni para remedio". En Las Piedras, Flores estuvo a punto de ser lanceado, siendo salvado apenas por sus ayudantes, en tanto Fausto Aguilar recibió un lanzazo en un hombro que lo obligó a retirarse a Entre Ríos durante varios meses. Flores esquiva luego a Anacleto Medina para volver a vadear el Río Negro rumbo al



norte, en tanto Medina quedaba en Durazno con sus cuatro mil hombres, ajeno al parecer a lo que pasaba al sur o al norte.

Luego de sorprender a Diego Lamas en el Itapebí, Flores vuelve al sur por Paso de los Toros, mientras Berro designa a Federico Nin y Reyes como ministro de Guerra. Al terminar 1863, Flores se hallaba de nuevo sobre el Salto y luego sobre Fray Bentos, en donde recibió más de una vez material de guerra desde la Argentina. Caraballo, por su parte, sitiaba Paysandú, uniéndosele el mismo Flores en enero de 1864 con más de mil hombres. Leandro Gómez rechazó una intimación de rendición, abandonando Flores el sitio después de dieciocho días, por lo que jefes y soldados fueron premiados por Berro con una medalla en la que se leía "Defensa de Paysandú".

Volvió Flores entonces hacia Montevideo llegando hasta el Paso del Molino, mientras las fuerzas que habían salido de la capital lo buscaban por el interior. Como dijera el general Antonio Díaz a Berro, "es una verdad demostrada por la experiencia desde la guerra de la Independencia, que la fuerza que evita el combate y huye, nunca ha sido alcanzada y forzada a pelear". Y bien que lo sabían Medina y Servando Gómez, que se desplazaban sin apuro, imposibilitados de pegar el zarpazo que terminara con las incursiones de los revolucionarios. Contaban éstos, por lo demás, con jefes de gran experiencia y valentía, el temible Gregorio Suárez, Nicasio Borges, Enrique y Nicomedes Castro, Máximo Pérez, S. Martínez, Ventura Torrens, Regules, Saldanha, los Caraballo, Aguilar, y el ahijado de Rivera, Fructuoso Gómez, que por gran coincidencia no sólo se llamaba igual, sino que tenía con Rivera un parecido llamativo... Y también numerosos brasileños, más de mil según algunos, aunque corresponde señalar que la mayoría estaban radicados en el país, calculándose en cuarenta mil los brasileños radicados al norte del Río Negro. El coronel Fidelis, entre ellos, fue jefe de notable relevancia, capaz de levantar del cuello en vilo, pese a su pequeña estatura, a un combatiente enemigo, y ponerlo atravesado en la cruz de su cabalgadura. Sin embargo, al año de invasión Flores no tenía más de dos mil hombres, pero tenía a su favor, como especificaba el ministro de Francia, "el estar mejor montado y disponer de dinero, pagando lo que consumía y respetando los comercios, no dando por los caballos, eso sí, sino un vale a cobrar quién sabe cuándo". En cambio el Gobierno —seguía diciendo Maillefer— no pagaba ni a sus propios

soldados, "que se ven obligados a subsistir de requisiciones o de merodeos". Virtud fundamental de Flores era además su capacidad para disciplinar sus tropas, el ascendiente que ejercía sobre aquella hueste de melena larga y chiripá, acostumbrada a la vida libre de los campos. No lograba la misma influencia sobre los colorados de la capital, en especial sus dirigentes, contrarios a una asonada que venía a desbaratar la paz que regía desde hacía dos años, luego de veinte de guerras y de motines continuos. Fue muy poco a poco que aquella empresa "temeraria" habrá de convertirse en "heroica". Para los "doctores" del partido, no se concebía un movimiento que se iniciaba "en las cuchillas", acostumbrados a los fuegos artificiales de sus artículos periodísticos y a sus conciliábulos a puertas cerradas, cuando no a las ocupaciones por sorpresa del Fuerte o del Cabildo. Pero fue ver la impunidad con que se movía Flores y vislumbrar un porvenir más propicio para su facción, para que se animaran a expresar gradualmente su adhesión al caudillo. Es así que Juan C. Gómez llegará a escribir después a José C. Bustamante reconociendo que "Flores ha combatido con innegable heroísmo y con un respeto a los derechos de los ciudadanos y a la dignidad del país que hace honor a nuestro partido".

Flores llegó así a hallar el respaldo de un comité constituido en Buenos Aires y que podía convertirlo en jefe de un Partido Colorado unido y combativo. Pero a los efectos de su hazaña bélica, le resultaba más útil la colaboración que le prestaban el Gobierno argentino en material de guerra y los brasileños en hombres de combate y caballada de repuesto.

El gobierno de Berro, por su parte, trató de buscar ayuda en el gobierno paraguayo de F. Solano López, quen envió una reclamación a Mitre por la ayuda que prestaba a los revolucionarios. El truco de cuatro estaba armado: Paraguay y Uruguay enfrentaban a Argentina y Brasil, más atentos los participantes a las señas que se pasaban entre sí los adversarios que a las cartas de que ellos mismos podían disponer. A la larga, era evidente que el ganancioso tenía que ser Flores, dada la entidad de sus presuntos aliados, aunque corresponde recordar que Paraguay era en ese entonces un país relativamente poderoso, cuya población triplicaba la nuestra y con recursos materiales mucho más importantes, incluyendo entre ellos una incipiente industria siderúrgica.

Corresponde especificar que la ayuda del Brasil provenía, durante el primer año de la revolución, de los cuarenta mil brasileños

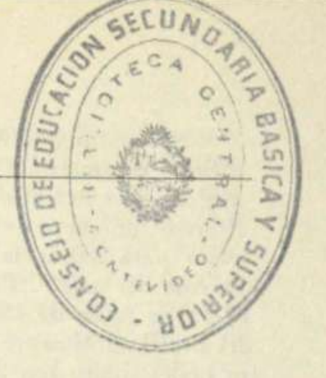


radicados al norte del país, así como de los caudillos, terratenientes y saladeristas de Río Grande, entre ellos el poderoso Souza Netto, quien había hecho su fortuna con el ganado que vendiera a Oribe durante los nueve años de la Guerra Grande; debiéndose agregar que el Imperio, en ese entonces, se oponía a todo lo que pudiera darle alas al deseo separatista de los riograndenses. Fue recién en mayo de 1864 que Souza Netto y Mena Barreto contaron con el apoyo del Imperio, apenas el "partido liberal" a que pertenecían pudo llegar a dominar. Y si Brasil optó entonces por aliarse con Mitre, fue porque la tendencia centralizadora de Buenos Aires no le resultaba tan peligrosa como la más expansiva y federativa que podía generarse con la posible unión de Urquiza con Francisco Solano López y con el Uruguay de Berro, la misma, o parecida, que Artigas concibiera como nuestro destino más deseable. En el fondo, todos tenían miedo a todos: Mitre, a Urquiza y al Brasil; Solano López, a Urquiza, a Mitre y al Brasil; Brasil, a Mitre por un lado, y a la unión Urquiza-Uruguay-Paraguay por el otro. Pero, claro está, ese miedo no era una ocurrencia caprichosa, sino la consecuencia de una situación de poder todavía inconsistente, en la que todo podía suceder, alianzas, interferencias, intervenciones, compromisos, no pocas veces el azar y —¿por qué no?— la psicología y los intereses de los personajes principales. En tal situación, y como más modestamente dirá Venancio Flores, la última palabra tenía que decirla algún inalcanzable "Ser Supremo", así como otras veces se entregará al "destino", o a la "providencia". Y no se pongan dichas expresiones de Flores a cuenta de una ingenuidad que naturalmente no tenía, sino en el grado en que todos no podían menos que tener. Así fue que a Flores, que sólo podía esperar sensatamente el apoyo de los brasileños fronterizos, le llegará después el del Imperio en pleno. Y esa ayuda del Brasil le llegó como le llegara antes a todo movimiento que atacara las bases del gobierno constituido; pero, como a todo oriental, le disgustaba en el fondo una alianza permanente. Aceptó esa ayuda como el precio a pagar por el poder a que aspiraba para sí y para su partido; pero atinó, sin mayor mengua nacional a satisfacer a Mitre y al Brasil, dejando a ambos sin asunto por la equivalencia con que aceptó sus respectivas intromisiones, poniendo en la misma bolsa el viejo afán de Buenos Aires de recuperar la Provincia Oriental, y el del Brasil de recuperar la Provincia Cisplatina; los dos "aliados", los dos, reconfortados por la seguridad de que el otro poder quedaba impedido de saciar sus apetencias res-

pecto a este estratégico territorio en que vivimos. Se repetía lo que dijera Canning en 1826: Montevideo no valía tanto para cada parte por los beneficios que podía darle, como por los perjuicios que supondría su posesión por la otra parte. El liberalismo de Mitre le vino a Flores a la medida para que se revalorizara nuestra independencia. No fue casualidad que en 1865 negociáramos nuestro primer empréstito en Londres por un millón de libras esterlinas. Se abrían así las puertas a una segunda Inglaterra, ya no la meramente comercial de 1828, sino la Inglaterra victoriana de la era financiera, interesada, más aún que la primera, en que fuéramos independientes. Y junto con la era del Imperio del Brasil, terminaba también la era de Mauá, quien, luego de bancar a Berro, bancara a Flores con sus últimas reservas, sin que pudieran salvarlo, ya en la pendiente, las medidas de inconversión de 1867. El liberalismo, aquel "dejar hacer" que tan bien sabrá aprovechar Inglaterra manejando los hilos desde lejos, terminaría así con la diplomacia del patacón, que no podía respaldarse sino con humillantes ocupaciones militares. En cuanto a la otra carta considerable, la de Urquiza, partidario al principio del gobierno de Berro, sus ánimos se enfriaron bastante al producirse la derrota y el degüello del "Chacho" Peñaloza. Se mantuvo entonces en la cuerda floja, impidiendo a veces el cruce de grupos revolucionarios, alentando en otras las gestiones de Flores. Había dejado de ser el árbitro final, reduciéndose a una función de simple guardavías.

El gobierno de Berro tocaba por su parte a su fin. En noviembre de 1864 debía procederse a la elección de los representantes que, a su vez, habrían de elegir al nuevo Presidente. Una propuesta de Berro de diferir los comicios provocó serios conflictos en el Senado, dividido en los dos bandos irreconciliables de los "amapolas" y los "vicentinos", conflictos que repercutieron en el ejército, saliendo el coronel Olid a campaña en son de protesta. Destituido por Berro, debió sostener un combate sorpresivo con una partida revolucionaria, obteniendo el triunfo pero a costa de su propia muerte, con lo que la crisis vino a solucionarse de un modo inesperado. Luego de varias alternativas agitadas que pudieron al fin obviarse, pudo votarse presidente del Senado, saliendo electo Atanasio Aguirre, quien de ese modo pasó a ocupar interinamente la Presidencia de la República, quedando tranquilo Berro, quien estaba resuelto firmemente a no prorrogar el término de su mandato.






# CAPITULO VII

## LA HORA DEL TRIUNFO

Para Aguirre, la situación del país era un presente griego. La ayuda del Paraguay parecía harto problemática. Argentina seguía en su "neutralidad" de no muy buena fe, aunque Andrés Lamas creía que era por ese lado por donde se debía intentar algo. Brasil se mostraba cada vez más amenazante, y en vano el Barón de Mauá aconsejaba al gobierno oriental transar con los rebeldes. Dentro del país, se sucedían divergencias variadas entre los dirigentes y los jefes militares. Se llegó hasta a usar divisas distintas: la nacional, la blanca y la celeste, según los jefes fueran vicentinos, oribistas o gubernistas. La última arrimada de Flores a Montevideo, en febrero de 1864, había servido para comprobar que sus huestes aumentaban, siendo ahora de más de tres mil hombres, y llevando caballos cada vez más gordos. Timoteo Aparicio, jefe de vanguardia, escribe al Presidente que cuando le propuso a Anacleto Medina atacar a Flores, recibió por toda contestación la frase "no haga caso a ese loco". Aumentaba la deserción, que Aparicio justificaba por la inconducta de los jefes, no teniendo Medina otras virtudes que las de buen lancero y buen baqueano. Se sustituye a Medina por Servando Gómez, suceso que Flores consideró como la mejor victoria obtenida por la revolución. El 14 de febrero, Flores pasea de nuevo sus caballerías por los bajos de la Aguada. Una vez causado el efecto que se proponía, vuelve a alejarse, se cartea con Berro para tratar la liberación de Palleja, puesto preso por el Gobierno en su estancia de Durazno por meras sospechas, ofreciendo en cambio tres jefes blancos, cambio que no se concretó, terminando los jefes blancos por incorporarse a la revolución, resentidos contra Berro por la poca importancia que les diera.

Apenas ungido Aguirre Presidente, Flores lanza un extenso manifiesto denunciando la ilegalidad que se había perpetrado. Sostiene que el poder está acéfalo y que corresponde efectuar elecciones libres. Propone un canje de prisioneros, el que es rechazado, y ofrece conversar para lograr la paz; "¿quiere la paz? —acotaba Herrera— ¡váyase del país!". Pero las gestiones de paz volvieron a plantearse. El 11 de junio de 1864 salen en ocho carruajes el enviado especial del Brasil, el Ministro de Relaciones Exteriores argentino y el ministro inglés, junto con dos delegados del gobierno oriental. Se resuelve una tregua de ocho días, que los ministros extranjeros aprovechan para entrevistarse con Flores en las Puntas del Rosario, en tanto los ministros orientales quedan a la espera. Llegan las propuestas de Flores, que se encuentran satisfactorias, y que se envían al Presidente, quien las devuelve aceptándolas con ligeras modificaciones. Pero la segunda entrevista con Flores es decepcionante: el enviado del Gobierno no contesta en ella a Flores una carta personal que le había hecho llegar al Presidente. Según Flores, Juan J. de Herrera "está con la pata arrollada", pues aduce no estar tratando con Flores sino con los intermediarios. Y queda así sin contestar la exigencia que Flores expresara a Aguirre: la constitución de un ministerio provisorio. Herrera, además, amenaza con reiniciar la guerra porque Flores ha movido su ejército, movimiento que el ministro inglés juzga que está dentro de lo convenido. El clima se congela, y los intermediarios se ven obligados a abandonar finalmente las negociaciones.

Agréguese que el comité de Buenos Aires, "los señores de Buenos Aires", como decía Flores, se indignaron contra un pacto que era, según ellos, una "entrega", ignorando la existencia de la carta particular enviada a Aguirre, no teniendo Flores además —decían— atribuciones para decidir por sí mismo; y que en Montevideo, por otra parte, se hacen manifestaciones en contra de Flores y de las pretensiones de los "salvajes", en vista de lo cual Flores y Moreno se participan caballerescamente uno al otro que van a continuar la guerra. Don Venancio le escribe entonces a su esposa que la paz que había firmado había sido rechazada, y que el Gobierno es ahora el responsable de la guerra; agregando: "No tengas cuidado por mí ni por nuestros hijos. El destino del hombre lo maneja el Ser Supremo y nadie lo varía".

La guerra, pues, continuó. Florida, defendida solamente por 77 hombres y atacada por los ochocientos de Flores, debe ceder, luego



de resultar diezmada su guarnición. Hecho insólito: Flores manda fusilar al mayor Párraga y a otros tres oficiales; "No quisieron paz y se mofaron de nuestras esperanzas" —intenta explicar Flores en una proclama a sus soldados—; "empiecen pues a sentir la guerra". Escribe al ministro de Guerra Diego Lamas que la causa del fusilamiento fue "el silencio despreciativo" con que se recibiera su propuesta de hacer la guerra menos cruel. Se dice, por otra parte, que Flores había hecho llegar su perdón, siendo la ejecución obra de Bertrand. Pero aún si no fuera así, puede explicarse, aunque no justificarse, un hecho tan contrario a su propensión hacia la tolerancia, por haber resultado muerto en la acción su hijo Venancio, muerte que no se animó a comunicar personalmente a su esposa, pidiendo que lo hiciera algún amigo. La misma explicación podría tener la ambigua orden que envía el día siguiente a Simón Moyano, que estaba por tomar Durazno: "Al francés Pizard, jefe de la plaza, hágamelo fusilar si no se rinde, y haga aparato de fusilar a todo el que sea oficial, pero no lo haga". Lepro deduce que la frase "si no se rinde" quiere decir que se le matará peleando, pero no cabe otra interpretación que la orden es fusilar a Pizard si es apresado peleando, sin mediar rendición. Y si Pizard no fue fusilado, en efecto, se debió a que se entregó "por capitulación".

Ante la caída de Florida, Durazno y Porongos, el Gobierno decide recurrir a los servicios del general argentino Juan Saa, el famoso "Lanza seca" (apodo derivado de un informe en el que dijera que había corrido al enemigo "a lanza seca"), a quien se le dio el mando del ejército del sur. La intervención al parecer inminente de fuerzas brasileñas en ayuda de Flores, exacerbó los ánimos en Montevideo, lo que hizo olvidar todo motivo de disensión interna. El 28 de agosto Flores se apoderaba de Mercedes haciendo gran despliegue de fusilería y usando su único cañón; la guarnición retrocedió casa por casa, huyendo finalmente por el río, unos embarcados y otros a nado. La prensa local relataba la impresión que produjo la entrada de Venancio Flores, con *"una división de hombres a caballo, melenudos y descalzos, con grandes divisas coloradas bastante desteñidas, los sombreros deformados por las lluvias y el uso, cubiertos de barro y con armas de diferentes sistemas, dando vivas al general Flores, al Partido Colorado y al ejército libertador"*, yendo entre ellos con *"su sombrero de fieltro y poncho de paño"*, el jefe de la cruzada, quien pasó a albergarse en la casa de su cuñado, Tomás García, poronguero

como él. Flores permaneció en la ciudad hasta el 5 de setiembre, reorganizando la Guardia Nacional, que llegó a contar con 150 infantes y ochenta jinetes. Estando en Mercedes recibió el 2 de setiembre la visita del caballero Raffo, enviado por el embajador de Italia Barbolani. Raffo había seguido a Flores hasta el arroyo Grande y luego hasta Mercedes, en donde el jefe insurrecto le entregó la propuesta que enviara el comité de Buenos Aires: 1o.) separación de Aguirre y de Flores; 2o.) elección bajo la garantía de los ministros de Italia, Francia y España; y 3o.) expatriación posterior de Flores.

Al mismo tiempo Flores recibió una carta de Andrés Lamas, quien le anunciaba nuevos intentos de paz, contestándole Flores que sus deseos eran los mismos: "¡Deseo la paz como el que más!"

Tomó luego hacia el norte, mandando partes a diversos jefes, entre ellos al caudillo de Soriano, Máximo Pérez, prodigando recomendaciones prácticas: "No quiero piquetitos ni partiditas", "no hay que descuidarse un solo momento", hay que "menear lanza" y "hostilizar al enemigo evitando siempre el combate". Al pasar por Casablanca, Flores concierta una entrevista con Urquiza, encuentro que se concreta el 7 de setiembre, enviando después a Montevideo al hijo de Urquiza, Diógenes, con propuestas que Aguirre rechaza por considerarlas una "entrega del país". Por esos días, otro hijo de Urquiza, Waldino, cruzaba el Río Uruguay con 500 gauchos de chiripá y camiseta colorada, así como el gorro de manga al modo rosista, dispuestos a combatir al "salvaje unitario Flores", al que decían "sostenido por el oro de los porteños".

A mediados de octubre de 1864, mientras Servando Gómez se dirige a defender Paysandú sitiada por Flores, el jefe revolucionario efectúa una rápida incursión hacia el sur amagando sitiar Montevideo, lo que volvió a provocar la consiguiente alarma. Por ese entonces Aguirre estaba muy influído por su fogoso ministro De las Carreras, no pudiendo atemperarlo Andrés Lamas, quien veía todo perdido y no se hacía ilusiones sobre los 35.000 paraguayos que se decía estaban ya en pie de guerra; y mucho menos aún sobre la utilidad de Saa, a quien definiera en forma tajante el chileno Vicuña Mackena diciendo: "No he visto jamás un bruto semejante". Fue por no resignarse a obedecerlo, que Servando Gómez abandonó el ejército y se fue a Montevideo seguido por muchos de sus subordinados.

A fines de setiembre de 1864, Leandro Gómez hace una salida de Paysandú y enfrenta a Flores, quien no se mueve de su campo, debiendo regresar el defensor de la ciudad sin haber logrado entablar combate. Y pocos días después, el almirante brasileño Tamandaré comunicaba a los representantes extranjeros que se aprestaba a tomar medidas militares por orden del ministro Saraiva, y que pronto iban a llegar las tropas brasileñas de tierra. Brasil no declaró la guerra; consideraba su intervención como una respuesta natural ante la actitud del gobierno oriental, al no acatar el ultimatum que le enviara, conminándolo a resarcir a la brevedad a los estancieros brasileños de los departamentos del norte, que se quejaban de los perjuicios que les había ocasionado la guerra. Entraron al país, pues, como en una provincia díscola de su propio Imperio, a castigar lo que consideraban su desobediencia. Y de ese modo invadió Mena Barreto por el Yaguarón el 12 de octubre de 1864, aniversario de Sarandí, mientras Flores hacía un rápido viaje hacia el sur, siendo después transportado hasta las cercanías de Paysandú por barcos brasileños.

Tamandaré disponía de doce barcos, a los que pronto se agregaron seis cañoneras con orden de bloquear Salto y Paysandú, ciudad ésta a la que Flores puso sitio en noviembre junto con una fuerte división brasileña mandada por el general Souza Netto. Y se produjo el primer bombardeo a Paysandú: 2.500 bombas y balas en un solo día. La toma de Salto fue empresa fácil, siendo evacuada la plaza con la bandera nacional en alto, por iniciativa de un grupo de vecinos a los que Flores permitió retirarse tranquilamente del país. Leandro Gómez, cuyos manifiestos eran todos incendiarios, denunció dicha entrega como una traición, y se aprestó a defender hasta la muerte la ciudad a su cargo. Los sitiadores permitieron salir a las mujeres y niños hasta la isla argentina de la Caridad, situada frente a Paysandú, en donde, en número de 1.500 fueron espectadores de la desesperada defensa de la ciudad, encerrados sus mil defensores dentro de un rectángulo de ocho manzanas bajo el mando del coronel Leandro Gómez, luego de que Lucas Píriz, de mayor antigüedad, le cediera su puesto en atención a que Gómez había sido quien tuviera ya a su cargo la organización de la defensa.

El sitio de Paysandú duró exactamente un mes, desde el 2 de diciembre hasta el 2 de enero de 1865. Una lluvia continua de bombas, más de dos mil por día, caía sobre el recinto que Leandro Gómez recorría de un punto al otro llevando en sus manos la bandera nacional. A los veinte días llegó el grueso del ejército del Brasil, nueve mil hombres con más de treinta cañones al mando del general Mena

Barreto. Y el 31 de diciembre, Mena Barreto y Flores decidieron asaltar la ciudad. Los defensores debieron recurrir hasta a cabezas de fósforos en sustitución de los fulminantes para sus fusiles, terminando por cargar su único cañón utilizable con piedras, para contestar a los 36 cañones de grueso calibre que estaban apostados a diez cuadras de la plaza y que fueron convirtiendo el recinto en un montón de escombros. Muchos murieron, entre ellos Lucas Píriz. El refuerzo anunciado de Montevideo no llegó, habiendo sido rechazado Lanza Seca en el Río Negro por las fuerzas de Máximo Pérez. En Montevideo se quemaron en plena Plaza Independencia los tratados con el Brasil de 1851. Paraguay también rompió entonces con el Brasil. El gobierno oriental concede a Leandro Gómez el grado de Coronel Mayor, y a los defensores de Paysandú el título de "beneméritos de la Patria". El 1o. de enero, L. Gómez, a fin de enterrar los muertos, pide una tregua por intermedio de Saldanha, quien, estando prisionero, fue, habló con Flores, y volvió, con la contestación de que no habría tregua, aunque sí garantías en caso de rendirse. El hecho es que tras Saldanha se colaron doscientos sitiadores, según algunos desarmados, que entraron vivando y abrazando a los valientes defensores. Belén, Mora y dos jefes brasileños abrazaron a Leandro Gómez, dándole toda clase de garantías. Hubo banderas blancas, se confundió tregua con paz, y los cuatrocientos sobrevivientes iban siendo gradualmente sometidos. Leandro Gómez estaba contestando la nota de Flores y Tamandaré, cuando le llegó otra de Flores concediéndole una hora y media para rendirse, ofreciéndoles, a quienes lo quisieran, pasaportes para retirarse del país. Le pedía a Gómez además una entrevista, y fue al salir Leandro Gómez del brazo de Belén hacia la Comandancia en donde se efectuaría, cuando se aproximó Gregorio Suárez exigiendo que se le entregaran los prisioneros para fusilarlos, como en efecto ocurrió, haciéndolos conducir a la casa de la familia Ribero. Y así murió Leandro Gómez, cuyo cadáver fue mutilado, y el coronel Juan María Braga, que había venido hacía cuatro meses con la guarnición de Mercedes, y que solicitó ser fusilado el primero por ser el de mayor grado, siguiéndole otros veinticinco jefes.

Tanto Flores como Tamandaré expresaron su indignación por las ejecuciones de los heroicos jefes de Paysandú, enviando a Flores el gobierno imperial una solicitud de castigo a Suárez y a sus ayudantes. Flores no quiso entrar en un primer momento en Paysandú, permane-




Servando Gómez

ciendo en la Azotea de Servando, a unas veinte cuadras del recinto, desde donde ordenó dejar en libertad a todos los prisioneros, excepto a los soldados de línea que agregó a sus batallones. A las 5 de la tarde entró en rápida recorrida junto con Tamandaré. Gregorio Suárez negó haber sido el responsable de los fusilamientos, pero llegó a decir que desde "la Hecatombe de Quinteros y desde que los blancos hicieran caminar 25 leguas a pie a mi madre hasta que la mataron, no pido ni doy cuartel". Al marchar hacia el sur el ejército de Flores, se pudo apreciar que las divisiones de Belén y de Suárez se mantenían apartadas del cuerpo principal, como para establecer una distancia que ya veremos cómo habría Suárez de reducir.

El Gobierno oriental dispuso en esos mismos días la invasión del Brasil, logrando dispersar Basilio Muñoz una partida de quinientos hombres y trayendo como botín un estandarte, en tanto a fines de enero de 1865 llegaban a la boca del Santa Lucía, en once transportes, los batallones brasileños de Paysandú. Por su parte Tamandaré apostó sus barcos frente a Montevideo y el ejército de Flores llegaba al Cerrito y a la Unión. En un extenso manifiesto, Flores se remitía al pasado y mencionaba "el despotismo de D. Manuel Oribe" y los abusos de 1856, contrastando —decía— con "el respeto a la propiedad y a la vida de los ciudadanos" del ejército libertador. Con

respecto al Imperio, expresaba que se había visto "obligado" a recurrir a medidas coercitivas, "circunstancia que *nos colocó* en la condición de aliados de hecho del Imperio". Trató de "vandálica" la quema de los Tratados de 1851, y expresó que, dueños de todo el país excepto "algunos barrios de la capital que ocupan los enemigos de la libertad, no hay más autoridad en el país que la que se deriva del derecho de la fuerza y ésta me ha sido confiada espontáneamente por la mayoría del pueblo oriental".

Lugo de algún conato de salida de los sitiadores, que sólo contaban con cuatro mil soldados, habiendo emigrado más de diez mil habitantes aterrorizados, terminado el 15 de febrero el interinato presidencial de Aguirre, es designado para el cargo Tomás Villalba, hombre contemporizador, enemigo de guerras, y que mientras hacía como que atendía los apremiantes deseos de los blancos extremistas, los "amapolas", de continuar la lucha, suprimió la legación uruguaya en Paraguay, y envió de inmediato al ministro italiano Barbolani al campo sitiador para tratar la paz. Con Barbolani salieron también Manuel Herrera y Obes y Juan R. Gómez con una propuesta concreta: establecimiento de un triunvirato provisorio que integraría Flores, comicios a breve plazo, respeto a la propiedad y a las personas en sus empleos y opiniones así como a los militares en sus grados, y evacuación de las fuerzas brasileñas. Dichas bases fueron aceptadas por Flores con escasas modificaciones: el gobierno provisorio sería presidido por Flores, quien utilizará frecuentemente el título de "Dictador", y se procesaría a toda persona que hubiera atentado contra brasileños, reconociéndose nuevamente los tratados de 1851. La alianza con Brasil continuaría "existiendo en el hecho", siendo "un empeño sagrado" confirmarla en la práctica "cuando fuera posible", "en la guerra deslealmente declarada por el gobierno paraguayo, cuya injerencia en las cuestiones internas de la República Oriental es una pretensión osada e injustificable".

El 20 de febrero de 1865, aniversario de Ituzaingó, M. Herrera y Obes, en nombre de Villalba, firmaba en la Unión con Flores y Paranhos dicha fórmula de paz. Los brasileños entraron en el país en el aniversario de Sarandí, y consagraron su victoria en el de Ituzaingó; la historia no se repetía sino en términos opuestos, pero las fechas sí, coincidencia que lograron como para dejar constancia del desquite. Flores envió un chasque al general Antonio Díaz en el que dice: "No he reservado en mi corazón ningún bastardo sentimiento de venganza personal. Mi propósito firme es garantir a todos. Espero que todos contribuyan para que la paz inaugure una época de felicidad". Villalba, tratado de "traidor" por algunos, ensalzado por otros, sobre todo por los comerciantes extranjeros que temían la guerra y los bombardeos contra sus establecimientos, recibió como regalo una casa por suscripción popular y un lujoso álbum con cuatro mil firmas. Tampoco quedó contenta la prensa brasileña, que consideró "ignominioso" un convenio que no era para ella sino un nuevo Ituzaingó, cuando se esperaba una revancha completa. Paranhos debió justificarse en el Senado brasileño, que al parecer esperaba hacer de Montevideo una nueva Paysandú, para así absorber finalmente nuestro territorio.

Flores, juzgado por algunos como un traidor a nuestra patria, puede tal vez contar a su favor el haber impedido que el Imperio cobrara por su alianza un precio tan desmesurado, en lo cual vino a coincidir con Villalba. Debe agregarse que, por lo demás, la intervención brasileña fue un "hecho" al cual Flores fue conducido por la fuerza de los acontecimientos, y un hecho que, debido a la precariedad de nuestra independencia en esos años, no tiene la magnitud con que hoy suele apreciarse. Hasta podría sostenerse que la paz del 20 de febrero sirvió para fortificar nuestra independencia, al clausurar por completo la injerencia de Argentina y Brasil que se arrastraba desde 1828, injerencia que blancos y colorados, en tantas oportunidades, no pudieran dejar de propiciar cuando les convenía; opinión discutible, pero que coincide en parte con lo expresado por Paranhos: "Flores siempre se mostró aliado del Brasil, sin dejar de ser uno de los más extremosos defensores de la independencia y grandeza de la patria".

Desde 1865, en efecto, ya no hubo más intervenciones. Y Flores salió con la suya, no sin manchas y tristezas como el bombardeo a Paysandú y la guerra al Paraguay, pero echando las bases de una independencia de hecho y de derecho tantos años postergada. A lo que debe agregarse, en lo atingente a su divisa, que obtuvo para su partido un poder que habría de mantener —con matices, eso sí, muy variados— durante noventa años ininterrumpidos. De ahí la nota singular que ofrece su revolución, anunciada, empezada, ambientada y culminada, entre tantos factores a favor y en contra, con esa baquía de pura esencia criolla con que se desempeñaba en los campos de batalla.

# CAPITULO VIII

# LA GUERRA DEL PARAGUAY

El 21 de febrero de 1865 Borges y Caraballo entran en Montevideo al frente de doscientos hombres, y el 23 lo hace Flores rodeado por sus jefes, entre quienes viene ahora el Goyo Suárez. El 26 designa Flores un ministerio ajeno a todo extremo partidista: el Dr. Francisco A. Vidal en Gobierno, Juan R. Gómez, hermano de Leandro, en Hacienda, el Dr. Carlos de Castro en Relaciones Exteriores y Lorenzo Batlle en Guerra. Deroga el decreto que anulaba los tratados de 1851, y lanza una proclama en la que anuncia que comienza una era de felicidad que no será, como antes, una simple tregua, sino imperio pacífico de las instituciones y de los buenos sentimientos. Termina vivando a la Patria, al pueblo oriental y a su unión sincera, así como al "noble pueblo" del Brasil y a su Emperador.

Se produjo un cambio casi total, en cuanto a la filiación política, de los empleados de la administración pública y de la Universidad, en tanto en el ejército se daba la baja a los jefes y oficiales que se habían ausentado del país al iniciarse las tratativas de paz. A los pocos días se proclamaba por decreto "Mártires de la Libertad de la Patria" a los muertos de Quinteros, pensionando a sus viudas y a sus hijos menores. Diez días después, Timoteo Aparicio intentaba desembarcar en Montevideo, pero visitado por el mayor Belén, quien sabía que había sido uno de los invasores del Brasil junto con Basilio Muñoz, decidió buscar asilo en un barco español.

A todo esto, Montevideo hervía de soldados brasileños, más de quince mil, operando en el puerto una escuadra de 18 buques con 128 cañones en total. Brasil empezaba a cobrarse su deuda, sirviéndose desde ya de Montevideo como punto de concentración. Y como



respuesta a la declaración de guerra que hizo el Paraguay a la Argentina el 28 de marzo, se firma en Buenos Aires el 1o. de mayo el tratado de la Triple Alianza entre Brasil, Argentina y Uruguay, consumando la unión que ya estaba virtualmente concertada cuando la misión Saraiva. En representación de Flores, firmó el Dr. Carlos de Castro, quien expresó que esa guerra no era sino la continuación de la obra empezada en Caseros. Había sin embargo otras causas, de límites, de navegación fluvial, de predominio zonal, y hasta la probable influencia del naciente imperialismo inglés. En cuanto al Uruguay, no podía aducir sino su ineludible compromiso con sus aliados. Alberdi llamará dicha Alianza, "una liga entre tres enemigos natos", y bien podía en efecto afirmarse que se unían para impedir que el otro se extralimitase.

La postergación de las elecciones y de la normalización institucional provocó la consiguiente protesta de las tendencias liberales. La guerra era, por supuesto, impopular, debiendo formarse un *Batallón de "Voluntarios"* con uno de cada diez guardias nacionales, y obligando a cada departamento a contribuir con 250 soldados. El ejército aliado quedó constituido con 90.000 hombres, de los cuales cinco mil orientales, contra unos 35.000 paraguayos, aunque del millón escaso de habitantes del Paraguay (medio millón según algunos) debieron al final combatir muchísimos más, incluso los niños de diez años. El distintivo de los soldados orientales era una cinta punzó en el quepis, con el lema "Ejército Nacional", llevando encima una escarapela con los colores patrios.

El 21 de junio de 1865 partía Flores con sus huestes, no ocultando su disgusto y su preocupación. Como secretario, llevaba al futuro Presidente Julio Herrera y Obes. Al pasar por Buenos Aires se vio con Mitre, acudiendo al puerto un gran gentío, ávido de contemplar al famoso guerrero. Y ya a mediados de agosto, los cinco mil orientales con otros tantos argentinos vencen a los tres mil paraguayos que habían invadido Corrientes en la sangrienta batalla del Yatay, en la que murieron más de la mitad de los paraguayos, que tenían orden de no rendirse, cayendo el resto prisionero. Cayeron también 59 orientales muertos y 160 heridos, primer tributo de sangre pagado en una contienda que iba a durar cinco años, mucho más de lo previsto. Después de esa "verdadera carnicería", como la calificara el general Paunero, los orientales, que habían tenido la parte principal, se apoderaron de Uruguayana, siendo fren-

te a dicha ciudad que se encontraron los tres jefes de los ejércitos aliados: Flores, Mitre y el Emperador.

No bien pisó el suelo paraguayo, Flores lanzó una proclama en donde dijo que la bandera oriental era "enseña de libertad y de justicia", y que jamás conduciría a vulnerar la independencia de nación alguna. Flores demostró en aquella cruenta guerra un espíritu incansable de acometividad, ocupando los puestos de mayor peligro, siempre en la vanguardia, el primero en exponerse, al punto que su tienda de campaña fue volada dos veces por bombas enemigas, sin que pudieran convencerlo de buscar una posición más resguardada. No se avenía, por lo demás, con las tácticas y teorías dilatorias de Mitre, ni con la inercia inalterable de los brasileños. En una carta a su esposa que llegó a publicarse en la prensa de Buenos Aires, expresa que la división oriental se había perdido casi totalmente al tener que enfrentar una fuerza triple, a raíz de algunas órdenes de Mitre que la colocaran en mala situación. "*No es para mi genio lo que aquí pasa. Todo se hace por cálculos matemáticos; y en levantar planos y en medir distancias y tirar líneas y mirar el cielo, se pierde el tiempo más precioso. Figúrate que las principales operaciones se han ejecutado en el tablero de un ajedrez. Entre tanto, hay cuerpos del ejército que han estado sin comer tres días. Yo no sé qué será de nosotros*" con la apatía de Mitre, postergando movimientos que reclaman más celeridad. "*Excuso decirte que los brasileños dieron la espalda cochinamente y hubo batallón que no quiso cargar*". "*Sólo he visto actividad en los días de besamanos*", pasando los brasileños de fiesta en fiesta. "*Curioso es decirte que en estos días han querido hasta ordenarme el modo de vestirme. ¿Pues no me dijo el general Mitre, con mucha política, que sería conveniente que yo me cuidara algo de mi persona?*". "*Me di vuelta y lo dejé*". En una carta a su hijo Eduardo, añora los días de paz duradera que ansía para sus conciudadanos, así como "las caricias" de su familia. Todo esto lo escribe —dice— "devorado de sinsabores". Entre esos sinsabores tenía que estar la muerte de tantos orientales; porque fue la vanguardia de orientales la primera fuerza aliada que pisó suelo paraguayo, venciendo el 2 de mayo de 1866 en Estero Bellaco, luchando como leones pero perdiendo muchísimos soldados; del batallón Florida que mandaba Palleja, solamente, murieron 19 oficiales y cien hombres de tropa.



Dos veces, pretextando las dos la "fatalidad del destino", se escapa a Montevideo. La segunda vez, en octubre de 1866, pocos días después de la sangrienta derrota de Curupaytí, dejando los escasos restos del ejército oriental al mando del general Enrique Castro.

Se pensó que se debía a los trabajos subversivos de los blancos de Entre Ríos, y también a las elecciones de alcaldes que debían realizarse. La primera vez estuvo tres semanas en Montevideo. El silencio de Urquiza, que no intervenía en la guerra, no dejaba de ser sospechoso, creyéndose que podría alentar los propósitos revolucionarios de Timoteo Aparicio. Flores no habría de volver al Paraguay luego de su segunda escapada; la guerra ya estaba virtualmente definida, y entre los jefes aliados se había perdido toda armonía, empecinados Mitre y el Emperador en llegar hasta el total exterminio de los paraguayos.

En noviembre de 1866, luego de una reunión con diversas personalidades, Flores resuelve postergar las elecciones de representantes durante un año más. Aducía que era necesario eliminar los obstáculos que habían dejado las anteriores disidencias, siendo su deseo que se fuera a las urnas para consagrar la reconciliación de los orientales. Las elecciones de alcaldes no constituyeron por cierto un adelanto promisorio; según José Pedro Varela, fueron "un gran escándalo, en que ni siquiera las formas han querido salvarse". Las instrucciones de un comisario de campaña a los tenientes alcaldes sobre la manera como debía conducirse a los vecinos a inscribirse, resultan muy ilustrativas: "le prevengo que los haga entrar al pueblo de a cuatro y de a seis"; un cronista local salió en su defensa: "Si los hacen formar para ir a la guerra, ¿por qué no hacerlos formar para ir a las elecciones?". El gobierno de Flores fue netamente de divisa, de un exclusivismo que en parte se reflejó en medidas que afectaron incluso a la libertad de prensa.

La gestión de Flores se inscribe dentro de un proceso que hace difícil determinar en qué grado fue obra personal o mero efecto de circunstancias exteriores e interiores que venían operando en muchos casos desde años atrás. Es así que muchas veces se limitaba a dar un visto bueno que rara vez se convertía en iniciativa. Por lo visto, y por lo dicho, creía más en el destino que en gobiernos providenciales. Tuvo a su favor el auge económico que derivó de la recuperación de la campaña luego de la Guerra Grande, el consiguiente aumento de las exportaciones, sobre todo de tasajo,

una creciente inmigración, 17.000 en 1867, que elevó la población de Montevideo a más de cien mil habitantes, la mitad extranjeros, la gran mayoría gente de trabajo, el interés de los europeos de comerciar con estos países, sus crecientes importaciones de lana, y el movimiento comercial que provocaban las fuerzas brasileñas. Y pudo así anotarse en su haber una serie de conquistas, producto en gran parte de esos factores externos e internos, que en pocos años cambiaron la fisonomía del país. Anotemos, en rápida síntesis, el notable auge de la edificación, 900 edificios nuevos en tres años, el asilo de alienados, la penitenciaría, los mercados Central y del Puerto, templos, el empedrado y macadamizado de 470 calles, así como numerosos caminos en el interior, la primera línea telegráfica con Buenos Aires (1865), los primeros ferrocarriles (1867), el alumbrado a queroseno, el embellecimiento de la ciudad, al inaugurarse la Columna de la Paz, después de la Libertad, la fuente de la Plaza Constitución, más importante entonces como servicio público que como ornato (1867), la primera concesión para baños en la playa Ramírez, los primeros tranvías de caballos, la nueva instalación de la Biblioteca Nacional, la Casa del Correo, la Bolsa de Comercio, etc., etc. Y en cuanto a organización, el ordenamiento de la Hacienda Pública regularizándose los pagos, la creación de tres nuevos bancos de emisión, la importante creación de tres nuevos códigos, el civil y el de comercio por decreto de Flores que quiso así obviar la lentitud de las Cámaras, y el de minería, el establecimiento del sistema métrico decimal (1867), el fomento de la enseñanza, con sensible aumento del número de escuelas y la programación de enseñanza secundaria y preparatoria en todos los departamentos, la mejora notable del servicio de correos para el interior, etc., etc.

Elocuente expresión de esa especie de euforia progresista fue la presencia en el puerto, en 1868, según consigna con asombro el cónsul francés, de 250 embarcaciones, 40 de ellas francesas, producto en parte de los primeros créditos obtenidos en Europa y del auge del comercio local, lo que repercutía, en todos los órdenes de actividades, sobre todo en el negocio de barraca y en el de tránsito.

Pero no faltaba la contrapartida de esa aparente prosperidad: la Deuda Externa aumentaba rápidamente, los precios internacionales en rubros importantes sufrieron bajas sensibles, las crisis financieras se fueron haciendo más crecientes, siendo notable la corrida al Banco Mauá que se produjo con posterioridad al famoso "viernes negro" ocurrido en Londres en mayo de 1866, con las consiguientes repercusiones en el crédito y las medidas de inconversión correspondientes. El fin de la guerra del Paraguay, la epidemia del cólera a principios de 1868, las sequías recurrentes, contribuyeron a que el final del gobierno de Flores coincidiera con un estado general de descontento.



El subsidio concedido por el Brasil de treinta mil pesos fuertes por mes, asignado a gastos de guerra, resultó débil paliativo y sus adelantos, a devolver con intereses leoninos, un presente griego. De todo ello, de lo bueno como de lo malo, Flores no tenía, como puede suponerse, mayor responsabilidad; casi la mitad de su gobierno, desde junio de 1865 hasta octubre de 1866, estuvo fuera del país; y mucho de lo bueno que se hizo, los códigos ya citados en especial, fueron obra de aquellos "doctores" que la posteridad suele contraponer a los caudillos, pero sin los cuales los caudillos, imprescindibles para conquistar el poder pero impotentes para administrarlo, no hubieran sabido cómo desenvolverse. De ahí que no quepan juicios tajantes ni a favor ni en contra, imbricados como lo estaban los comportamientos de quienes, de un modo u otro, podían influir sobre los acontecimientos.

Hubo situaciones, no obstante, que pueden imputársele, al menos por dejar hacer, dentro de condicionantes que no podemos saber si estaba en sus manos contrariar: tal la hospitalidad que se brindó a los barcos españoles que iban a bombardear Chile y Perú, el trato que algunos tildan de "servilismo" con que atendía las solicitudes de los brasileños, eximiendo de derechos de aduana los artículos necesarios para su consumo, las concesiones y privilegios con que aceptaba las exigencias de Mauá como prestamista del Estado, negociante que prosperaba a costa del país, su "obsecuencia" ante la presión francesa en materia de indemnizaciones ante reclamaciones diplomáticas; y en lo interior, los repartos o enajenaciones de tierras fiscales en beneficio de los hombres de su facción, permitiendo incluso la ocupación de tierras cuyos propietarios estaban en la guerra, y las especulaciones correspondientes, en momentos en que la propiedad rural y metropolitana se había vuelto diez veces más valiosa a raíz de la demanda creciente que provocara, en el campo, una superproducción ganadera notable, sobre todo en el ganado ovino (17 millones de ovejas, mejoradas muchas de ellas por la cruza

con merinos), producto a su vez de la gran demanda de lana de los países europeos; y por otra parte —aunque debido principalmente a la debilidad incurable del gobierno central— el auge pavoroso del crimen y del robo en la campaña, que si se reprimía en algunos departamentos, como en el de Soriano, era gracias a métodos drásticos que se veían precisados a usar jefes como Máximo Pérez, protegido y súbdito incondicional de Flores, cuya norma suprema de gobierno —muy expresiva de la situación en que se vivía— se resumía en la frase que gustaba repetir: *"Don Venancio manda en Montevideo y en Soriano mando yo"*.

Aunque la prosperidad material que imperaba tenía algunos altibajos propios de una situación que estaba evolucionando con tanta rapidez, tal como la súbita carestía de artículos de necesidad popular que se registró en 1866 y que se atribuyera a maniobras no contrarrestadas de los numerosos comerciantes italianos, el nivel de vida de la población llegó a ser sorprendentemente alto, con un ingreso per cápita mayor que el de los Estados Unidos y cinco veces mayor que el del Brasil. Y como era un país de producción primaria, no elaborada, con alto nivel de exportación, volcó sus entradas en un cúmulo de importaciones que correspondían a un consumo de lujo, tales como 22 millones de litros de buen vino por año, vestimentas, comestibles y bebidas finas, perfumes, pianos, carruajes y toda clase de decorados para las numerosas viviendas que se construían, insumiendo dichos artículos de lujo el 77% del total de la importación. Contribuía a ese dispendioso intercambio la próspera situación europea que se prolongará hasta 1873, determinando una copiosa demanda de cuero y lana, en general a buenos precios.

El regreso de Flores del Paraguay en setiembre de 1866, permitió apreciar la nueva imagen física del caudillo, delgado, curtido por el sol, más larga y profusa su barba y su cabellera, bastante más canoso; aunque transparentando siempre su natural reciedumbre, confirmaba en parte la afirmación que había formulado a su hijo Eduardo en una carta en donde decía que se sentía viejo. Contaba solamente 57 años, pero era evidente que estaba deseando ya otro rumbo más pacífico para su vida tan atestada de trajines de guerra y de gobierno. Además, decretada la postergación de las elecciones para noviembre de 1867, sintió en torno suyo un cerco de opositores que fomentaban de un modo u otro movimientos revolucionarios. Había por lo menos cuatro: los blancos de Entre Ríos con un Timoteo Aparicio siempre pronto a invadir, los blancos de Montevideo encabezados por Berro, los jóvenes liberales del Partido Colorado, José Pedro y Carlos María Ramírez, José P. Varela, Julio Herrera y Obes, Fermín Ferreira y Artigas, José Ellauri, Elbio Fernández, brillante pléyade a los que se unieron los viejos conservadores, y por último, más temibles por más cercanos, algunos de sus antiguos compañeros, entre los cuales el más notorio era José Gregorio Suárez, conocido primero como "Goyo Jeta" y después como "Goyo Sangre", a cuyo nombre algunos agregaban el de Francisco Caraballo, otro de los que deseaban el alejamiento de Flores a fin de poder satisfacer sus ambiciones de poder.

A mediados de 1867 la policía descubrió una mina destinada a hacer volar el Fuerte, a cuyo subsuelo llegaran por un caño maestro que partía de una casa frontera. Dos barrilitos de pólvora habían sido colocados por un ingeniero alemán, Neumayer, recayendo la responsabilidad sobre Eduardo Bertrand, antiguo capitán de Flores constituido entonces en acérrimo enemigo, y que huyó a Buenos Aires al descubrirse el atentado, cuyos motivos políticos, con origen en los conservadores, parecieron indudables. Fueron también detenidos sus inseparables amigos Torres y Márquez, los comandantes Mancino y Vergara, y el general Gregorio Suárez, a quien el informado cónsul francés describe como "el asesino del desventurado Leandro Gómez" y "gaucho muy vengativo, muy peligroso, cuya complicidad y cuyo odio no pone en duda la familia Flores". Don Venancio tomó el asunto con la mayor calma, dejando actuar a la justicia incluso cuando, por falta de pruebas, dejó libres a los sospechosos. Se supone que el propósito de los asesinos era provocar un vacío de poder, echar las culpas sobre los blancos y aprovechar la situación para hacerse cargo del poder. Hubo demostraciones de adhesión a Flores, quien quitó entidad a lo sucedido, y reiteró su intención de entregar el Gobierno a quienes vencieran en noviembre. No podía Flores ignorar la falta de apoyo en que se encontraba: *"vejaciones en el campamento de los aliados* —resume el cónsul Maillefer, con quien conversaba a menudo— *desprecio en Washington, hastío del Brasil, que rechaza cualquier adelanto de fondos, inquietud respecto a los federalistas, a Urquiza, a los "blanquillos" y a sus propios compañeros de armas, envidiosos de su fortuna". "El otro día preguntaba a uno de sus principales tenientes*

*cuántos hombres podría reclutar para mantener la situación: Ni uno, le respondió el veterano, si se trata de mantener a los brasileños; todos, si es para combatirlos".*

Flores tomó algunas medidas de defensa: Caraballo es designado jefe del Estado Mayor, los ministros, a través de los jefes políticos, serían los únicos que tendrían atribuciones para ordenar a subalternos, y se apostaron dos cañones en la puerta del Cabildo. Como un eco fiel de la alarma de Flores, al mes siguiente es Máximo Pérez quien lanza un bando previniendo que la paz pública estaba amenazada por "la rebeldía del general Gregorio Suárez", alertando a la guardia nacional de Soriano para que se presente "al primer toque de generala". Suárez protestó ante el ministro Lorenzo Batlle, pero al regresar en octubre de campaña, el gobierno le señala la ciudad por cárcel. Esas desavenencias, según Suárez, nacían de que tenían distintas ideas sobre el plan militar contra el Paraguay; algo tenía que decir para no revelar sus razones verdaderas.



Guerra del Paraguay. Traslado del cadáver del Gral. León Palleja. Batalla de Boquerón, 1866.

# CAPITULO IX

## DIAS TURBULENTOS EL DRAMA FAMILIAR

Motivo creciente de preocupación lo constituyó para Don Venancio la irreprimible turbulencia de que dieron abundantes muestras sus hijos durante aquellos meses. Lo que llamara por ese entonces "el seno apacible del hogar doméstico", adonde expresaba que deseaba retirarse "amargado por el atentado que todos conocéis", era en realidad un foco permanente de nerviosidad y apasionamiento. Tanto Doña Mariquita, como la suegra y sus cuatro hijos, reaccionaban con fervor incontenible contra todos aquellos que, de una manera u otra, ponían obstáculos o demostraban malquerencia respecto a Don Venancio, quien si bien reaccionaba contra dicha oposición, sabía mantener su conducta dentro de la mesura que, aún contrariando su temperamento también franco y ardoroso, comprendía que era necesario usar para no crearse complicaciones nuevas. No así sus jóvenes hijos, impetuosos y mosqueteriles, cuyos arrebatos sobrepasaron en ese entonces todos los límites que en vano pretendió imponerles su atribulado padre, y cuyo relato, aunque sucinto, creemos pertinente para una mejor comprensión del estado de espíritu de Venancio Flores en momentos de tantas y tan inminentes acechanzas.

Creyó Don Venancio que nombrando a Fortunato jefe político de Canelones se desembarazaba de una de sus preocupaciones. No tardó *"el joven Pachá de Canelones"* en incurrir en tremendos desmanes, apaleando con sus propias manos a un español y encadenando a otro por un atraso de minutos en un pago. Hazaña que superó Eduardo, el hijo menor, a los pocos días, intentando apuñalear al jefe político de Montevideo porque le impedía apalear y en-

carcelar a la gente a su gusto, debiendo ir corriendo Flores y su esposa al Cabildo para refrenarlo, declarando Flores a "*su imperiosa Agripina*", como la llama Maillefer, "que sus hijos, mimados por ella, lo obligarían un buen día a abandonar el país". Bueno es aclarar que el mismo Flores no dejaba de incurrir en bromas a veces bastante pesadas, como en la ocasión en que, habiendo sido presentado Caraballo a un almirante francés, le presentó después a su histórico perro Coquimbo, ocurrencia que no le puede haber causado a Caraballo mucha gracia.

Fortunato no tenía inconvenientes en tratar un día de traidores al ministro Flangini, al juez del Crimen y al secretario de la legación argentina, pero su hermano Secundino le mató el punto, en el banquete de despedida que se le hacía a Fortunato, a quien su padre había resuelto enviar a Europa, y que, caso extraño, guardaba en dicha ocasión la mayor compostura. Secundino saltó sobre la mesa, desde donde trató de cobardes a los convidados que dejaban proscribir a su hermano, haciendo trizas la mejor cristalería del Gran Hotel Americano, para de allí dirigirse revólver en mano a insultar a los conservadores en el Club Oriental, abofetear a un oficial de la Aduana y, precedido por música, conducir a la casa paterna un tropel de beodos que se puso a pedir a grandes gritos que Fortunato, "el más firme campeón del Gobierno, no sea tontamente sacrificado al odio de los conspiradores". Don Venancio no los recibió muy bien, pero "no se dice que haya castigado a este tiranuelo tan prometedor", comenta Maillefer. El teniente coronel Fortunato Flores fue finalmente a Francia con un ordenanza, un sirviente, un médico y un viático de doce mil pesos, a seguir cursos en una escuela militar, recuperando su salud el ministro Flangini y el redactor responsable de "El Siglo", que habían enfermado de miedo a Fortunato, y respirando aliviado Don Venancio, "este dictador demasiado tierno", dice Maillefer, que se sentía agotado por las luchas públicas y domésticas a que se veía sometido.

Poco le duró esa paz. Para empezar, un día se apareció de regreso Fortunato, llamado secretamente por la madre, luego de permanecer solamente una quincena en París. Se le devolvió el comando del batallón Libertad, y los oficiales en masa presentaron su dimisión.

El 27 de noviembre se efectúan las elecciones de representantes, triunfando sin oposición el Partido Colorado Popular que respondía a Flores. Sólo en las elecciones municipales hubo lucha, al presentarse diversos candidatos oficiales. "El Siglo", opositor al Gobierno, admitió que los comicios se habían realizado "en orden y casi sin oposición", pero dos días después, Fortunato, que hacía tres semanas que no daba que hablar, empasteló la imprenta de "El Nacional" que fue saqueada por sus soldados del batallón Libertad. El 1o. de diciembre es el tambor mayor de dicho batallón el que se hace ver propinando una apaleadura al escrutador Tavolara, director del diario oficial "La Tribuna", por haberse permitido cambiar uno de los nombres inscriptos en la lista municipal. Días después, en un banquete que se le ofrece a Héctor Varela, llegado desde Buenos Aires, Caraballo declara que si Flores no es elegido Presidente por la Asamblea General, él se sublevará contra toda otra elección, asociándosele Fortunato, quien, sable y revólver en mano, jura que se unirá a Caraballo, a quien poco antes insultara y lapidara. Es tanto su arrebato, que Caraballo lo llama amistosamente al orden, exclamando Fortunato que, aunque ciudadano y militar, en una democracia no reconoce superior, aprovechando el tumulto Don Venancio para tomar su sombrero y retirarse, seguido por los más prudentes, mientras los músicos acompañan su retirada con el Himno Nacional y también ("no se sabe por qué", comenta Maillefer) con "God save the Queen", el himno inglés. Poco rato después, los hijos de Flores acompañan llorando a H. Varela hasta el puerto.

No pasaron muchos días sin que las hermanas italianas que administraban el Hospital de Caridad se presentaran ante el cónsul francés, llorosas, pidiendo protección contra Fortunato que, garibaldino exaltado, las insultara con violencia. El mismo Don Venancio, lloroso y humillado, trata a Fortunato de loco ante el cónsul francés, pero no toma ninguna medida contra él. Repetía a quien quería oírlo que, "después de haber hecho lo que podía por el bien y el reposo del país, nada del mundo podía decidirlo a conservar el poder más allá del 1o. de marzo de 1868". No pensaba lo mismo Eduardo Flores, quien sostenía por la prensa que su padre debía continuar. Y el 6 de febrero, Eduardo y Fortunato iniciaron un movimiento para obligar a su padre por la fuerza a proclamarse candidato. Conversaron con él, solicitándole Fortunato autorización para ir a entrevistarse con Máximo Pérez. Don Venancio, desconfiado, le preguntó qué motivo lo llevaba.

—"Voy a trabajar por mi candidato para la Presidencia de la República.

—¿Y quién es su candidato?

—Usted, y si no, mi tío Manuel.

—Yo no puedo permitir semejante cosa, porque van a creer que yo te mando."

Fortunato reprochó entonces a su padre que se rodeara de enemigos, traicionara la causa de su partido y su familia, y se expusiera a ser vergonzosamente echado del poder. Furioso, Don Venancio ordenó al Ministro de Guerra que arrestara al coronel Flores; "¿Arrestarme a mí? Lo desafío a ello; voy a enseñarle cómo se hace una revolución"; diciendo lo cual y mostrando el puño, sale del gabinete de Don Venancio, sube a caballo y corre a sublevar su batallón. Llega al cuartel, toca generala, y saca el batallón a la calle. Se apodera del Cabildo y del Fuerte, y levanta barricadas en torno a la Plaza Constitución. Los rebeldes mantienen preso a Lorenzo Batlle en el Cabildo, a quien obligan a firmar una orden de rendición dirigida al comandante del Fuerte San José con sus treinta artilleros, en tanto el ministro Flangini apenas si pudo acurrucarse bajo una banqueta del Senado, en donde pasó una noche angustiosa. Don Venancio, luego de dos tentativas frustradas de detener a los rebeldes, se embarca en el puerto y se va a la Unión, desde donde avisa a los representantes extranjeros que dentro de pocos días tendría fuerzas suficientes para someter a sus hijos, resolviendo el Cuerpo Diplomático exhortar a los rebeldes a que salgan a campaña o se replieguen a los cuarteles a fin de evitar la destrucción de la ciudad. Aceptó Fortunato, yendo al Fuerte San José, en donde se fortificó.

Poco después se acercaba Don Venancio con los 600 hombres que reclutara en la Unión, mientras las fuerzas extranjeras ocupaban la Aduana y otros puntos claves, cuando los hijos de Flores, viéndose sin fuerzas suficientes ni apoyo popular para su descabellada intentona, consiguen entrevistarse con el cónsul francés y le entregan una oferta de sometimiento cuyas condiciones eran la entrega del batallón Libertad, el embarco inmediato de jefes y oficiales, el perdón para los soldados y la aceptación de esa capitulación con la firma del Gobernador. Con todo, no se le fueron los humos a Fortunato, quien quedó varias horas con algunos de sus soldados haciendo algunas alarmantes fanfarronadas por los barrios, embarcándose el día 8 de



noche para Buenos Aires. Recibido allí con una gran silbatina, debió volver al otro día a Montevideo, pidiendo asilo en un barco italiano.

Don Venancio disolvió el batallón Libertad "para salvar la moral del ejército", creó otro con sus soldados, y dio de baja y desterró a Fortunato y Eduardo, dejando constancia que le habían llegado refuerzos del interior, que lo apoyó en todo momento. En cuanto al ministro Lorenzo Batlle, relató "cosas increíbles" —dice Maillefer— sobre "la ferocidad del joven sátrapa", quien no sólo insultó al Obispo que hizo de mediador, sino que llegó hasta a golpear a su madre, "caída a sus pies", que intercedía por la vida de Batlle, siendo contenido por su hermano Eduardo, quien lo amenazó revólver en mano con saltarle la tapa de los sesos. Sin embargo, al otro día, Doña Mariquita repetía entre sollozos que "entre Fortunato y su padre sólo hay un malentendido", lo que según el original ministro francés era verdad, pues, decía, era tan rebelde el padre como el hijo.

Como si tales acontecimientos no alcanzaran, en esos mismos días, con pocas horas de diferencia, Timoteo Aparicio invadía al frente de un centenar de hombres y atacaba la ciudad de Salto. Rechazado por fuerzas superiores, repasó el Uruguay y volvió a Entre Ríos, en donde Urquiza no lo veía al parecer con buenos ojos, a pesar de que los revolucionarios vivaran su nombre y el del Paraguay.

No desvanecidos aún los ecos de esos dos movimientos casi simultáneos, el general Flores hacía entrega del Gobierno al Presidente de la Cámara de Senadores D. Pedro Varela. Reflexionaba sensatamente el cónsul francés: "Si Flores estuviera bien inspirado, trataría seriamente de limitar a esto su carrera gubernamental; pero quizás atado por compromisos secretos, dominado por una familia insaciable, no se desciende fácilmente del poder, no se resigna al peligro de verse precipitado desde su altura." Existen testimonios, empero, de que tenía todo pronto para irse el 20 de febrero a Entre Ríos, día en que lanzaría un manifiesto.

En su Mensaje del 15 de febrero, Flores expresa que abandona el poder con la conciencia tranquila por no haber hecho abuso de ese poder en daño de nadie, reconociendo que gobernó con los hombres de su partido, pero sin cerrarle a nadie las puertas de la Patria. Ese mismo día publicó un manifiesto en el que ratifica esos sentimientos, afirmando que se retira "al hogar doméstico". Para ese día estaba

anunciado un movimiento revolucionario de los blancos de Montevideo, a cuyo frente se suponía que iban a estar algunos prohombres de la administración pasada. Mariano Berro, hijo de Bernardo, publicó en la prensa de la época una carta en la que confirmaba dicha versión, agregando que el coronel Villasboas había concurrido a la Plaza Constitución con dicho objeto, atribuyéndose el fracaso a que el batallón "Constitucional" (ex "Libertad") que mandaba el Comandante Aldecoa y que rendía honores en dicha plaza, advertido su jefe de lo que ocurriría, no había colocado sus armas en pabellón, como era de práctica, impidiendo así que los conjurados se hicieran de los fusiles necesarios. Hecho corroborante fue la inesperada presencia de Bernardo P. Berro, luego de mucho tiempo sin hacerse ver, en la apertura de las Cámaras el 15 de febrero, para luego aparecerse en un café presidiendo una reunión de amigos, a la misma hora en que Flores recibía en su domicilio a senadores y representantes. Flores pasó esa noche en el Cabildo, en donde fueron detenidos por algunas horas los comandantes Villasboas y Bastarrica. Desde el Cabildo, Flores remitió un billete a Berro, refugiado a la sazón en la casa del ministro peruano, enviándole un coche con uno de sus hijos para que se fuera a su casa de campo con todas las garantías. Según algunas personalidades blancas, Flores habría hecho propuestas de arreglo a Berro, entendiéndose con él contra los conservadores, "a quienes temía más que a los blanquillos". Sin embargo Berro, como habría de verse cuatro días después, no abandonó sus propósitos revolucionarios, los que venían siendo preparados desde hacía varios meses. Documentación publicada por Aureliano G. Berro, prueba que los trabajos habían comenzado en enero de 1867, y que el plan ya estaba redactado por Bernardo P. Berro a mediados de ese año. Su programa estaba concebido contra "la anarquía y el caudillaje", "como un movimiento emancipador y eminentemente oriental", y debía consumarse bajo la acción combinada de seis grupos armados que atacarían simultáneamente el Fuerte, la Jefatura, el Cuartel de Dragones, la fortaleza de San José y algunas comisarías, procediéndose además a arrestar a ciertas personas, Flores entre ellas.

Venancio Flores conocía muchos de esos preparativos; en carta al coronel Moyano fechada el 18, le decía: "El día 15 hubo de estallar la revolución"; los blancos que habían planeado apoderarse de su persona —agregaba— habían fracasado, pero recomienda mucha



vigilancia en campaña, pues en dichos movimientos estaban comprometidos algunos colorados. Le pide que averigüe en qué pasos anda Gregorio Suárez y que se venga a la capital, después de dejar el departamento (de Durazno) en buenas manos.

Según Antonio Conti, Flores habría dicho a Berro al entrevistarlo: "El día en que el general Flores desaparezca en un acto violento, Ud. desaparecerá también". Berro, haciendo caso omiso de tan bien rumbeada profecía, volvió a reunirse con sus amigos para proyectar la asonada del 19, quedando el secuestro de Flores a cargo de unos hermanos Beraldo. En la misma mañana del 19 Flores expresaba a Francisco Caraballo, quien había venido para prevenirlo: "No les temo a los blancos. Uds. son los que conspiran y tampoco les temo", contestando Caraballo: "Como quiera, pero lo que es a mí no me matarán como a un perro", dicho lo cual se fue al galope a la casa de Gregorio Suárez en las Tres Cruces, donde ya había gente reunida.



Andrés Lamas

# CAPITULO X

# EL FINAL

Y llegó el 19 de febrero, día pródigo en acontecimientos extraordinarios. El plan de Berro preveía la toma del Fuerte, la del Cuartel de Dragones y la entrada en la ciudad de una columna mandada por el coronel Bastarrica; posteriormente se le atribuyó además el asalto al general Flores. Todo empezó al sonar en la Matriz la segunda campanada de las dos. El Fuerte fue tomado por un grupo de 25 personas mandadas por Berro, revólver y lanza en mano, a los gritos de "abajo el Brasil" y "viva la independencia Oriental y la del Paraguay"; tomaron el cuerpo de guardia después de matar al centinela, mientras el presidente interino Pedro Varela, con algunos empleados y el encargado de negocios del Brasil, lograba escapar por la puerta del fondo. El Cuartel de Dragones, que alojaba al batallón "Constitucional", fue atacado por un grupo que llevaba golillas blancas, al mando de Senén Freire, contando con la presunta complicidad de muchos soldados paraguayos incorporados a dicha unidad, pero el coronel Olave, que dormía la siesta en el cuartel, pudo imponer orden prestamente entre los suyos, incluidos los paraguayos, matando a Freire de una estocada así como a un sargento que se le insubordinara. Sofocada la intentona, envió Olave de inmediato a su ayudante Maciel a la casa de Flores, a quien encontró almorzando con Flangini, Márquez y su secretario Errecart, dándole cuenta de lo sucedido. En cuanto al coronel Bastarrica, que esperaba con varios centenares de hombres distribuidos en la Unión, el Manga y Toledo, no recibió el aviso convenido, pues el chasque enviado por Berro murió en el camino de un ataque fulminante de cólera, se dice que por haber bebido en un manantial contaminado.



Comienza entonces la segunda etapa, la más trágica de aquella tremenda jornada. Fracasado el ataque al Cuartel de Dragones y sin noticias de Bastarrica, Berro procedía a proclamar en el Fuerte la revolución y su propia presidencia, cuando advirtió que se aproximaba el batallón "Constitucional" al mando de su enérgico jefe el comandante Aldecoa. Le tocó entonces a Berro escapar por la puerta del fondo, dispersándose los revolucionarios. Berro se dirigió a pie a la costa en donde pensaba encontrar un bote en el cual fugar, y regresaba, al no encontrarlo, por la calle Alzáibar hasta Reconquista, cuando fue detenido y llevado al Cabildo.

Flores, entre tanto, siendo ya las 2 y media de la tarde, al recibir la noticia del ataque al Cuartel de Dragones, dispuso de inmediato salir en coche con sus invitados desde su casa situada en la calle Florida casi Mercedes. Tomó por Florida para doblar por Rincón, dirigiéndose al Cabildo, de donde llegaba el ruido de gritos y de tiroteos, mientras la gente se metía en sus casas y trancaba las puertas y ventanas. Al llegar a la calle Mercedes, el carruaje de Flores es objeto de intenso tiroteo por un grupo de siete u ocho personas emponchadas y de rostros casi cubiertos por grandes sombreros. Cae muerto el cochero y uno de los caballos, Flangini azuza a los animales, los que no pueden avanzar por estar obstruida la calle con un carro cargado de pasto que había sido atravesado ex profeso. Flores contestaba el fuego con su revólver, en tanto se acercaba al galope y a los gritos el comandante Evia a prestarle ayuda. Pero habría de llegar tarde. Mientras sus tres acompañantes lograban escapar por una de las puertas del coche, Flores forcejea en vano para salir por la otra puerta, atascada contra el carro de pasto. Y cuando logra escurrirse por el pequeño espacio que pudo abrir, caen sobre él los asesinos que lo ultiman a puñaladas, para desbandarse de inmediato. Flores, caído sobre la vereda, muere en brazos del sacerdote francés Subervielle, que pasaba accidentalmente por allí. El cadáver según el certificado médico, presentaba ocho heridas, en la cabeza, en el tórax, en la región bronquio-external, en el cuello, en la región cervical, en la región dorsal y en la región ilíaca, recibiendo también algunas heridas, aunque de poca gravedad, su ex-Ministro Flangini y su secretario Errecart, y habiendo corrido Márquez, que salió ileso, a refugiarse en la legación de Inglaterra.

Luego de golpear en vano en las puertas de varias casas, Suberviele es atendido en el comercio de Quintín Correa, quien lo ayuda a entrar el cuerpo de Flores para extenderlo sobre un catre. Se envían avisos, y pronto llegan familiares y algunos soldados, transportándose el cuerpo hasta el Cabildo. Pocos minutos después llegaba Berro, a quien se le atribuía la muerte de Flores. Lo enfrentan al cadáver de Venancio Flores, ante el cual sufre una crisis nerviosa, siendo insultado y cacheteado en un calabozo durante más de dos horas, según testimoniara Héctor Varela, hasta que es "masacrado, se asegura —escribe el cónsul francés— por la propia mano de Segundo Flores, muchacho de 18 años", recibiendo igual suerte varios de sus compañeros de armas. El cadáver de Berro es paseado después en un carro de basuras por toda la ciudad, mientras se pregona "¡Ahí va el asesino del general Flores!".

La pasión desbordante de aquellos días volcaba toda la culpa sobre "los blancos de Quinteros", como son aludidos por Pedro Varela y sus ministros en una comunicación del Gobierno. Incluso los muertos por el cólera son agregados a la cuenta; se habla del "cólera blanco", y que tales muertes se debían a la estricnina que se echaba en el agua de los aljibes. No se daba a conocer sin embargo el nombre de los asesinos de Flores, aunque en comunicado del 22 de febrero se asegura que Berro era el jefe del motín y que había sido muerto por "el pueblo", después de "convicto y confeso de su crimen". Se desata entonces una ola incontenible de violencia. "Se pide venganza y no justicia", escribe "El Siglo" buscando apaciguar las prédicas de sangre. El general Caraballo comunica que el 20 de febrero, habiendo encontrado una partida de cien revolucionarios, restos de las fuerzas de Bastarrica, en el Paso de Casavalle, los había derrotado y perseguido, "siendo muertos la mayor parte y heridos muy pocos o ninguno". El comercio de Florida y Mercedes de donde habían salido los asesinos de Flores, es asaltado por una turba enloquecida que mata al dueño y a su dependiente. Se envía orden a los jefes políticos para que acudan a Montevideo "a fin de acordar las medidas que deben tomarse en tan excepcional situación". A Máximo Pérez se le envía un chasque: "Mataron a nuestro querido general D. Venancio Flores; reúna la gente y véngase". Máximo, analfabeto, se lo hace leer por un asistente, quien lee "vénguese" en lugar de "véngase", y manda entonces fusilar a dos prestigiosos jefes blancos, Tomás Pérez y Rafael



Ocampo. En dos días se calcularon en quinientos los muertos de ambos bandos, blancos en gran mayoría, aunque no dejaron de ser degollados algunos comisarios colorados en los alrededores de Montevideo. El propio Gregorio Suárez, que tenía reunidos 700 hombres en las Tres Cruces, se siente obligado a protestar por los "asesinatos escandalosos de vecinos cargados de familia y que conceptúo no han tomado parte en el alevoso asesinato del ilustre general Flores". Seguramente sabía el por qué de su suposición.

El Gobierno tomó diversas providencias para encalmar las cosas: ocupación de la Aduana y su vigilancia solicitada a las legaciones extranjeras, pedido de auxilio a Buenos Aires, y proclamación del estado de sitio, a fin de detener la cacería de blancos que eran detenidos y fusilados sin piedad. Y se postergó el entierro de Flores, a fin de evitar manifestaciones peligrosas, decretándose una estatua de mármol al "mártir de la libertad". Se designó comandante general de Armas al hermano de Venancio, Manuel Flores, quien muere de cólera de manera fulminante el día 21, junto con otras veinte personas que estaban en el Cabildo, corriéndose la versión de que el agua estaba contaminada, y afirmando otros que el cadáver de Venancio Flores, que quedó en el Cabildo más de un mes, hasta el 30 de marzo, fecha en que se llevó a la Matriz, estaba mal embalsamado y había contribuido a infectar el edificio. Se resolvió entonces evacuar el Cabildo, en donde quedaron olvidados en los calabozos algunos presos que allí murieron de hambre.

Muchos personajes de relieve lograron escapar al furor popular refugiándose en las embajadas, entre ellos el coronel Maza, yerno de Oribe, Emilio Berro, sobrino de Bernardo, y Brizuela, ex-agente del Paraguay que habría intervenido en el ataque al Fuerte.

Poco a poco empezó a recapacitarse acerca de las responsabilidades que podían caber a los blancos en la muerte de Flores. Afirma Conti que Berro, al enterarse del asesinato, dijo que lo habían traicionado; según Melián Lafinur, Berro "fue víctima de combinaciones que no tuvo sagacidad para medir". Las sospechas empezaron entonces a volcarse sobre Gregorio Suárez, que en la tarde del 19 se apareció por el Cabildo, y sobre el cual pesaba todavía el decreto de Flores que le señalaba la ciudad por cárcel. Se inició una polémica por la prensa de Buenos Aires, en donde se afirmaba que el asesinato no era obra de los blancos sino de los conserva-

dores, de los mismos que organizaran el atentado de la mina contra el Fuerte. Luego de relatar el regreso inopinado el 6 de marzo, de Fortunato, desterrado en Río, a quien no se le dejó desembarcar debiendo regresar a su exilio a los pocos días, el cónsul Maillefer incluye una descripción muy ilustrativa a ese respecto: *"La Sra. Flores, esta especie de Agripina plebeya, antaño todavía tan imperiosa y que ahora podríamos llamar la Niobe oriental, la Sra. Flores, enferma y en cama, ni siquiera ha podido besar a este hijo desnaturalizado, del cual tenía la demencia de estar orgullosa, y que ha perdido a su familia. Exaltada hasta el furor contra los generales Suárez y Caraballo, los acusa abiertamente, sobre todo al último, de haber participado en la conspiración «blanca» y de ser los verdaderos asesinos de su marido. La Sra. Maillefer, quien la ha visitado últimamente, volvió de su casa espantada de todo lo que había oído; y sin embargo, pesando bien algunas revelaciones de los blancos refugiados en nuestros barcos de guerra, uno se sentiría tentado de creer que no todo es imaginario en las denuncias de esta viuda exasperada"*. Y que, agreguemos, había quedado con la única compañía de un yerno y un niño de quince años, pues Eduardo y Segundo Flores también fueron deportados en esos días a fin de impedir posibles escándalos "con una misión especial" del Gobierno de Buenos Aires, ni sin antes proferir amenazas de rebelión según tenían la costumbre. De un antiguo vecino de Mercedes, hemos sentido una cuarteta de lejano origen, en la que se expresa lo que fue convirtiéndose en convicción cada vez más generalizada:

*Dicen que fueron los blancos*
*los que mataron a Flores;*
*hablen claro y digan, francos,*
*"fueron los conservadores".*

Una carta poco divulgada de Gregorio Suárez a Juan C. Gómez (caja 78, 1868, del fondo ex-"Archivo y Museo Histórico Nacional", Montevideo), pretende desvirtuar tales sospechas; dice en ella que cuando se produjo el atentado estaba al norte del Río Negro, y que vino "día y noche" porque sintió casi "el estallido de la revolución"; llegó un día antes, pero —dice— "no remedié nada, porque nosotros no nos veíamos con Don Venancio", quien había echado a Caraballo, a Magariños y a cuantos quisieron darle



aviso; lo califica "un dictador dominado por una familia ruda", y agrega que les dieron "a los Flores un desengaño que no lo queríamos tan terrible". Pero en otra carta que enviara a Simón Moyano el 11 de febrero, siete días antes del crimen, decía Suárez: *"Tanto engañar al país, como a todos, me pone en el caso de no creer, hies presiso miamigo mirarnos mucho, no nos tiendan una Red que nos matemos unos con otros, pués estavisto quetodo Dictador gana con la destrucción de hombres ya conocidos. Ud. sabrá lo que le conviene, silasalvación de su paíz olapersona de Juan o Pedro"*; carta, como se ve, muy significativa, que reprodujera José M. Fernández Saldaña en "La Mañana" del 29 de mayo de 1931. Y para más abundancia, en el archivo de Juan Idiarte Borda, custodiado actualmente en la catedral de Mercedes, hemos encontrado algunas alusiones que corroboran tales presunciones, entre ellas un telegrama en el que, muchos años después de los sucesos de 1868, Idiarte Borda comunica que se ha liberado a tal y cual persona, "no haciéndose lo mismo con N.N. (cuyo nombre omitimos por razones obvias) por sabérsele uno de los asesinos del general Flores"; y el mencionado era de la gente de Gregorio Suárez.

Podríamos continuar esta biografía historiando qué sobrevida le tocó a Flores en la memoria de la posteridad. Pudo decirse de él lo mejor y lo peor; lo mejor, cuando se alude a su bondad natural, a su amor al terruño, a su franqueza y honradez, así como a sus virtudes de guerrero tan afines con las mejores que ostentaran nuestros gauchos; y lo peor, cuando se considera las consecuencias que tuvieran muchas veces sus mejores intenciones, tanto en lo nacional como en lo internacional, como si aquellas virtudes personales, en lugar de servirle de guía en el mundo complejo de la política, lo extraviaran en cambio conduciéndolo a veces por caminos para los cuales de poco le servían sus condiciones innatas de baqueano para las circunstancias más bien localizadas en que prefería comprometerse.

Sin entrar aquí en consideraciones que exceden los propósitos de esta obra, destinada a proveer de un material objetivamente elegido de todas las fuentes cuya responsabilidad hemos podido comprobar, señalemos sin embargo la distinción inusual que significara el hecho de que las cuatro fechas de duelo nacional que se solemnizaban como feriados a principios de siglo, eran el 13 de

enero, por la muerte de Fructuoso Rivera en 1854; el 19 de febrero, por la de Venancio Flores en 1868; el 23 de setiembre, por la de José Artigas en 1850; y el 22 de octubre, por la de Juan Antonio Lavalleja en 1853.

En cuanto a la situación política que siguió a la muerte de Flores, digamos que la Asamblea General parecía en un primer momento enfrentada a la posibilidad de elegir entre tres nombres: el de Pedro Varela, muy vinculado a Flores, pero bastante desprestigiado como financista y hombre de negocios, J. Cándido Bustamante, de prestigios bien ganados como "hombre de pluma y de espada", y el general J. Gregorio Suárez, a quien los conservadores cultos le redactaron el más liberal de los programas, y cuyos 800 hombres bien armados permanecían a la expectativa en las cercanías de la capital. Se produjo sin embargo la sorpresa de que saliera electo el general Lorenzo Batlle, el que fuera ministro de Venancio Flores, por 21 votos contra 20 para Suárez, lanzando el nuevo Presidente una proclama que produjo excelente impresión por la mesura e ideas liberales con que estaba redactada. A Batlle le esperaban por cierto años de grandes dificultades. En el tema que aquí nos interesa, digamos que una de las primeras complicaciones que se presentó, "bastante grave", según la califica Maillefer, fue *"el proceso intentado contra los asesinos del General Flores. Su viuda y su familia persisten en sostener que es necesario buscar a los asesinos no entre las filas del partido blanco injustamente incriminado, sino en las del colorado actualmente en el poder; y estas terribles acusaciones, acogidas por los diarios de la otra orilla, son tonta o malignamente repetidas por la prensa montevideana bajo pretexto de refutarlas. Sea como sea, el proceso no adelanta más rápido que el famoso asunto de la «mina», y al cabo de dos meses, la autoridad no ha publicado nada al respecto."*

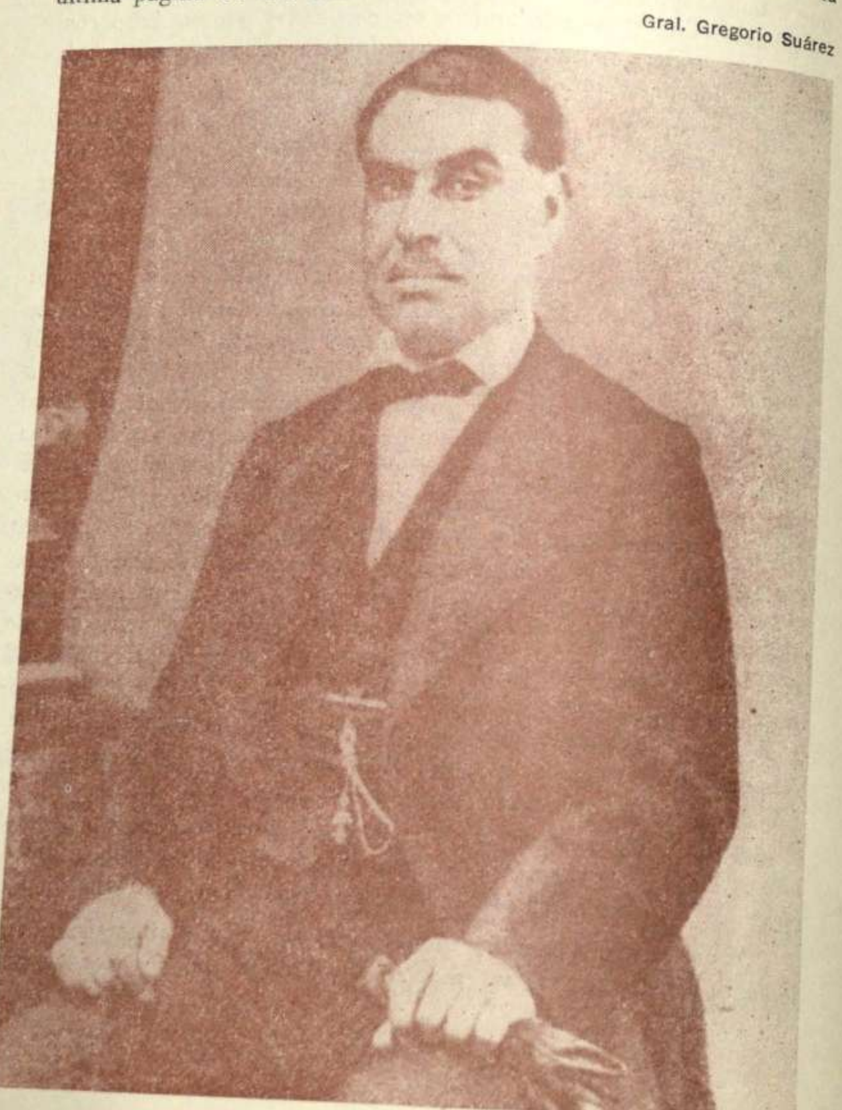
El cuerpo de Flores, mal embalsamado, fue prácticamente inhumado en una capilla de la catedral, grabándose sobre su tumba elogios que Maillefer juzgaba exagerados. Al mismo tiempo, las Cámaras votaban para su viuda una elevadísima pensión de dos mil pesos por mes. Se intentó también por iniciativa de Héctor Varela votar una aprobación de todos los actos de gobierno de Venancio Flores, pero dicha propuesta, aceptada al principio con entusiasmo, se fue postergando entre discusiones que se prolongaron indefinidamente. Con respecto a J. Gregorio Suárez, fue designado Ministro de Guerra. El Dr. Fermín Ferreira y Artigas, por su parte, insinuaba desde las columnas de "El Siglo" el conocimiento de pruebas surgidas durante los procesos de la mina y de los hechos del 19 de febrero, pruebas que parecían confirmar las acusaciones de la viuda del general Flores, quien contestó al pésame de Batlle con una carta en la que incluía la siguiente frase: "Mi dolor sería mitigado un poco si viera que los esfuerzos de las autoridades a las que está encomendado el descubrimiento y castigo de los asesinos de mi adorado esposo, llegaran a ser coronados por un éxito completo, cualesquiera que ellos sean y cualquiera que sea la causa principal que los ha estimulado a tan atroz delito."

Si alguien sabía bien quiénes eran los asesinos de Venancio, ése era el caudillo de Soriano Máximo Pérez, con quien Flores y sus familiares mantuvieron siempre estrechísima amistad. Y Pérez bregó durante muchos años para que se develara dicho crimen. El 6 de mayo de 1868, en carta al teniente coronel S. Irigoyen, al mencionar a Venancio Flores, agrega *"asesinado traidoramente por los inventores de la mina"*. En carta a Caraballo, dos días después, le dice que nunca transigirá *"con hombres funestos a nuestra patria como lo es el Gral. Suárez"*. El 4 de junio de 1869, le escribe a Cándido Bustamante que no se había equivocado al atribuirle al Gral. Suárez "el asunto de la mina"; y ese mismo día, en carta circular a varios amigos, se refiere a los levantamientos simultáneos de esos días de Caraballo y Suárez, diciendo que *"los hombres que hoy nos traen la guerra a nuestro hogar, son los mismos asesinos del Gral. Flores"*. Quince días después se lo dice derechamente al propio Caraballo: *"sepa general que los asesinos del general Flores lo son Ud. y Suárez a quienes culpo y quienes han de responder a la nación entera"*. Y dos meses después juntaba 4.720 firmas en Soriano y otros departamentos instando "respetuosamente al pronto esclarecimiento de la muerte del inolvidable Brigadier General Don Venancio Flores". Involucraba también en el crimen a Pedro Varela, quien habría inducido a Caraballo a intervenir en el asesinato. Nada se obtuvo entonces, pero fueron muchos, como lo revela el telegrama transcripto anteriormente de Idiarte Borda (pág. 93), quienes tenían ya opinión formada a ese respecto.

Y así murió Venancio Flores; víctima de una situación que se le fuera finalmente de las manos. Unos dirán que fue por su bon-

dad, por no haber sido más severo contra quienes iban a ser sus victimarios. Otros dirán que fue por su partidismo absorbente, por haber cerrado el camino tanto a los blancos como a muchos colorados y, retrocediendo un poco más en el tiempo, por haberse atado a compromisos con Brasil y Argentina que determinaron el único camino que le estaba permitido transitar. La historia no habrá de admitir respuestas tan simplistas. Dejemos pues en blanco la última página de este libro.

Gral. Gregorio Suárez



# SELECCION DOCUMENTAL

## 1) DOS CARTAS DE VENANCIO FLORES A MAXIMO PEREZ.

"Sor. Cnel. D. Máximo Peres —Monto-Eno 27 de/868—

Mi Esto Amo y Corl. Aprovecho la oportunidad de un chasque q. me llega en este momento de mi hermano Manuel aquien le ensinuo q. venga p. ésa de Mercedes Dn. Tomás Gomensoro; y como p. Colonia no hay quien pueda venir es necesario sea Manuel. Por lo tanto espero q. se interese en q. el Colegio Electoral le acepte a Man. su renuncia, y nombre a Dn. Tomás Gomensoro de senador p. ese Depto. Al efecto Manl. manda su renuncia. Respecto a la invación de Aparicio es mentira. No hay nada ayer tube cartas del Salto, y Paysandú, es una intriga política de Entrerríos. Le deseo se halle restablecido de sus dolencias y q. mande a su affmo. amo y s.s.s.

Veno Flores."

"Sor. Cnel. Dn. Máximo Peres — Monto Febo 2 de 1868. —

Mi esto Cnel. y amo: Estando comprometido con mi amo Dn. Tomás Gomensoro a que saldría senador p. ese Departamento le hize poner de suplente, pa. q. mi hermano Manl. renunciara después: pero áhora Manl. toca dificultades q. es necesario vencerlas; y los ábitantes de Mercedes, y su Depto deben convencerse qe. aparescer ono senador p. Mercédes, hará pr. ése benemérito Depto, cuanto sea posible pa. su mejora y engrandecimiento. Por lo tanto salvenmé de este compromiso. De V. su siempre amo

Vencio Flores."

[Archivo General de la Nación, Montevideo. Donación del Dr. Francisco Miláns, del 29/XI/1949].

## 2) CARTA DEL GRAL. VENANCIO FLORES AL GENERAL BARTOLOME MITRE, FECHADA EL 16 DE ABRIL DE 1863. (Archivo del Gral. Mitre, tomo XXVII).

General y amigo: Hoy me entrego a mi destino, lanzándome al suelo de la patria para combatir al Gobierno de los déspotas, autores y factores del bárbaro asesinato de Quinteros. Ud. ha conseguido con ello lo que tal vez se proponía. Desde que se negó Ud. a hacer por la

emigración oriental lo menos que a su nombre podía yo exigir —obtener del Gobierno de Montevideo la ampliación de la ley de amnistía— y que prestase Ud. su garantía moral respecto de su cumplimiento, no quedaba otro remedio que el de concurrir a las armas para reconquistar nuestros derechos arrebatados por actos arbitrarios; y a ese penoso sacrificio, exigido por todos mis compatriotas me he prestado, porque he preferido siempre la muerte a la odiosa esclavitud y servidumbre en que gimen mis conciudadanos, a cuya desgraciada suerte no he sido ni puedo ser indiferente. Pongo por testigo al Cielo que al acometer esta empresa no abrigo ninguna ambición personal; y aunque ya me parece oírle decir que es descabellada la intentona, sin desconocer ni negar los riesgos a que está expuesta, confío mucho en que la Providencia la coronará con el triunfo, por lo mismo que es tan justa la causa por la que voy a combatir. Persuádase, general y amigo, que cualquiera que sea la suerte que la incierta fortuna me depare en la justificada lucha que voy a presidir, las justas quejas que abrigo a su respecto no serán suficientes para entibiar la sincera amistad que le ha profesado y le profesará siempre su affmo. amigo

Venancio Flores".

3) FRAGMENTO DEL MENSAJE QUE LEYO VENANCIO FLORES AL HACER ENTREGA DEL GOBIERNO AL PRESIDENTE DE LA CAMARA DE SENADORES EL 15 DE FEBRERO DE 1868).

"Hombre de principios y de convicciones, lejos de temer, espero con el ánimo sereno y la conciencia tranquila el fallo de mis conciudadanos sobre el uso hecho por mí de un poder del que jamás abusé en daño de nadie y el que aún cuando investido con todas las facultades discrecionales de una dictadura sirvió siempre de amparo a la familia oriental y jamás en daño de ninguno de sus hijos. [...] Vosotros lo sabéis, honorables senadores y representantes; si bien he gobernado con los hombres de mi partido, rindiendo así un culto indispensable a la tradición gloriosa de la Defensa de Montevideo, las puertas de la patria estuvieron siempre abiertas para todos los que como orientales tienen derecho a cobijarse a la sombra de los colores inmortales de su bandera."

4) FRAGMENTO DEL MANIFIESTO QUE PUBLICO VENANCIO FLORES EL 15 DE FEBRERO DE 1868.

"Orgulloso y satisfecho de mi obra, yo me retiro al hogar doméstico. Al entrar en él no voy dominado por el temor de que algún remordimiento pueda venir a turbar esas horas solitarias de reposo que son el pobre consuelo del hombre público cuando se aleja del mando, porque como lo sabéis, compatriotas, la dictadura no se ha manchado con una sola gota de sangre, no ha hecho derramar una sola lágrima, no ha perseguido a nadie, ni ha establecido la prepotencia de los unos en perjuicio del abatimiento de los otros. Para mí todos eran orientales. Como a tales los he tratado, estableciendo el ejercicio de esa justicia distributiva que hace imposibles los resentimientos que engendra la cólera y que produce el contento que ocasiona la satisfacción de todos".

5) PROCLAMA DE VENANCIO FLORES AL DIA SIGUIENTE DE LA TOMA DE URUGUAYANA.

"Uruguayana, Septiembre 19 de 1865.
—¡Soldados del Ejército Aliado de Vanguardia!
Vuestra constancia y vuestro valor han sido premiados en el día de ayer con un triunfo tanto más espléndido, cuanto que no ha sido empañado por el derramamiento de sangre ni el sacrificio de víctimas ilustres.
Vuestro denodado valor ha bastado para rendir al jactancioso enemigo, que tan arrogante se mostraba antes de la pelea, y que al veros con vuestros cañones al borde de sus fosos, no ha sido capaz ni de intentar la resistencia, rindiéndose a discreción.
Soldados: Vuestro orgullo debe estar satisfecho, pues debido a vosotros el ejército semisalvaje que el tirano del Paraguay había lanzado sobre la heroica provincia de Río Grande para asolar y devastar su rico suelo está todo prisionero en vuestro poder.
¡Viva el Emperador del Brasil!
¡Viva la República Oriental!
¡Viva el General Mitre!
¡Vivan los Cuerpos Aliados!

Venancio Flores".

6) FRAGMENTOS DEL MANIFIESTO DEL DR. ANDRES LAMAS DE 1855.

"Primero de todo preguntémonos: ¿Qué representan esas divisas blancas y esas divisas coloradas?
Representan las desgracias del país, las ruinas que nos cercan, la miseria y el luto de las familias, la vergüenza de haber andado pordioseando en dos hemisferios, la necesidad de las intervenciones extranjeras, el descrédito del país, la bancarrota con todas sus amargas humillaciones, odios, pasiones, miserias personales.
¿Qué es lo que divide hoy a un blanco de un colorado? Lo pregunto al más apasionado, y el más apasionado no podrá mostrarme un

solo interés nacional, una sola idea social, una sola idea moral, un solo pensamiento de gobierno en esa división.

En el libro del pasado todos tenemos culpas, algunos de nosotros grandes culpas.

Si continuamos leyendo en ese libro, no nos entenderemos jamás; estamos irremisiblemente perdidos; perdidos nosotros, perdidos nuestros hijos que de nosotros heredan esa herencia de perdición.

Estas ideas que proclamo hoy, eran mis ideas desde los últimos años de la lucha que terminó en 1851.

Mía es esa fórmula de la pacificación del 8 de octubre de 1851: "Ni vencidos ni vencedores".

Pero concebí entonces, como concibo ahora, la imposibilidad práctica de toda fusión mientras se conserven las antiguas denominaciones, mientras no se las sustituya por un símbolo, por una idea."

[...] "Tan mala es una de esas divisas como la otra; y trapo sangriento por trapo sangriento, cada uno se quedaría con el que tiene para que la opinión no le marcase como tránsfuga.

Rompo pública y solemnemente esa divisa colorada, que hace muchos años que no es la mía, que no volverá a ser la mía jamás.

No tomo, no, la divisa blanca, que no fue la mía, que no será la mía jamás.

Repudiando las divisas, repudio todas las tradiciones odiosamente personales y de guerra civil representadas por ellas".

## 7) TEXTO DEL "PACTO DE LA UNION" DEL 11 DE NOVIEMBRE DE 1855.

### "AL PUEBLO ORIENTAL"

La desgraciada situación en que se halla la República proviene de la discordia que incesantemente la ha conmovido, desde los primeros días de nuestra existencia política.

La desunión ha sido y es la causa permanente de nuestros males, y es preciso de que ella cese antes de que nuevas convulsiones completen la ruina del Estado, extinguiendo nuestra vacilante nacionalidad.

Mientras existan en nuestro país los partidos que lo dividen, el fuego de la discordia se conservará oculto en su seno, pronto a inflamarse con el menor soplo que lo agite.

El orden público estará siempre amenazado; expuesta la República al terrible flagelo de la guerra civil, que ya no puede sufrir sin riesgo de su disolución, para caer bajo el yugo del extranjero.

En esa inteligencia, y persuadidos de que una de las causas que más contribuyen a agravar la situación del país, procede de las miras encontradas de esos partidos en los momentos mismos en que convendría uniformar la opinión pública acerca de la persona llamada a presidir los destinos de la nación desde el 1º de marzo del 56, los brigadieres generales D. Venancio Flores y D. Manuel Oribe, deseosos de evitar a sus conciudadanos todo motivo de desinteligencia por las suposiciones de aspiraciones o pretensiones de que se hallan exentos,



declaran por su parte, de la manera más solemne, que renuncian la candidatura de la Presidencia del Estado.

En ese concepto, invitan a todos sus conciudadanos a unirse en el supremo interés de la patria, para formar un solo partido de la familia oriental, adhiriéndose al siguiente

### PROGRAMA

1º Trabajar por la extinción de los odios que hayan dejado nuestras pasadas disenciones, sepultando en perpetuo olvido los actos ejercidos bajo su funesta influencia.

2º Observar con fidelidad la Constitución del Estado.

3º Obedecer y respetar al Gobierno que la nación eligiese por medio de sus legítimos representantes.

4º Sostener la Independencia e integridad de la República, consagrando a su defensa hasta el último momento de la existencia.

5º Trabajar por el fomento de la educación del pueblo.

6º Sostener por medio de la prensa la causa de las luces y de los principios, discutiendo las materias de interés general, y propender a la marcha progresiva del espíritu público para radicar en el pueblo la adhesión al orden y a las instituciones a fin de extirpar por este medio el germen de la anarquía y el sistema del caudillaje.

Villa de la Unión, 11 de noviembre de 1855.

VENANCIO FLORES MANUEL ORIBE"



8) TEXTO DE LA RENUNCIA DE VENANCIO FLORES PRESENTADA EL 1º DE SETIEMBRE DE 1855 ANTE LA ASAMBLEA GENERAL.

"Honorable Asamblea General:

Los acontecimientos inesperados que han tenido lugar en estos últimos días de agosto próximo pasado y de que V. H. está en perfecto conocimiento me han decidido a presentar la renuncia irrevocable y espontánea del cargo de Presidente de la República, con que fui honrado por H. A. G. el 12 de marzo de 1855.

Quiera la divina Providencia que este paso, a que me resigno con gusto en obsequio al bienestar y felicidad de mi patria, para evitarle que corra la sangre de hermanos, sea acogido saludablemente por todos: de no, la responsabilidad recaerá sobre quien tenga la culpa.

Dignáos, honorables Senadores y Representantes, aceptarla, admitiendo los respetos y gratitud de vuestro compatriota

Venancio Flores".

9) FRAGMENTO DEL ARTICULO APARECIDO EN "EL ORDEN", DE LA PLUMA DE JUAN CARLOS GOMEZ, LUEGO DEL MOTIN DEL 18 DE JULIO DE 1853, EN EL QUE SE DEFINE EL SIGNIFICADO DEL PARTIDO CONSERVADOR.

"Sus antecedentes son los principios y los intereses sostenidos en la defensa del país contra las agresiones de Rosas. Y su programa es el mismo que formuló la "Sociedad de Amigos del País", cuando seducida por la ilusión generosa de una vasta fusión, quiso establecer lo que ahora se establece, un partido interesado en la paz, en el orden, en la conciliación de los orientales y en la tolerancia para con todas las opiniones".

"La fusión es posible, pero sobre esta base indeclinable: Una mayoría del Partido Conservador y un Presidente del Partido Conservador en el próximo período. Dennos hoy lo que nosotros les dimos ayer".

10) FRAGMENTO DE LA PROCLAMA LANZADA POR VENANCIO FLORES EL 20 DE ABRIL DE 1863, AL INVADIR TERRITORIO URUGUAYO.

"Las puertas de la patria que os había cerrado la tiranía, se han abierto y vamos a liberar a nuestros compatriotas de los vejámenes que sufren. Nos hemos armado en su suelo para combatir al Gobierno de los déspotas que vencidos siempre han aplaudido y continuado los escándalos originados de la bárbara hecatombe de Quinteros."



11) FRAGMENTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PRESIDENTE DE LA COMPAÑIA NACIONAL DE FERROCARRILES EL 25 DE ABRIL DE 1867, AL INAUGURARSE LOS TRABAJOS EN LAS INMEDIACIONES DEL PASO DEL MOLINO, CON LA PRESENCIA DEL DICTADOR GRAL. VENANCIO FLORES, QUIEN DIO EL PRIMER AZADONAZO.

"El acto de inauguración de los trabajos del camino de fierro, es un hecho grandioso para los orientales, pero que no producirá los resultados que buscamos si unidos siempre como hoy no cambiamos el fusil y la lanza con que nos hemos destruido, por la azada y la pala, que puestas en movimiento, ahora mismo levantan el cimiento de esta obra colosal que muy pronto, si olvidamos los rencores y las pasiones políticas bajo el amparo de la paz y del orden, penetrará en el corazón de la República.

Sí, señores; es preciso que esta obra se complete, que se realice, que se haga perfecta con el concurso de todos los ciudadanos, bajo los auspicios de todos los orientales".

12) FRAGMENTO DE LA PROCLAMA QUE FIRMARAN LOS DOS MIEMBROS DEL TRIUNVIRATO, V. FLORES Y J. A. LAVALLEJA, CON SUS TRES MINISTROS, EL 23 DE OCTUBRE DE 1853; EL REDACTOR FUE JUAN CARLOS GOMEZ.

"La misión del Gobierno Provisional es afianzar al país la paz que un magistrado infiel ha comprometido. Todos los habitantes de la República están en el pleno goce de sus garantías constitucionales; ninguno se verá expuesto al menor sufrimiento por sus anteriores opiniones políticas; ninguno tema por su persona, por su propiedad, por el sosiego de su familia".

"[...] Confianza, orientales, en el pronto restablecimiento de la paz. Confianza en el patriotismo de vuestros conciudadanos".

# JUICIOS SOBRE VENANCIO FLORES

JUAN CARLOS GOMEZ ("El Siglo", 28/XII/1872).

"La reputación militar de don Venancio Flores no resiste al menor examen; pero si se estudian sus hechos de guerra se descubrirá, en cada uno de ellos, un acto político, el peso de una ambición que marcha tenazmente a su objeto, que abatiéndose hasta el desaliento al menor contratiempo, vuelve a alzarse en el momento siguiente, a la menor expectativa, hasta la confianza, colocándose el espectador en el punto de vista de la ambición del caudillo.

Las infinitas e inexplicables inconsecuencias de su conducta, vienen a coordinarse en una vida lógica subordinada a propósitos inflexibles y perseverantes. Destácanse las cualidades que lo hubieran hecho un hombre superior en otro centro, y que sólo sirvieron para deprimir a su país y afilarle el puñal de sus asesinos...".

JOSE PEDRO RAMIREZ, ("El Siglo", 19/IX/1972).

"La dictadura del General Flores no se puede legitimar bajo el punto de vista de los principios y no puede menos de ser condenada en sus excesos y en sus extravíos, pero ni imponía un sometimiento servil a los ciudadanos ni ahogaba las manifestaciones de legítima resistencia a sus desbordes".

LUIS HIERRO GAMBARDELLA (prólogo a "Años de Forja" de A. Lepro, Montevideo, 1962).

"Venancio Flores es un caudillo, en la acepción más completa, más castiza, más de fondo de nuestra nomenclatura sociológica. Lo es porque representa naturalmente al pueblo, al gauchaje creador, y en esto mismo tiene más vigencia democrática que los líderes urbanos que hablan en nombre de una democracia que no expresan".



LEON DE PALLEJA ("Diario").

"Dios vele por sus días y le dispense la dicha de ver terminada la obra comenzada; que vea en el ocaso de su vida reconstituida, pacífica y dichosa la patria que lo vio nacer".

ALFREDO LEPRO ("Años de Forja: Venancio Flores", Montevideo, 1962).

"Al instalarse el Gobierno en 1865 a Flores lo rodea un partido inorgánico que actúa aglutinado por la pasión y la fe que provoca su condición de caudillo. Por lo mismo es una gestión personalista, irregular desde el punto de vista de los caudillos. Bueno es hacer notar, sin embargo, que hasta entonces nadie había podido hacer otra cosa.

Su muerte y su vida se proyectan con un formidable acento polémico."

* * *

"Se nota el daño que J. C. Gómez ha hecho a Flores tomándolo como cabeza de turco para exprimir su resentimiento sin tasa ni medida en momentos en que se forja la interpretación política de los hechos históricos".

MARTIN DE MAILLEFER ("Informes diplomáticos" en "Revista. Histórica" Nº 76-78). Montevideo, 1956.

"Venancio Flores es el perfecto gaucho.

El coronel Flores es uno de los hombres mejor conceptuados del Uruguay [...] pasa por político honesto y moderado [...] es mucho más inteligente de lo que suponen algunos de sus propios amigos. Recto y desinteresado en las pequeñas cosas, porque aspira a las grandes".

DR. EUSTAQUIO TOME (En "Ensayo de Historia Patria" de H. D., Montevideo).

"Nuestro general Flores fue arrastrado a la Guerra del Paraguay por la fatalidad de las cosas. El invadió el territorio uruguayo queriendo ventilar una cuestión nacional y se vio envuelto y comprometido en una internacional. Su intervención en el tratado de la Triple Alianza es perfectamente correcta. Entre los mismos nacionalistas, la figura de Flores comienza a ser juzgada como se merece".

BONIFACIO MARTINEZ (político conservador enemigo político suyo, en "Diccionario Uruguayo de Biografías" de José M. Fernández Saldaña, Montevideo, 1945, p. 493).

"Cualquiera que sea el juicio de la historia sobre el infortunado general Flores, ha de tener presente un hecho elocuente: abrió las puertas del país a todos los vencidos; todos los que tomaron parte en la horrorosa carnicería de Quinteros se han paseado impunemente por Montevideo".

CONSUL BRASILEÑO PARANHOS (Cit. por Alfredo Lepro: "Años de Forja").

"Flores se mostró siempre aliado del Brasil, sin dejar de ser uno de los más extremosos defensores de la independencia y grandeza de la patria".

JUAN E. PIVEL DEVOTO y ALCIRA RANIERI DE PIVEL. "Historia de la República Oriental del Uruguay", Montevideo 1945.

[Venancio Flores fue un] patriota honesto y bien intencionado, impulsivo y valiente".

CARLOS REAL DE AZUA ("Las dos dimensiones de la Defensa de Paysandú").

"La bondad de Flores es una pieza capital de la polémica del 65. Y en verdad que es difícil negarla. Primitivo, impetuoso, violento, capaz de todos los desafueros, siempre es posible ver en él un último fondo, radical, de nobleza, de salud de alma, de equidad. Es capaz de avergonzarse y de desdecirse y de poner tras cada abuso un claro gesto de magnanimidad. Arrastrado por la influencia nefasta de su mujer y de sus hijos es, a menudo, consciente de ella y quiere zafarse del lazo que lo ahoga. Pero, más que eso, y especialmente del 63 al 65, Flores representa el hombre que "no se hace cargo de las circunstancias", el hombre que no es capaz de sacar la cabeza sobre la endemoniada complejidad —y nocividad— de las fuerzas que lo remecen. Quiere la torta y le sale un pan. Ama con pasión al país que sacrifica. Trae en sus estandartes el Sagrado Corazón de Jesús y entroniza, una vez victorioso a Carlos de Castro y a Daniel Zorrilla. Hombre esencialmente honrado, instaló en Montevideo, tras su victoria, una administración de la que Gastón Maspero, el egiptólogo, nuestro huésped en esos años, dijera que se había reclutado entre los bandidos más expertos del país. Pese a tal incapacidad de ver todo lo que estaba en juego, Flores, como el Bruto de Marco Antonio, era un "honorable man".



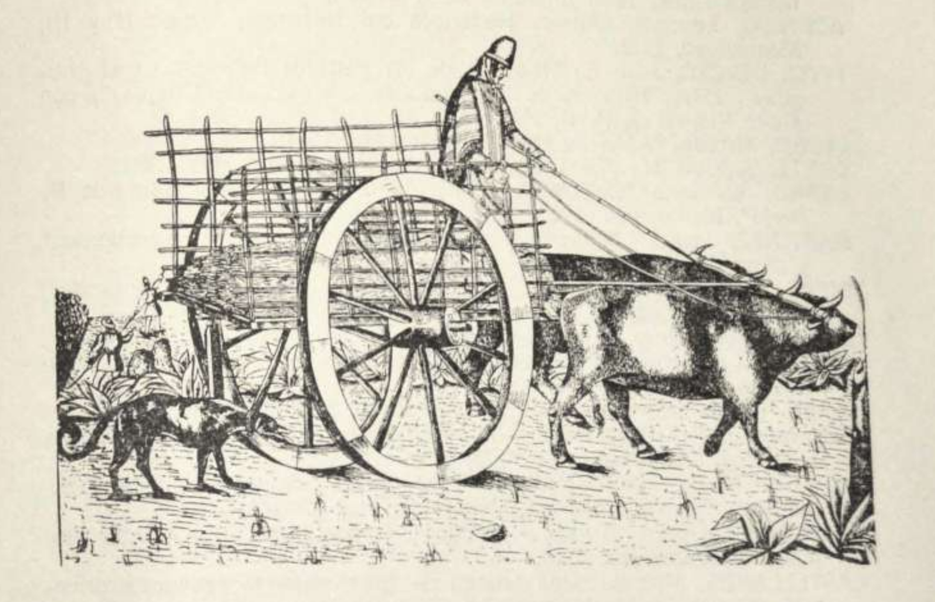
# CRONOLOGIA

1808 (mayo 18). Nace Venancio Flores.
1811 (noviembre). Participa en el Exodo con su familia.
1825 Interviene en las batallas de Rincón y Sarandí.
1827 Interviene en Ituzaingó, siendo ascendido a capitán.
1830 (julio 20). Participa en la Jura de la Constitución, en Durazno, como capitán de la compañía Nº 4.
1831 Trabaja en su estancia del Arroyo Grande.
1832 Participa al servicio de Rivera contra la insurrección de Lavalleja.
1833 a 1836 Trabaja en su estancia.
1836 Puesto preso en Montevideo, fuga y participa en la insurrección de Rivera contra Oribe.
1838 (julio 15). Participa en la batalla del Palmar.
1839 Es designado Jefe Político de San José, participando en varias batallas contra los invasores rosistas.
1839 Participa en la batalla de Cagancha.
1842 Es designado Comandante de Armas del departamento de San José y participa en varios encuentros contra las fuerzas de Oribe.
1844 (febrero 17). Encuentro victorioso del Cerro.
(mayo 28). Nueva victoria en la falda del Cerro.
(octubre). Se le designa Comandante de Armas de Montevideo.
1845. Campaña en el interior del país; se interna finalmente en el Brasil.
(diciembre). Regresa a Montevideo.
1846 Combate en Maldonado y en Minas.
(abril). Es designado Jefe del Estado Mayor.
Combate en Colonia y en Soriano; regresa a Montevideo.
(agosto). Intenta negociaciones de paz con Oribe.
(agosto). Renuncia a su cargo de 2º Jefe de Armas y emigra a Río Grande.
1851 Entra al país como jefe de escolta de Urquiza.
(octubre 8). Se firma la paz.
1852 (marzo). Es designado Jefe de Policía de Montevideo.
(junio). Es designado Ministro de Guerra.
1853 (marzo 16). Renuncia como Ministro de Guerra.
(julio 18). Motín de los conservadores contra el Presidente Giró. Es designado Ministro de Guerra.

1853 (setiembre). Convence a Oribe de que abandone el país.
(setiembre 24). Renuncia Giró, y Flores, como Ministro de Guerra, se hace cargo del gobierno.
(setiembre 23). Es designado para formar un Triunvirato junto con Rivera y Lavalleja.
(octubre). Desbarata varios intentos revolucionarios en campaña.
(octubre 23). Muerte de Lavalleja.
(diciembre). Nueva salida a campaña; derrota a Lucas Moreno en Colonia.
1854 (enero 13). Muerte de Rivera.
(febrero 5). Victoria florista en las elecciones.
(marzo 12). Es elegido Presidente interino hasta 1856.
(mayo 4). Entran al país cinco mil brasileños de tropa en apoyo del gobierno.
1855 (febrero 28). Es elegido Presidente por la Asamblea.
(julio). Andrés Lamas publica su "Manifiesto".
(agosto 18). Motín de los conservadores; Flores sale a campaña; Luis Lamas Presidente.
(setiembre 10). Renuncia a la Presidencia; M. B. Bustamante Presidente. Flores es designado Comandante de Armas.
1856 (marzo 19). Pereira es elegido Presidente; suprime la Comandancia de Armas.
(agosto 1º). Emigra a Entre Ríos.
1857 (noviembre 12). Viene a Montevideo para los funerales de Oribe.
(diciembre 16). César Díaz es desterrado.
1858 (enero 6). César Díaz desembarca con fuerzas revolucionarias.
(febrero 1º). Fusilamientos de Quinteros. Fin de la revolución de Díaz.
1859 (julio). Flores se incorpora al ejército de Mitre en la guerra contra la Confederación Argentina.
(octubre 23). Batalla de Cepeda.
(noviembre 11). Pacto de San José; fin de la guerra civil argentina.
1860 (marzo 1º). Berro es elegido Presidente.
1861 (setiembre). Se reinicia la guerra entre Mitre y Urquiza.
(setiembre 17). Batalla de Pavón.
(noviembre 22). Batalla de Cañada de Gómez.
1863 (marzo 3). Flores pide la baja en el ejército argentino.
(abril 19). Desembarco en costas uruguayas.
(junio 2). Batalla de Coquimbo.
(junio 26). Batalla de Las Cañas.
(setiembre 16). Batalla de Las Piedras.
1864 (enero). Primer sitio de Paysandú.
(marzo 1º). Aguirre es electo Presidente.
(junio). Tratativas de paz frustradas.
(agosto 4). Toma de Florida y fusilamientos de jefes defensores; toma de Durazno y Porongos.
(octubre). Invaden fuerzas brasileñas por agua y tierra.
(diciembre 2). Empieza el segundo sitio de Paysandú.



1865 (enero 2). Toma de Paysandú; fusilamiento de Leandro Gómez y otros jefes.
(enero). Paraguay declara la guerra al Brasil.
(enero). Sitio de Montevideo por fuerzas de Flores y brasileñas.
(febrero 15). Villalba es electo Presidente.
(febrero 20). Rendición de Montevideo; Flores Presidente provisorio.
(marzo 28). Paraguay declara la guerra a la Argentina.
(mayo 1º). Firma de la Triple Alianza entre Uruguay, Brasil y Argentina.
(junio 21). Partida de Flores al Paraguay.
(agosto 17). Batalla de Yatay.
1866 (noviembre). Flores posterga las elecciones de representantes por un año.
1867 (julio). Atentado frustrado de la "mina".
1868 (febrero 15). Se reúne la nueva Asamblea.
(febrero 19). Asesinato de Flores y de Berro.



# BIBLIOGRAFIA

ANONIMO: "Rasgos biográficos del Brig. Gral. D. Venancio Flores", Buenos Aires, 1864, Imprenta del Porvenir.
ACEVEDO, Eduardo: "Anales Históricos del Uruguay", Tomos II y III, Montevideo, 1933.
PIVEL DEVOTO, Juan E.: "Historia de los Partidos Políticos en el Uruguay", 1942; "Historia de la República Oriental del Uruguay", con Alcira Ranieri de Pivel, 1945.
LEPRO, Alfredo: "Años de forja", Montevideo, 1964.
CONTE, Antonio H.: "La Cruzada Libertadora", Montevideo, 1891.
BERRO, Aureliano: "De 1860 a 1864", Montevideo, 1921, y "Bernardo P. Berro", Montevideo, 1920.
MARTINEZ, José L.: "Laderas y cumbres", "Galopando entre recuerdos" y otras obras, Montevideo.
PONS, Rafael A. y ERAUSQUIN, Demetrio: "la Defensa de Paysandú", Montevideo, 1887.
BARRAN, José Pedro: "Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco", Tomo 4 de "Historia Uruguaya", Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1975.
OLAVE, Oscar: "Revolución de febrero del 68", Montevideo, 1920.
"Informes diplomáticos de los Representantes en el Uruguay", Revista Histórica, Montevideo, Nº 76-78, 1956.
VIDAURRETA DE TJARKS, Alicia: "Juan Carlos Gómez, periodista y polemista", Revista Histórica, Montevideo, Nº 100-102, 1963.
BRUSCHERA, Oscar: "Divisas y partidos", Tomo 17 de "Enciclopedia Uruguaya", Montevideo, 1968.
CASTELLANOS, Alfredo: "Una prueba de fuego para la soberanía oriental", "Cuadernos de Marcha" Nº 5, Montevideo, setiembre 1967.
HERRERA, Luis Alberto: "El drama del 65" y otras obras.
REAL DE AZUA, Carlos: "Las dos dimensiones de la Defensa de Paysandú".



# INDICE

Capítulo I. La forja de un caudillo. La Guerra Grande ........ 5
Capítulo II. Caudillos y doctores. La presidencia de Giró ........ 14
Capítulo III. El ascenso al poder ........ 22
Capítulo IV. El pacto de los caudillos ........ 33
Capítulo V. Flores y Mitre ........ 42
Capítulo VI. La "Cruzada libertadora" ........ 52
Capítulo VII. La hora del triunfo ........ 63
Capítulo VIII. La Guerra del Paraguay ........ 72
Capítulo IX. Días turbulentos. El drama familiar ........ 81
Capítulo X. El final ........ 88
Selección documental ........ 97
Juicios sobre Venancio Flores ........ 104
Cronología ........ 107
Bibliografía ........ 110

II 20
1/VI/81
N 1/20

Se terminó de imprimir
el 14 de octubre de 1976
en la Imprenta Rosgal S.A.
Ejido 1622, teléfono 8 54 36
Montevideo — Uruguay.

Comisión del Papel - Edición impresa al amparo
del Art. 79 de la Ley 13.349

Depósito Legal 110.101/76

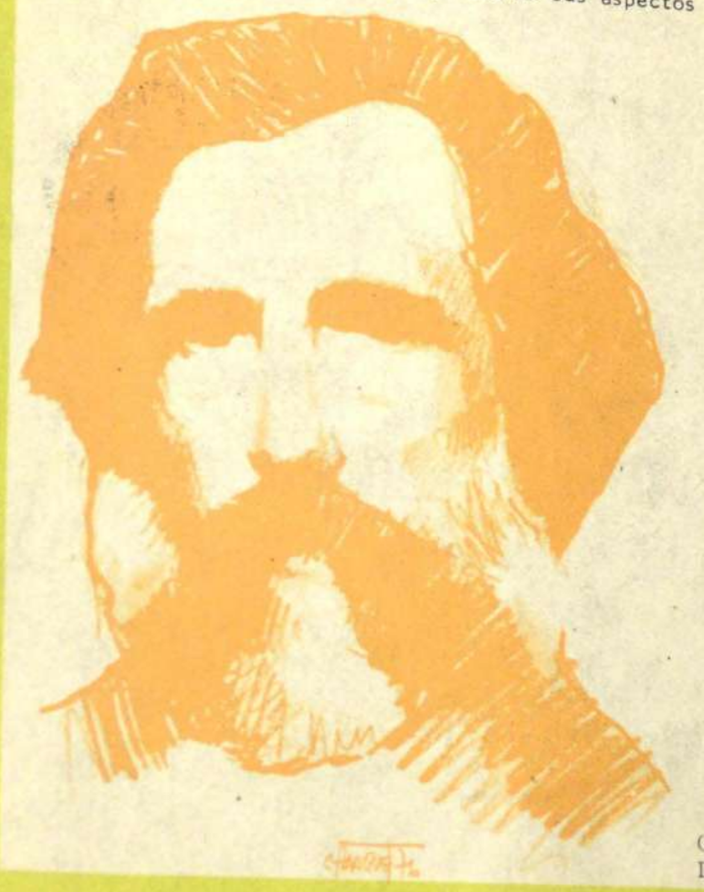
59974

5

HISTORIA URUGUAYA · SEGUNDA SE[RIE]

# LOS HOMBRES

Profesor, ensayista e historiador, Washington Lockhart ha publicado once obras sobre temas literarios e históricos, entre las que se destacan "El mundo no es absurdo", Máximo Pérez", "Vigencia de Rodó", "Bases filosóficas de C.Vaz Ferreira", "Rodó"(Premio Comisión Nacional de Unesco), "María E. Vaz Ferreira", "Vida de dos caudillos: los Galarza", "Un pueblo", etc. Fue fundador y co-director de las revistas "Asir", "Cuadernos de Mercedes" y "Revista Histórica de Soriano". / Traza en este trabajo la biografía de Venancio Flores, considerando sus características personales en función de las cambiantes circunstancias históricas que debió vivir, en una época de pasiones intensas e inestabilidad política. Utiliza documentación y enjuiciamientos con la mayor amplitud posible, proponiendo una semblanza y una valoración que no rehuye la versión objetiva de sus aspectos más polémicos.



Carátula : VILLA
Dibujo: CHANQUET

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL